



FACULTAD DE TEOLOGÍA

Aspectos del acompañamiento espiritual en San Agustín. Las cartas a Florentina y al Monje Leto

Autor: Fr. Ever José García Pérez O.S.A

Director: Dr. Javier Cía Blasco, S.J

MADRID
Junio, 2025



FACULTAD DE TEOLOGÍA

Aspectos del acompañamiento espiritual en San Agustín. Las cartas a Florentina y al Monje Leto

Autor: Fr. Ever José García Pérez O.S.A

Visto bueno del director
Dr. Dr. Javier Cía Blasco, S.J

Fdo.

Madrid, _____

Trabajo de fin de Máster en Teología Espiritual
Madrid, junio del 2025

ÍNDICE

Introducción.....	8
I. San Agustín, su experiencia de ser acompañado espiritualmente	11
1. San Agustín y Santa Mónica: la luz que guio el corazón desde la fe	11
2. San Agustín y Fausto (Maniqueísmo): falso acompañamiento	19
3. San Agustín y Vindiciano: la cura de su afición a la astrología.	22
4. San Agustín y San Ambrosio de Milán: encuentro, escucha y conversión	23
5. San Agustín y San Simpliciano: un corazón acompañado hacia Cristo	29
6. El obispo Valerio: cuando el pastor ve al futuro pastor	32
II. San Agustín, acompañante espiritual a través de la correspondencia.....	33
1. San Agustín Pastor de Almas: raíz del acompañamiento	33
2. La forma epistolar en San Agustín	36
3. Aspectos generales del acompañamiento espiritual en la correspondencia	39
4. Casos de acompañamiento espiritual por carta en San Agustín	41
4.1. Ecdicia: deberes matrimoniales	41
4.3. Huérfana confiada a la Iglesia	42
4.4. La tutela de la Iglesia: el sabio obispo de Hipona	42
4.5. El Santo de Hipona: alianza matrimonial entre cristianos.....	43
4.6. Itálica: la visión de Dios	44
4.6. Fabiola: La amistad no entiende de distancia.....	45
4.7. Paulino: Recomendaciones para seguir una vida espiritual.....	45
5. Agustín y Leto: La vocación Monástica.....	46
5.1. Contexto.....	46
5.2. Temas principales del acompañamiento	47
5.2.1. La perseverancia en la vocación	48
5.2.2. Cómo ordenar los afectos	51
5.2.3. La centralidad del amor a Dios y el discernimiento exigido para ello	52
5.2.4. Pertenencia a la Iglesia	56
5.2.5. Acompañar los aspectos de la indecisión y la ambigüedad.....	59
6. Agustín y Florentina: ofrece sus oficios como maestro espiritual.....	62
6.1. Contexto	62
6.2. Temas principales del acompañamiento	64
6.2.1. Humildad del acompañante, discípulo de Cristo	64
6.2.2. Cristo, centro del acompañamiento cristiano	66
6.2.3. Agustín, maestro de interioridad	68

III. Aspectos del acompañamiento espiritual agustiniano para la praxis actual.....	71
1. El inicio del acompañamiento	71
2. La importancia en el acompañante de ser acompañado	72
3. La palabra de Dios como ayuda para el acompañamiento espiritual	73
4. Escuchar la moción del espíritu.....	74
5. Interioridad: Cristo Maestro interior del acompañamiento	75
6. Nacer de nuevo: revestidos de Cristo	76
7. Acompañar las decisiones vitales	77
8. Acoger desde la situación del sujeto acompañado	79
9. Preguntar desde la libertad: escuchando se guarda la humildad	80
10. El acompañante ayuda a vivir las virtudes teologales	81
Conclusión.....	82
Gráfico: aspectos centrales para un acompañamiento espiritual	88
Bibliografía.....	90
Fuentes primarias.....	90
Fuentes secundarias	91

Introducción

Este trabajo, titulado: “Aspectos del acompañamiento espiritual en San Agustín desde las cartas 243 y 266”, tiene como objetivo analizar el acompañamiento espiritual que establece San Agustín con el monje Leto y con Florentina. La pregunta central de esta investigación es: ¿el acompañamiento espiritual que establece San Agustín con el monje Leto y con Florentina genera aspectos centrales para el acompañamiento? A través de las categorías que se generan en el análisis de la experiencia en San Agustín, que va desde el ser acompañado a ser acompañante espiritual, se precisan algunos aspectos del acompañamiento agustiniano, reconociendo que dicho acto no se limita a la transmisión de la doctrina, sino que implica discernimiento, favoreciendo la conversión y el crecimiento interior del acompañado. De este modo, las epístolas de Leto y Florentina revelan aspectos relevantes para el acompañamiento espiritual, ofreciendo contenido valioso para la teología espiritual contemporánea.

El concepto que hoy conocemos como “acompañamiento espiritual” ha tenido muchos nombres: guía espiritual, dirección espiritual, diálogo espiritual, dirección de conciencia, ayuda espiritual, entre otros. Actualmente, lo esencial de esta práctica es el encuentro de dos personas a través de un diálogo reflexivo cuyo propósito es discernir la voluntad de Dios mediante el uso de recursos tanto humanos como cristianos. Desde la perspectiva del acompañado, la persona establece un vínculo de diálogo donde el acompañante escucha sus inquietudes o ideas y orienta sus intenciones personales en relación con la voluntad de Dios y su correspondencia con la vida cristiana. Por ello, el acompañamiento busca iluminar y orientar, sin pretender dar esquemas hechos y

definidos. Por tanto, el diálogo no es entre iguales; es un encuentro cercano pero asimétrico¹.

El acompañante debe haber vivido algún momento trascendental en su vida; esto implica llegar a tener conciencia de la presencia del Señor a través del encuentro íntimo y personal con Él. Al final, se trata de reconocer quién somos y lograr vernos desde los valores humanos y cristianos, estableciendo diálogo con el evangelio². La Palabra del Señor configura a imagen de Dios y es la luz que se necesita para recrearse en San Agustín, tuvo ese encuentro con el Señor de forma privilegiada. En la Iglesia, Dios da la gracia de creer, vivir la fraternidad y ser acompañados espiritualmente. Según Sánchez Monge: «El acompañamiento espiritual es un proceso que, con la ayuda del Espíritu Santo, aspira a descubrir la voluntad de Dios en la vida de la persona concreta, tratando de integrar progresivamente las diversas dimensiones de su existencia para seguir a Jesucristo nuestro Señor dentro de la comunidad eclesial»³.

En el trabajo que nos ocupa estudiamos la actividad de San Agustín como acompañante y acompañado. Nuestro estudio tiene como fuentes la correspondencia de San Agustín, donde se puede rastrear esa experiencia de acompañamiento. No podemos estudiar procesos enteros (no se conservan todas las cartas), pero sí percibir algunas cartas como puntos importantes de esos procesos.

Conviene añadir que el diálogo en el acompañamiento espiritual se da desde la confidencialidad y no se encasilla en un sistema metódico; es un diálogo que tiene un carácter espontáneo, este constituye uno de los aspectos que define el acompañamiento espiritual, su grandeza radica en que no sigue un itinerario marcado. García de Castro reflexiona: «Es una conversación que trata de la dimensión religiosa de la vida, trata de nosotros y de Dios o de cómo Dios va viviendo en nosotros, o de cómo nosotros por mil caminos y de mil maneras deseamos vivir en Dios»⁴. En las cartas de San Agustín podemos percibir una conversación espiritual de acompañamiento por escrito.

¹ Luis M^a García Domínguez. *El Libro del Discípulo. El Acompañamiento Espiritual* (Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae), 2011, 19.

² García Domínguez, 22.

³ Manuel Sánchez Monge. *Aprender el arte de accionar. Guía para acompañantes y acompañados* (Santander: Sal Terrae), 2020, 67.

⁴ José García de Castro. *La voz de tú saludo. Acompañar, conversar, discernir* (Santander: Sal Terrae), 2019, 131.

El tema del acompañamiento espiritual está unido al tema del discernimiento espiritual y es uno de los temas centrales del magisterio del Papa Francisco en *Evangelii gaudium*, *Amoris laetitia* y *Christus vivit*. Es un tema importante porque nace en el seno de la Iglesia. El tema del acompañamiento y del discernimiento vienen entrelazados y convergen uno en el otro, se integran o se funden en una misma esencia. En la mística cristiana, estos conceptos podrían referirse a la unión del alma con Dios, donde ambas realidades se entrelazan en fraternidad profunda.

El acompañamiento espiritual de un hermano en la fe pretende ayudarlo en el Espíritu, a discernir la voluntad de Dios en su vida. El discernimiento requiere la presencia de un testigo que colabore en la objetivación de los sentimientos, resistencias y facilite el proceso para tomar una decisión. Se acompaña discerniendo o se discierne acompañando, dos aspectos de un único proceso de seguimiento a Jesucristo⁵, San Agustín es un maestro en esto. Por tanto, el concepto de “acompañamiento espiritual” tiene características especiales, en palabras de José García de Castro: «Es la confianza entre los interlocutores lo que posibilita el descender hacia zonas de la vida más personales [...] Es una conversación sembrada de libertad, donde no es necesario medir ni pensar detenidamente las palabras que se escogen, porque emergen [...] del corazón y sabemos que ahí nadie se siente amenazado»⁶.

Acompañar no es una amistad entre iguales ni una psicoterapia. El objetivo fundamental es ayudar a las personas a abrirse a Dios, a su gracia⁷ y a caminar como personas que recorren el mismo camino. No debe aflorar el paternalismo porque podría implicar que no se trata al acompañado como un adulto consciente y libre. Asimismo, no es adoctrinar, ni imponer puntos de vista espirituales propios; es fundamental ayudar a percibir la moción del buen Espíritu para que el acompañado sea consciente del accionar de Dios en su vida y pueda crecer desde dentro con la ayuda de Dios. En nuestro estudio se puede observar cómo San Agustín es ese acompañante que ayuda a percibir la presencia de Dios en la vida de personas como Florentina o el monje Leto.

⁵ José Emilio Cabra Meléndez. *Acompañar a cada uno, discernir lo esencial. por una pastoral de las relaciones personales* (Málaga: Anarol, 2020), 4.

⁶ García de Castro, 131.

⁷ Sánchez Monge, 25.

I. San Agustín, su experiencia de ser acompañado espiritualmente

La categoría que cimienta este estudio es el “acompañamiento espiritual”; es el marco a través del cual, el acompañado y acompañante van definiendo criterios de sentido. Por ello, como primer momento, se aborda la experiencia de San Agustín de ser acompañado por aquellas personas que marcaron su camino espiritual, ya sea impulsándolo a crecer o deteniéndolo. Entre ellas encontramos a Santa Mónica, su madre, los Maniqueos (como una experiencia fallida), Vindiciano, San Ambrosio, San Simpliciano, los Académicos y por último el obispo de Hipona, Valerio. Este primer capítulo permite definir algunos aspectos de la persona de San Agustín en su proceso de ser acompañado y sirve como análisis referencial para el desarrollo del segundo y tercer capítulo.

1. San Agustín y Santa Mónica: la luz que guio el corazón desde la fe

Todo lo que sabemos de la vida de Santa Mónica nos lo ha transmitido su hijo. Nuestra mejor fuente son las *Confesiones*⁸, obra en la que expone su propia experiencia y su camino hacia Dios, donde en el hilo del relato se entreteje la vida de su madre Santa Mónica. Otra fuente importante son los *Diálogos de Casiciaco*⁹, texto que relata su retiro en las cercanías de Milán, donde estuvieron con él sus amigos y familiares, entre ellos, su madre.

⁸ Para dar cuenta de la estructura, contenido y visión teológica, como un primer acercamiento al contenido se puede consultar: Frederick van Fleteren *Confesiones*, en *Diccionario de san Agustín*, dir. Allan D. Fitzgerald O.S.A. Burgos: Monte Carmelo, 2001, 306. Frederick van Fleteren, define Las Confesiones como «una de las tres principales obras de Agustín, siendo las otras dos De Trinitate y De civitate Dei. Es una obra maestra en los aspectos literario, teológico y filosófico. Fue la obra de Agustín más estudiada durante el siglo XX, y sigue atrayendo la atención de historiadores, teólogos, filósofos, filólogos y psicólogos. A causa de esta obra, los hechos relativos a la juventud de Agustín se conocen mejor que los de cualquier otro personaje de la antigüedad. La descripción de su decisivo encuentro con los neoplatónicos, que se expone en el capítulo 7 de las Confesiones, ha atraído a teólogos y filósofos. Su conversión al cristianismo monástico atrajo hasta el día de hoy a artistas, así como a teólogos y literatos. Su atención a los estados interiores del hombre y su descripción de los mismos han atraído a filósofos y psicólogos. Su empleo de la retórica sigue siendo tema de estudio, en sí mismo y como un instrumento litúrgico, literario y teológico. [...] Las Confesiones basan su derecho a este título en el hecho de ser la primera obra que explora extensamente los estados interiores de la mente humana y la relación mutua existente entre la gracia y la libre voluntad, que son temas dominantes en la historia de la filosofía y de la teología occidentales».

⁹ Joanne McWilliam “Diálogos de Casiciaco”. En *Diccionario de san Agustín*, dirigido por Allan D. Fitzgerald O.S.A. 402. Burgos: Monte Carmelo, 2001. Joanne McWilliam afirma: «Hay acuerdo general en que gran parte de la información dada en los prefacios es históricamente exacta; que, lo mismo que su madre, entre los amigos que acompañaron a Agustín a Casiciaco se hallaba su constante compañero, "el hermano de [su] corazón", Alipio (conf. 9. 4. 7: "fratrem cordis mei"), y dos o tres de jóvenes con los que él hacía de preceptor, de alguna manera relajada».

Santa Mónica nació en Tagaste en un pueblo llamado Numidia, hoy Souk Ahras, en Argelia en el año 331 o 332. Su posición económica era estable, pues tenía esclavos. Fue educada en la sobriedad y desde niña vivía la vida religiosa tradicional de la Iglesia Africana. A la edad de aproximadamente 20 años se casó con Patricio, funcionario del municipio de Tagaste; probablemente sin haber tenido mucho poder de decisión en la elección de su esposo. En el libro XIX de las *Confesiones* de San Agustín escribe: «Llegó plenamente a la edad núbil, fue dada [...] a un varón, a quien sirvió como a señor y se esforzó por ganarle para ti, hablándole de ti con sus costumbres, con las que la hacía hermosa y reverentemente amable»¹⁰. Patricio y Santa Mónica formaban lo que hoy llamamos un matrimonio mixto, ella cristiana y él pagano; sin embargo, Santa Mónica se esforzó por llevar a su esposo a Dios mediante su testimonio de vida cristiana.

Santa Mónica tenía unos 23 años cuando dio a luz a San Agustín, el 13 de noviembre del año 354, en Tagaste. San Agustín reconoce en las *Confesiones*: «¿Qué es lo que quiero decirte, Señor, sino no que no sé de dónde he venido aquí, a esta, digo, ¿vida mortal o muerte vital? No lo sé. Pero me recibieron los consuelos de tu misericordia, según tengo oído a mis padres carnales, del cual, y en la cual me formaste en el tiempo»¹¹. Santa Mónica fue la primera maestra de San Agustín, le enseñó a invocar a Dios y a recrear día a día el nombre de Jesús. Tres ideas centrales marcaron su educación: la creencia de un Dios providente, de un Dios salvador y la certeza de una vida futura con un juicio final.

El Doctor de la gracia, recibió desde la infancia los principios germinales de su futura misión a través de las enseñanzas cristiana de su madre: «Siendo [...] niño oí ya hablar de la vida eterna, que nos está prometida por la humildad de nuestro Señor Dios [...] fui signado con el signo de la cruz, y se me dio a gustar su sal desde el mismo vientre de mi madre, que esperó siempre mucho en ti»¹². San Agustín, siendo niño, estuvo a punto de morir por una oclusión intestinal y ante este diagnóstico pidió el santo bautismo como muy bien lo comenta en las *Confesiones*: «Tú viste también, Dios mío, pues era ya mi

¹⁰ San Agustín. *Confesiones*, En *Obras Completas de San Agustín II* (Madrid: BAC, 2014), IX, 9,19.

¹¹ San Agustín. *Confesiones* I, 6, 7.

¹² *Ibid.*, I, 11, 17.

guarda, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros la Iglesia, el Bautismo de Cristo, mi Dios y Señor»¹³.

San Agustín se recupera y la ilusión del bautismo se pierde. Monseñor Bougaud, reconoce en su libro: «Si San Agustín ha aprendido amar a Jesucristo; si lleva en sí esos como filamentos que vibran siempre por Dios y la verdad [...] no cesa de repetir que lo adquirió [...] de su madre»¹⁴. Santa Mónica mantenía el fuego de la fe en Cristo en su hogar, nunca renegó de su familia. Su atención y servicio fueron constantes, especialmente hacia San Agustín, quien en sus escritos recordaría el afecto cercano de su madre con gratitud. «El amor la inducía a comunicarme sin medida de lo que a la vez recibía de Vos también sin medida; y por una ley admirable, al hacerme a mí dichoso, ella lo era también»¹⁵.

Santa Mónica pensaba que los estudios para su hijo San Agustín le serían de gran ayuda para llegar a encontrar a Dios. En Madaura, a pesar de que no le gustaba estudiar, logró iniciar sus estudios de gramática, historia, literatura, métrica latina, mitología y oratoria. «Su única preocupación era que yo aprendiera las mejores técnicas de la oratoria y de la persuasión por la palabra»¹⁶. En el libro de las *Confesiones* dirá: «En esta niñez, en la que había menos que temer por mí que en la adolescencia, no gustaba yo de las letras y odiaba el que me urgiesen a estudiarlas [...] quien no hacía bien era yo»¹⁷. Cuando San Agustín llegó a Madaura podría tener unos catorce años; pero es cierto que, cuando comenzó a vislumbrar los grandes recursos de la poesía y la retórica, todo cambió en él y desapareció el rechazo al estudio. Los escritores que leyó San Agustín: Virgilio, Homero, Cicerón y Ovidio, le ayudaron adquirir perspectiva analítica, abriéndose al mundo académico¹⁸. Se fascinó con los textos de Virgilio (era considerado el poeta más grande de Roma) y los versos de la Eneida (el modelo supremo de la poesía épica); era un joven inquieto que prometía mucho.

¹³ Ibid., I, 11, 17.

¹⁴ Monseñor Bougaud. *Historia de Santa Mónica*, 6ª ed. (Madrid: Imp. De los Hijos de Gómez Fuentenebro), 1925, 86.

¹⁵ Bougaud, 88.

¹⁶ San Agustín. *Confesiones* II, 2, 4.

¹⁷ Ibid., I, 12, 19.

¹⁸ Monseñor Bougaud. *Historia de Santa Mónica*. 7ª ed. (León: Miñón), 1977, 91.

Terminada la universidad, vuelve San Agustín a su pueblo natal como profesor de retórica, dispuesto a trabajar como educador. Santa Mónica siente el horror de ver transformado a su hijo por la secta maniquea¹⁹ hasta el punto de que llega a prohibirle la estancia en su casa y tiene que refugiarse en casa de un amigo. Muy bien lo expresa Morales al referirse a San Agustín, diciendo que la superstición maniquea le ha marcado y sobre todo el tema de los astros. Su madre se da cuenta del cambio en su hijo y también percibe su distanciamiento de la Iglesia, así como su actitud de vanagloria de pertenecer a la secta maniquea²⁰.

Mientras el padre de San Agustín, Patricio, se preocupaba de la educación, Santa Mónica se ocupaba de lo central: la vida espiritual de su hijo. Por ello, le acompaña y espera el momento perfecto, un tiempo de gracia, donde su hijo pueda reconocer lo esencial de la vida. Ella lo veía muerto por sus pecados y por haber entrado en la secta maniquea. Solo las oraciones y la fe de Santa Mónica le permiten ver el milagro de la conversión de su hijo. Para ella, esto representó momentos muy sensibles, de tristeza y le hacía derramar lágrimas. San Agustín dirá: «Entre tanto, mi madre, fiel sierva tuya, lloraba en tu presencia mucho más que las demás madres suelen llorar la muerte corporal de sus hijos, porque veía ella mi muerte con la fe y espíritu que había recibido de ti. Y tú la escuchaste, Señor; [...] tú la escuchaste, Señor»²¹.

Un sueño le devuelve a Santa Mónica la ilusión de ver a su hijo San Agustín convertido y viviendo en Cristo; ella se lo contará a su hijo. Sueña que un hombre resplandeciente, alegre y risueño, se acercaba a ella. Al preguntar el joven por el motivo de la tristeza, le pidió que se tranquilizara y observara que donde estaba ella, allí iba estar él y su hijo. Cuando su hijo San Agustín apareció junto a ella, el sueño le invitaba a no perder la esperanza, porque su hijo iba a estar a su lado, compartiendo la misma experiencia de Dios. El sueño de su madre le quedó grabado en su memoria. Literalmente dirá San Agustín en las *Confesiones*:

¹⁹ La Iglesia católica era criticada por los maniqueos porque imponía la fe, mientras la secta maniquea prometía el racionalismo para analizar realidades físicas y trascendentes. Por tanto, la fe en la Iglesia católica se le presentaba como obstáculo. Es sorprendente que un joven tan brillante estuviera envuelto en una secta llena de fábulas y fantasías, desde los 19 años hasta los 28 años, sin lograr distinguir la falacia de los maniqueos, hasta que conoció a Fausto con el que toda su estructura de creencia se derrumbó.

²⁰ Manuel Morales. «*Tus hijos volverán*». *Un «viaje» apasionante con Santa Mónica y Agustín* (Madrid: Ciudad nueva), 2019, 182.

²¹ San Agustín. *Confesiones* III, 11, 19.

«Soñó, en efecto, estar de pie sobre una regla de madera y a un joven resplandeciente, alegre y risueño que venía hacia ella, toda triste y afligida. Al preguntarle este joven por la causa de su tristeza y de sus lágrimas diarias, no por ánimo de enterarse como ocurre ordinariamente, sino para aconsejarla, y ella a su vez le respondiese que lloraba mi perdición, le mandó que se tranquilizase y que observara cómo donde ella estaba allí estaba yo también. Y cuando ella fijó su vista, me vio junto a ella de pie sobre la misma regla»²².

San Agustín reconoce la misericordia y la gracia divina, el poder vivir anticipadamente, a través de la visión de su madre Santa Mónica, la gracia de una vida en Dios, a pesar de la resistencia. San Agustín recuerda: «No me dijo: donde él está, allí estás tú, sino dónde estás tú está él»²³. El sueño de Santa Mónica le lleva a definir conceptos centrales en su vida, como el hecho de que Dios siempre ha estado con él, a pesar de las caídas, desventuras y falta de fe. Dios siempre le ha acompañado, incluso en los momentos más desolados. En las *confesiones* examina: «Todavía hubiera de pasar casi nueve años; durante los cuales continué revolcándome en aquel abismo de cieno (Sal 68,3) y tinieblas de error»²⁴.

Más tarde, San Agustín, en su obra *El don de la perseverancia*, atribuye la conversión a su madre, «lo que evitó mi perdición fueron las ardientes súplicas y cotidianas lágrimas de mi buena madre»²⁵. Madre que se convirtió en abuela cuando San Agustín tenía 18 años. A su hijo fue llamado Adeodato; un año muy difícil para San Agustín, por la paternidad y el inicio de su experiencia laboral (como profesor de gramática). Más tarde se traslada a Cartago buscando mejorar las condiciones de vida. Para ello, abre la escuela de retórica durante ocho años. Santa Mónica le acompaña para seguir de cerca el crecimiento espiritual de su Hijo.

Los amigos de San Agustín le sugieren emigrar de nuevo, podría abrir la cátedra de retórica en Roma, donde los alumnos eran más tranquilos, podría decirse más educados y respetuosos para seguir ejerciendo el trabajo de la docencia e ir ganando en experiencia académica de su interés. San Agustín afirma: «Enseñar lo que enseñaba en Cartago. [...] ir a Roma no fue por ganar mayor gloria, como me prometían los amigos que me

²² Ibid., III, 11, 20.

²³ Ibid., III, 11, 20.

²⁴ Ibid., III, 12, 21.

²⁵ San Agustín. *Tratado sobre la gracia*. En *Obras completas de San Agustín VI* (Madrid: BAC, 1949), 20, 53.

aconsejaban tal cosa [...] sino la causa máxima y casi única era haber oído que los jóvenes de Roma eran más sosegados en las clases»²⁶.

En cambio, su madre sensible y triste, llora amargamente la partida de San Agustín, le sigue hasta el mar. Una madre siempre espera lo mejor para su hijo, no lo abandona, a pesar de sus mentiras, inconstancias e incoherencias. Insiste en que renuncie a la idea de ir a Roma y no se deje llevar por sus amigos. Buscaba apartarlo del mal o, al menos, acompañarlo. En el libro V de las *Confesiones* de San Agustín, dirá: «Pero hube de engañarla, porque me retenía por la fuerza, obligándome o a desistir de mi propósito o a llevarla conmigo, por lo que fingí tener que despedir a un amigo al que no quería abandonar hasta que, soplando el viento, se hiciese a la vela»²⁷.

San Agustín siempre estuvo acompañado por su madre a pesar de los momentos que quiso apartarse de ella deliberadamente. Santa Mónica no se rinde, es un ejemplo de madre, ella ve lo mejor de su hijo. Lo recuerda bien en el libro V de las *Confesiones*: «Hube de engañarla, porque me resistía por la fuerza, obligándome o a desistir de mi propósito o a llevarla conmigo, por lo que fingí tener que despedir a un amigo [...] me escapé, y tú perdonaste este mi pecado misericordiosamente»²⁸.

Podríamos reconocer que el deseo de Santa Mónica para con su hijo San Agustín era que se convirtiera al cristianismo. La mayor fuerza del acompañamiento que realiza Santa Mónica nace desde la experiencia íntima con el Señor, es el encuentro íntimo personal con Dios que transforma a la persona y le invita a ir donde le conduce la proa, es donde el Espíritu de Dios le invita a ir. El Espíritu no se equivoca, es la moción más hermosa y acertada, porque ilumina todo desde la gracia de Dios.

Santa Mónica sigue a su hijo San Agustín y, después de algunos meses de su partida, se embarca en Cartago rumbo a Roma y luego a Milán. Lo reconoce bien San Agustín cuando escribió: «Ya había venido a mi lado la madre, fuerte por su piedad, siguiéndome por mar y tierra, segura de ti en todos los peligros; tanto, que hasta en las tormentas que padecieron en el mar era ella quien animaba a los marineros [...] prometiéndoles que llegarían con felicidad al término de su viaje, porque así se lo habías

²⁶ San Agustín. *Confesiones* V, 8, 14.

²⁷ Ibid., V, 18, 15.

²⁸ Ibid., V, 8, 15.

prometido tú en una visión»²⁹. Pero la oportunidad de trabajo en Roma no salió como él esperaba, descubrió que los estudiantes no pagaban, los maniqueos andaban errados y que los académicos adaptaban el principio de la duda en todo. Comenzó a gestionar para ir a Milán, donde la cátedra de retórica estaba vacante.

San Agustín ya tenía treinta años cuando llegó a Milán en el otoño del año 384. Milán era la segunda ciudad más grande del imperio de occidente, sede de los emperadores cristianos. Después de un año de permanecer en Milán llega su madre Santa Mónica, probablemente en la primavera del 385. La buena noticia para Santa Mónica era que su hijo San Agustín no era maniqueo, pero aún no se había convertido al catolicismo, sin embargo, estaba segura que antes de morir le vería católico bautizado.

En Milán acaeció el feliz acontecimiento, la conversión de San Agustín. Allí Santa Mónica es testigo del momento trascendental en donde su hijo ya no volvería a ser igual. San Agustín siente en su interior una paz enorme que se transforma en lluvias de lágrimas; buscó estar solo para reconocer qué le estaba ocurriendo. Alipio, su amigo, se da cuenta de la actitud de San Agustín; era claro que le estaba pasando algo tanto por el tono de su voz como por sus lágrimas. Al estar sentado debajo de una higuera seguía llorando y seguía hablando con Dios, San Agustín reflexiona en el libro VIII, de Las Confesiones: «No te acuerdes más de las maldades pasadas (Sal 78,5). Me sentía aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: ¿“hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana! ¡mañana! (Creas et cras)? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas ahora mismo?”»³⁰.

Lloraba desde una actitud contrita que redefine su existencia, un corazón dispuesto a cambiar, de ahí, escucha una voz que repetía las palabras “Toma y Lee”. No reconoce esas palabras como algún juego de niños, por ello, es obediente, comprende que es algo divino: «Que abriese el código y primer capítulo donde topase. [...] y tomando como dicho para sí lo que se leía: Vete, vende todas las cosas que tienes, dadas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme (Mt 19,21)». A través del relato bíblico, San Agustín puede contemplar el llamado de Dios y centrar toda la vida en el abandono confiado de su misericordia y bondad, reconociendo que es más rico quien menos necesita, y con el auxilio de la gracia de Dios es posible la salvación.

²⁹ Ibid., VI, 1, 1.

³⁰ Ibid., VIII, 12, 29.

San Agustín vuelve a donde está su amigo Alipio y vuelve a leer, encuentra Romanos 13, 14: “Andemos como en pleno día, con dignidad. Nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y envidias”. Y comienza a vivir la certeza y la luz de la seguridad. Después, encuentra otro relato, Romanos 14, 1: “Acoged al débil en la fe”. Más tarde, se encuentra con su madre Santa Mónica, y le comenta lo sucedido, ella salta de alegría y da gracias a Dios por haber escuchado sus súplicas³¹.

Por consiguiente, la vida de Santa Mónica se caracteriza por su inquebrantable fidelidad a sus principios cristianos, lo que la convierte en una mujer abnegada, paciente, amorosa y profundamente devota. Acompañó espiritualmente a su hijo con dedicación y constancia, intercediendo por él en la oración, guiándolo en su discernimiento personal sin imponerle decisiones y hablándole de Dios de tal manera que sus palabras resonaran en él.

En este sentido, Santa Mónica supo afrontar y anticipar los entornos culturales deshumanizantes en los que su hijo, San Agustín, pudo haberse distanciado de Dios. Por ello, su mayor deseo era que abrazara la fe católica, pues vivir según el plan de Dios implica descubrir el amor supremo y en este camino, llegar a reflexionar como San Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2,20).

³¹ San Agustín. *Confesiones* VIII, 12, 30. Con palabras de Agustín: «Después entramos a ver a mi madre, indicándoselo, y se llenó de gozo; le contamos el modo como había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a ti, que eres poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos (Ef 3,20), porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con sollozos y lágrimas piadosas» San Agustín.

2. San Agustín y Fausto (Maniqueísmo): falso acompañamiento

San Agustín, en su búsqueda de respuestas y en su pasión por definir todo desde la razón, conoce a los Maniqueos,³² quienes le prometen descubrir la sabiduría a través de la luz de la razón. Fue el mayor desacierto: tiempos perdidos, momentos desolados sin una experiencia íntima y personal con el Señor; un inquietante momento de su historia que muchos enemigos aprovecharán para acusarlo de dualista y maniqueo. Simonetti, analiza: «El maniqueísmo es un sincretismo de doctrinas judeocristiana e indoiranias»³³.

El Maniqueísmo, «en su movimiento hacia el oeste, pasó por Siria y Capadocia y llegó hacia fines del siglo III hasta Cartago, Roma y Egipto. Desde allí penetró en el norte de África»³⁴. El Maniqueísmo encontró desde el inicio oposición en los gobiernos de los territorios romanos, comenzando por Diocleciano (284 -305). Personajes que se opusieron a sus escritos, creencias y prácticas, incluyen, en primer lugar, a Alejandro de Licópolis en Egipto. También los cristianos ortodoxos, como Efrén el diácono de Nisibi en Siria, Serapión de Thmuis de Egipto, Tito de Bostra en Chipre, y los Africanos Mario Victorino y San Agustín, quienes combatieron el maniqueísmo en el siglo IV. Posteriormente, se encuentran ideas neomaniqueas (en algunos movimientos que heredaron algunas ideas del dualismo, especialmente la oposición radical entre el bien y el mal) en los grupos: Los Paulicianos, los Bogomilos y los Labigenses.

San Agustín es consciente de la influencia que representó el maniqueísmo en su vida. Le llevó a conocimientos efímeros que no correspondían al pensamiento sistemático de la doctrina católica. En su obra *Exposición del Génesis contra los Maniqueos* se vislumbra la crisis existencial, marcada por momentos de desolación, en los cuales intervienen intenciones personales que no tienen en cuenta a Dios. Por ello, las dudas, la

³² Enrique Eguiarte Bendímez. “El acompañamiento espiritual en san Agustín”. *Mayéutica* 40 (2014): 31. Enrique Eguiarte, como nota de pie de página, en su escrito escribe: “El Acompañamiento Espiritual en san Agustín”, define: «El maniqueísmo daba una explicación dualista del origen del mundo, del mal y del propio ser del hombre. Para ellos existían dos principios sustanciales de igual entidad y en continua lucha: la luz y la tiniebla. El hombre es una mezcla de estos dos principios y necesitaba liberarse del cuerpo (que es producto de las tinieblas) para que su alma pueda volver al reino de la luz. Los maniqueos hacían también una selección de libros de la Sagrada Escritura, desechando todo el Antiguo Testamento, pues creían que era obra del Dios de las tinieblas y se quedaban con algunos textos del Nuevo Testamento, particularmente por las cartas de san Pablo».

³³ C. Riggi. “Maniqueísmo”. En *Diccionario Patristico de la Antigüedad cristiana*. 2ª ed, dirigido por Ángel Di Berardino 1343- 1344 (Salamanca: Sígueme, 1998), 1342.

³⁴ J Kevin Coyle, “Manés, Maniqueísmo”. En *Diccionario de san Agustín*, dir. Allan D. Fitzgerald O.S.A. 831- 838 (Burgos: Monte Carmelo, 2001), 831.

falta de claridad y la carencia de un método claro que permita dar cuenta de la relación entre la fe y la razón se hacen claramente evidentes³⁵.

San Agustín, en diversas ocasiones, llama a los maniqueos sectarios, herejes o cismáticos, pues reconoce en su doctrina una distorsión del cristianismo. El maniqueísmo se desarrolló en torno a la cuestión del mal, ¿por qué existe el mal? Su respuesta se expresa desde una perspectiva dualista radical, pues propone una cosmovisión antropológica, en el que el valor inteligente y moral (principio de Luz) lo constituye desde un principio, una sustancia superesencial. En contraste con el principio material corporal donde moran las tinieblas³⁶.

La estructura organizacional o jerárquica maniquea incluía, en orden cronológico: maestros, obispos, presbíteros, diáconos, y demás ministros. Los maestros eran doce, con un líder general. Estos elegían y consagraban a obispos, que debían ser 72. Entre ellos, San Agustín espera conocer a Fausto, un maniqueo respetado como maestro y doctor, conocedor de su doctrina. Buscaba en él un testimonio claro y evidente del camino sistemático para alcanzar la sabiduría. En Roma, Fausto de Milevi, africano de Numidia, era conocido por su elegante elocuencia y genio. «San Agustín, tanto aquí como en su obra *Contra Faustum*, lo pinta como de grandes cualidades naturales y vasta cultura y erudición. Fácil para granjearse amistades por su simpatía personal»³⁷. El nombre de Fausto lo escuchó desde el principio de los ocho años que pasó con los maniqueos. Dado que estos eran incapaces de responder a sus preguntas fundamentales, siempre le remitían a Fausto, asegurándole que, con un simple diálogo con él, todo le quedaría claro. San Agustín recuerda: «Todo aquel empeño mío que había puesto en progresar en la secta se me acabó totalmente apenas conocí a aquel hombre [...] hasta el punto de separarme definitivamente de ella»³⁸. Como dice el salmo, porque es el Señor quien dirige los pasos no importando donde estemos (Sal 36).

³⁵ San Agustín. En *Obras completas de San Agustín*, XV (Madrid: BAC, 1957), 6.

³⁶ J Kevin Coyle. “Manés, Maniqueísmo”. Enfatiza: De esta mezcla de elementos de luz y de elementos de tinieblas está constituido nuestro mundo actual y visible, de tal manera que todo lo que encontramos desagradable en él es atribuible a la presencia de luz atrapada, y lo que encontramos agradable es debido a las tinieblas que constituyen la prisión de la luz. 833.

³⁷ Ángel Custodio Vega. “Notas complementarias al libro V de las Confesiones, 3. En *Obras completas de San Agustín II* (Madrid: BAC, 2013), 169.

³⁸ San Agustín. *Confesiones* V, 7, 13.

La personalidad de Fausto no resultaba tan atrayente para quien lo conocía de verdad. Su falsa humildad y, sobre todo, presunción de sinceridad, lo llevaba a preferir sus argumentos falaces sin corresponder a una auténtica perspectiva de lo real, quedándose en un análisis especulativo. «Lo que provoca más distanciamiento afectivo de él es sin duda su arrogancia, la imagen que intenta dar de sí mismo. La humildad no es su punto fuerte»³⁹.

El libro V de las *Confesiones* recuerda: «Por nombre Fausto, gran lazo del dominio, en el que caían muchos por el encanto seductor de su elocuencia, la cual, aunque también yo ensalzaba, la sabía, sin embargo, distinguir de la verdad de las cosas, que eran la que yo anhelaba saber»⁴⁰. Sin embargo, ha pasado a la memoria de la historia agustiniana como un acompañante espiritual fallido por sus incoherencias y actitudes. En primer lugar, no supo responder a las inquietudes de San Agustín, por estar más interesado en suscitar admiración de sus propios logros y fama. Además, se quedaba en apariencias y no profundizaba. Por ello, no puede haber un verdadero acompañamiento si no se vive desde la verdad. «No habrá un verdadero acompañamiento espiritual al nivel que sea, si no se vive desde la verdad y esta se convierte en la moneda de cambio entre acompañante y acompañado»⁴¹. No se trata de darle la razón en todo, ni señalar únicamente sus faltas, ni decirle solo lo que desea oír.

En resumen, lo central en el acompañamiento de San Agustín por parte de los maniqueos fue la búsqueda de la verdad a la luz de la razón. Otro aspecto sería que, para llegar a la verdad, era necesario soltar cualquier principio de estructura jerárquica católica. En definitiva, debía dejar a un lado la autoridad de la Iglesia católica para ser un elegido, un maestro iluminado. Al final, todo fue una farsa, aunque en un primer momento parecían ofrecer respuestas metafísicas con un cierto criterio al problema del mal, todo esto resultó un manual sin fundamento.

Por tanto, fue un acompañamiento que invitaba a dar la espalda a la Iglesia y a su Tradición. Por ello, Agustín se apartó y siguió buscando un acompañante que le diera más luz.

³⁹ San Agustín. Escritos Antimaniqueos En *Obras completas de San Agustín XXXI* (Madrid: BAC), 1993. 12.

⁴⁰ San Agustín. *Confesiones* V, 3, 3.

⁴¹ Eguiarte. “El acompañamiento”. 34.

3. San Agustín y Vindiciano: la cura de su afición a la astrología.

San Agustín, después de conocer a los maniqueos, conoce a Vindiciano, médico y procónsul en Cartago y nos narra que este fue una persona muy importante para él para dejar a un lado la pasión por el estudio de la astrología. Fue él quien premió a San Agustín en un certamen literario y le impuso la corona de laurel en su cabeza. Enrique Guiarte, dirá: «fue providencial su encuentro con Vindiciano»⁴².

En el libro de las *Confesiones*, habla de Vindiciano como un anciano sabio, que logró influir en la intencionalidad de su estudio sobre los libros de los genetlíacos o astrólogos: «Me amonestó benigna y parcialmente para que los dejase y no gastara inútilmente en tal vanidad mis cuidados y trabajos, que debía emplear en cosas útiles»⁴³. También el anciano sabio Vindiciano habla con la autoridad que surge de su propio testimonio. San Agustín continúa diciendo en las *Confesiones*: «Añadiendo que también él había aprendido aquel arte, hasta el punto de querer tomarla en los primeros años de su edad como una profesión para ganarse la vida, puesto que, si había entendido a Hipócrates, lo mismo podía entender aquellos libros»⁴⁴.

Continúa el sabio anciano Vindiciano a través de las *Confesiones* de San Agustín enseñando el peligro de fundamentar la vida en la falsedad, ya que esto no correspondería a un verdadero sabio, puesto este no debe vivir en el engaño. San Agustín dirá refiriéndose a Vindiciano: «Pero que al fin había dejado aquellos estudios por los de la medicina, no por otra causa que por haberlos descubiertos falsísimos y no querer, a fuera de hombre serio, buscar su sustento engañando a los demás»⁴⁵.

Al final, Vindiciano es reconocido como un hombre que marcó la vida de San Agustín y logra reconocer cómo Dios siempre le ha ayudado en el camino espiritual. «Y esto, Señor, me lo procuró aquél [Vindiciano], o más bien me lo procuraste tú por medio de él y delineaste en mi memoria lo que yo mismo más tarde debía buscar»⁴⁶. Por ende,

⁴² Ibid., 35.

⁴³ San Agustín. *Confesiones* IV, 3,5.

⁴⁴ Ibid., IV, 3,5.

⁴⁵ Ibid., IV, 3,5.

⁴⁶ Ibid., IV, 3,6.

fue un gran hombre sabio que logró hablar y corregir, al joven sabio, a través de su testimonio de vida.

Por consiguiente, el testimonio de vida es clave en el proceso espiritual de cualquier acompañado, en el Caso de Vindiciano, Dios ha hablado a través de él, como muy bien lo ha reconocido San Agustín. Guiarte dirá: «Vindiciano se daría cuenta de que la inteligencia de San Agustín era muy grande, por lo que aceptaría razonablemente sus comentarios y su propio testimonio de vida»⁴⁷.

4. San Agustín y San Ambrosio de Milán: encuentro, escucha y conversión

San Ambrosio de Milán nació en Tréveris el año 339 o 337. El 7 de diciembre del 374 fue consagrado obispo. La guía permanente de Simpliciano suplió la formación rápida para su consagración episcopal. La comprensión de la Sagrada Escritura se hizo más profunda gracias a los escritos de los padres griegos como Filón y Plotino. El estudio y meditación de la Palabra de Dios le llevaron a concretar conocimiento en el ámbito moral, ascético, político y social, así como a desarrollar su fuerza en su acción pastoral y de predicador. «San Ambrosio orientó su producción literaria hacia temas de orden práctico más que especulativo. Abundan por tanto las obras de carácter homilético [...] son pocos los tratados y los escritos exegéticos y doctrinales»⁴⁸.

San Agustín vive un momento de escepticismo que lo lleva a dudar de todo, momentos de tristeza, aquellos momentos que el ser humano no quiere vivir y que son vistos como una realidad de desierto, donde lo erótico carnal ya no tiene importancia, sin un horizonte de sentido, experimentando el sinsentido de todo, e incluso de alcanzar la verdad y la sabiduría. En esta escena de su realidad emocional y antropológica espiritual se encontraba San Agustín cuando llega a Milán para aceptar otra oportunidad de trabajo en el año 385 como orador de la corte de Valentiniano II y profesor de Retórica en la escuela Palaciega. En esta etapa de la vida, San Agustín se dejó guiar, una vez más, por las pasiones desordenadas y su deseo de gloria. También es el tiempo que logra ascender

⁴⁷ Eguiarte. “El acompañamiento”, 35.

⁴⁸ H. von Campenhausen. “San Ambrosio de Milán”. En *Diccionario Patrístico de la Antigüedad cristiana*, dirigido por Ángel Di Berardino, 98 (Salamanca: Sígueme), 1991.

paulatinamente hasta llegar al puesto más alto de su trabajo académico. Así lo señala el obispo de Hipona en sus *Confesiones*: «Sentía vivísimos deseos de honores, riquezas y matrimonio, y tú te reías de mí. Y en estos deseos padecía amargos trabajos, siéndome tú tanto más propicio cuando menos consentías que hallase dulzura en lo que no era tú»⁴⁹. El sentimiento de insatisfacción lo lleva a centrarse en él.

Ahora bien, San Agustín, mientras caminaba por las calles de Milán y repasaba el discurso que iba a pronunciar ante el emperador y en el cual debía mentir para conseguir honor, se encuentra con un habitante de la calle. Reflexiona, su búsqueda de gloria lo había llevado a ser un desdichado mientras al mendigo le basta una monedita para poder ser feliz. Eguiarte, afirma: «Este encuentro con el mendigo ebrio de Milán se convierte para san Agustín en una epifanía que le muestra su propia miseria, infelicidad, así como la necesidad de liberarse de lo que lo atenaza para adherirse a la verdadera fuente de la vida que es Dios»⁵⁰. Es importante notar que San Agustín se ve a sí mismo como la imagen de embriaguez por su deseo de gloria y de vana felicidad. Sin embargo, el encuentro fortuito con el borracho lo llevó a reflexionar y encontrar premisas llenas de sentido, por medio de las cuales Dios, Maestro eterno, le infunde gracia y el deseo de plenitud.

De esta manera, San Agustín examina que el camino del escepticismo y la búsqueda de gloria y honor no le lleva a la felicidad, a la autorrealización ni a la verdad. San Agustín señala refiriendo al hombre de la calle: «Importa tener en cuenta la causa de la alegría, porque el mendigo aquel se alegraba con la borrachera, tú con la gloria [...] aquel digería aquella misma noche su embriaguez, y yo, en cambio, había dormido con la mía»⁵¹. San Agustín, en su propia reflexión, se da cuenta que, en el fondo, está lleno de soberbia.

En Milán se encuentra con uno de los hombres más ilustres en su tiempo, San Ambrosio, en el año 384. Su elocuencia atraía a los retóricos, entre ellos, San Agustín. En las *Confesiones* dirá: «cuando éste tan renombrado se me había mostrado tan ignorante en muchas de las cuestiones que me inquietaban, comencé a tratar con él, para su

⁴⁹ San Agustín. *Confesiones* VI, 6, 9.

⁵⁰ Enrique Eguiarte, “El ‘Viscum’ y las alas del alma en San Agustín”, en *Revista Agustiniana* 52, (2011): 294.

⁵¹ San Agustín. *Confesiones* VI, 6, 10.

instrucción, de las letras o artes que yo enseñaba a los jóvenes de Cartago, y en cuyo amor ardía él mismo»⁵². San Ambrosio causó una impresión inmediata en San Agustín, quien comenzó a asistir frecuentemente a sus actos religiosos. «Aquel hombre de Dios me recibió paternalmente [...] Yo comencé a estimarle; al principio, no ciertamente como a doctor de la verdad, la que desesperaba de hallar en la Iglesia, sino como a un hombre afable conmigo»⁵³.

La principal influencia de San Ambrosio reside en su papel dentro de la aculturación cristiana, San Agustín lo consideraba como un maestro católico, como bien lo señala en las *Confesiones*: «Veníanse a mi mente, juntamente con las palabras que me agradaban las cosas que despreciaba, por no poder separar una de otras, y así, al abrir mi corazón para recibir lo que decía elocuentemente, entra en él al mismo tiempo lo que decía como verdadero»⁵⁴.

La utilización de conceptos platónicos y sus observaciones acerca de la naturaleza de la sustancia, el ente en sí mismo y aplicación al análisis de la sustancia divina causaron impacto en San Agustín, «yo le escuchaba, es verdad, predicando al pueblo *rectamente la palabra de la verdad* (2 Tim 2,15) todos los domingos, confirmándome más y más en que podían ser sueltos los nudos todos de las de las maliciosas calumnias que aquellos engañadores»⁵⁵. Se refiere a los maniqueos y al tiempo perdido escuchando blasfemias contra la Sagrada Escritura. San Agustín como buen discípulo seguía las indicaciones del obispo y deliberaba por sí mismo las ideas expuestas por San Ambrosio y sus amigos platónicos.

San Ambrosio le enseña a realizar una lectura de la Biblia desde diversos puntos de vista, no solo desde una perspectiva literal sino también una interpretación analógica, alegórica y espiritual. Asimismo, le abre a un camino de lectura que le permite contemplar contenidos que remiten a realidades últimas y permiten conocer lo esencial de la revelación de Dios en nuestra historia, la fidelidad de Dios con todo lo creado y el deseo divino de redención y salvación de la humanidad.

⁵² Ibid., V, 7, 13.

⁵³ Ibid., V, 13, 23.

⁵⁴ Ibid., V, 14, 24.

⁵⁵ Ibid., VI, 3, 4.

La relación de San Ambrosio y San Agustín no fue muy entrañable, se podría decir que fue de carácter profesional, elegante y dispuesta a mostrar contenidos encarnados, donde Ambrosio supo plantear metas y alinearse a visiones elevadas para el joven inquieto buscador de la verdad, orador de la corte del emperador Valentiniano II. Por ello, San Agustín le pide a San Ambrosio su recomendación para comenzar a leer las Sagradas Escrituras, y San Ambrosio lo invita a iniciar con el profeta Isaías. San Agustín manifiesta en las *Confesiones*: «Él me mandó que leyera el profeta Isaías; creo que porque éste anuncia más claramente que los demás el Evangelio y vocación de los gentiles»⁵⁶. Y luego reconoce que volvería al relato del profeta Isaías cuando estuviese más capacitado para el análisis y lectura del lenguaje bíblico. No obstante, su consejo de leer primero el profeta Isaías no lo olvidó; de hecho, dejó huellas a lo largo de sus obras, es uno de los profetas más citados por el Obispo de Hipona.

San Ambrosio, un gran orador, irradiaba en el ambón, en lo alto, la elocuencia que surgía desde la relación profunda e íntima con el amado; Ambrosio de Milán dirá:

«Los santos del Señor que sabe que la voz del hombre es la mayoría de las veces mensajera del pecado, y que la palabra del hombre es inicio del error humano – amaban el silencio. Por eso, el Santo del Señor dice: Yo dije, vigilaré mis caminos para no pecar a causa de mi lengua [...] Por eso, viendo que nadie podía conservar su boca pura de la suciedad del hablar, El Santo del Señor se impuso así mismo por el silencio la ley de la inocencia para que, callando, evitara la culpa que difícilmente habría podido evitar hablando»⁵⁷.

La inquietud de San Agustín al escuchar a San Ambrosio lo llevaría a encontrarse con el recto propósito, donde su yo sería transformado, iluminando un yo fraterno, trascendente y trasfigurado. Su historia sería redimida por la apertura al amor incondicional de Dios, donde lo imposible se hace posible: abrir los ojos en un abismo de oscuridad, pasar de los conceptos relativos a la apertura de la gracia incondicional de Dios.

Llega el momento más esperado por su madre, Santa Mónica. Agustín recibiría, en manos del tan admirado San Ambrosio, el sagrado sacramento del Bautismo y con él, la filiación divina para vivir la fraternidad de los hijos e hijas de Dios. Desde su realidad

⁵⁶ Ibid., IX, 6,14.

⁵⁷ Ambrosio de Milán. *Los deberes* (Madrid: Ciudad Nueva,2015), 25.

de neófito, sería revestido de Cristo en el esplendor y grandeza del sello imborrable del bautismo: sacerdote, profeta y rey, en participación del sacerdocio real de Cristo.

Era costumbre en la iglesia de Milán a los bautizados les lavara los pies el obispo⁵⁸, con el sentido de afirmar el valor de la humildad como una de las virtudes esenciales en el seguimiento de Cristo y de borrar las huellas del pecado de Adán. «Con el agua del bautismo se habían borrado todos los pecados, particularmente los personales. Pero para acabar de borrar las huellas del pecado de Adán, quien había sido metafóricamente “mordido en el talón” por Satanás, se lavaban los pies de los recién bautizados»⁵⁹.

San Ambrosio es para San Agustín una luz en un abismo de oscuridad; la luz de Cristo no deslumbra, sino que invita abrir el interior para contemplar la grandeza de Dios. A través del sacramento del bautismo, San Agustín, es recreado en el amor de Dios, y cada paso es iluminado para la fidelidad en Dios. Por ello, San Agustín, en las *Confesiones*, nos revela un camino memorial de su propia vida, una nueva recreación desde la humanidad y la divinidad del hijo de Dios. Como muy bien lo definió, el texto de “*Gaudium et Spes*” número 22, el hombre solo puede comprenderse a la luz del misterio de Cristo:

«En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (cf. Rom 5,14), es decir, de Cristo Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»⁶⁰.

San Agustín valora a San Ambrosio no como un doctor de la verdad, sino como un hombre amable y afable; este es un aspecto central para un acompañamiento espiritual: el saber acoger y recibir a las personas y el interés que se debe prestar a las personas que ya han hecho un camino de vida. Otro aspecto que San Agustín valora de San Ambrosio es su capacidad para responder paulatinamente a las preguntas esenciales; todo esto sucede por la acción de la gracia. San Ambrosio le enseña a San Agustín que entre la fe y la razón no existe contradicción, los argumentos analíticos filosóficos pueden aplicarse

⁵⁸ Se convirtió para Agustín, en un imborrable recuerdo, como el salir de la pila bautismal.

⁵⁹ Eguiarte “El acompañamiento” 40.

⁶⁰ Constitución Pastoral *Sobre la Iglesia en el mundo actual*, GS, 22. Documento del Vaticano II, Madrid: BAC, 1968, 216.

sin problema a la fe, siempre que no se pierda la verdadera intencionalidad e identidad que ayudan a iluminar el mensaje revelado. Le muestra que la verdad que está buscando, que su corazón y su interior desean, está en la Iglesia. Por ello, San Agustín decide continuar como catecúmeno. San Agustín considera:

«Las disputas con el obispo de Milán me habían hecho tanta impresión, que casi estaba deseando, con cierta esperanza, estudiar algunas de los pasajes de ese Antiguo Testamento, hacia los cuales teníamos aversión por lo que contra ellos nos habían dicho. Me había decidido ya a continuación como catecúmeno en la Iglesia en que fui inscrito por mis padres hasta tanto que diera con lo que andaba buscando»⁶¹.

De cara al acompañamiento espiritual, podemos identificar pues algunos elementos fundamentales a partir de la figura de San Ambrosio. Uno de ellos es la importancia del primer contacto que San Ambrosio supo desarrollar con maestría: la acogida, la amabilidad y la educación, sin olvidar los aspectos esenciales de la realidad humana. Existen presupuestos antropológicos esenciales, como lo señala la congregación para los Institutos de Vida Consagrada: «La necesidad de cultivar las cualidades requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación»⁶². Un segundo elemento del acompañamiento espiritual, es que con San Ambrosio se acentuó la relectura de la vida Eguiarte, reflexiona: «El acompañante debe conocer los caminos recorridos por el acompañado [...] puede ayudar a hacer, junto con el acompañante, una mejor exégesis del texto de la propia vida»⁶³. y lograr descubrir la voluntad de Dios.

Otro matiz esencial en Ambrosio es ir conociendo la importancia de conocer las intenciones, ilusiones e inquietudes del acompañado. Guiarte, reconoce que es «ir dando respuesta las interrogantes que puede haber en el corazón del acompañado. En muchas ocasiones se trata de preguntas esenciales humanas en torno a la felicidad, al sentido de la vida, a la autorrealización. A ellas es preciso responder con la ayuda de la gracia [...] y la lectura, escucha y meditación de la palabra de Dios»⁶⁴.

⁶¹ San Agustín. *Primeros escritos*. En *Obras Completas de San Agustín*, I (Madrid: BAC, 1947), 20.

⁶² Congregación Para Los Institutos De Vida Consagrada Y Las Sociedades De Vida Apostólica, *Congregavit nos in unum: La vida fraterna en comunidad*, n. 27. 3ª ed. Madrid: PPC, 1994.

⁶³ Eguiarte. “El acompañamiento”. 40.

⁶⁴ *Ibid.*, 40.

Cabe destacar que San Ambrosio, como acompañante, logró despertar retos en San Agustín, recordamos el hecho de invitarle a profundizar el libro del profeta de Isaías, para que, por medio de la lectura, lograra comprender la relación entre Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. En síntesis, el acompañamiento espiritual llevado por San Agustín no es un simple encuentro casual para hablar de algo sin mayor trascendencia. Eguiarte considera que el acompañamiento:

«Debe implicar siempre una acción concreta en la vida, unos retos que es preciso afrontar, y que conllevan en muchos de los casos, conversiones, renunciaciones, y sacrificios. De lo contrario la entrevista de acompañamiento corre el riesgo de convertirse en un mero encuentro terapéutico de desahogo, que deja la mera satisfacción del hecho de saber que alguien ha escuchado lo que la persona tenía que decir»⁶⁵.

En resumen, dejarse acompañar por alguien, implica que el acompañante debe saber plantear retos exigentes para que el acompañado pueda responder lo mejor de sí mismo ante el llamado de Dios. San Agustín en el acompañamiento por San Ambrosio reconoce la importancia de la fe para vivir en plenitud y alcanzar el fin máximo, el asemejarnos a Dios desde el amor. Benedicto XVI define: «el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Sería así mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado, se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio»⁶⁶.

5. San Agustín y San Simpliciano: un corazón acompañado hacia Cristo

La disponibilidad de San Ambrosio en el acompañamiento espiritual de San Agustín era muy limitada, por estar en el ejercicio del gobierno eclesiástico de Milán como obispo. Por ello, cuando San Ambrosio no estaba disponible, San Simpliciano sí podía acompañarlo y se convirtió en un acompañante cercano y confidente; además, era quien había preparado a San Ambrosio para el bautismo. San Simpliciano invita desde el inicio del acompañamiento a San Agustín a descubrir a Cristo desde lo humano. Le animaba a dejarse encontrar por Dios, que se encarnó y se solidarizó con todo el género humano para nuestra salvación. Ya no era la imagen de un Cristo neoplatónico como la

⁶⁵ Ibid., 41.

⁶⁶ Benedicto XVI. *Carta Encíclica Deus Caritas Est*, 19. Madrid: Palabra, 2006.

metáfora de un Logos que no se acerca a la naturaleza humana. San Simpliciano le revela al Hijo de Dios, el ungido de Dios hecho plenamente humano, que se hermana y se solidariza con la humanidad en su pasión y muerte, para redimirnos y salvarnos por medio de la resurrección⁶⁷.

En el libro de las *Confesiones*, San Agustín reflexiona: «La humildad de Cristo nos enseña a ser humildes, porque él al morir cedió ante los impíos; su excelsitud nos hace excelsos, porque él al resucitar precedió a los justos»⁶⁸.

Otro logro importante de San Simpliciano en el proceso de San Agustín, fue conseguir que este volviera a estudiar las Sagradas Escrituras, particularmente el cuerpo paulino, que se convertiría en el cimiento de toda su doctrina y en su realidad teológica dentro del estudio sistemático. Este cimiento le permitió descubrir la voluntad de Dios como luz que ilumina cualquier momento de desolación o de tristeza, pero sabiendo, sobre todo, lo siguiente, que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia, pues nunca fue proferida profecía alguna por voluntad humana, sino que, movidos por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de parte de Dios, 2 Pe 1, 20-21. Es cierto que quien inicia a San Agustín en el conocimiento del relato revelado es San Ambrosio, con la exhortación de comenzar a leer las Sagradas Escrituras por el Antiguo Testamento, pero quien ofrece una lectura cristiana a través de las cartas de san Pablo será San Simpliciano, especialmente considerando que ya tenía la perspectiva maniquea del cuerpo de estudio paulino.

San Simpliciano es un hombre justo y sabio con experiencia para acompañar a San Agustín en sus múltiples preguntas y momentos de duda. Sabe responder con ejemplos que lo impulsan a un seguimiento sincero y auténtico de Jesús. Uno de estos modelos es el del notable retórico Mario Victorino, quien dejó huella por su sabiduría y conversión al cristianismo; escribió tratados antiarrianos y fue el primer autor latino en recomendar las cartas de san Pablo. «San Agustín no puede sino quedarse admirado de la valentía y de la fuerza de ánimo de Mario Victorino, y su ejemplo fue sin duda muy importante para San Agustín en esos primeros años de su vida como creyente»⁶⁹. Otro ejemplo de vida para San Agustín fue San Antonio y lo recuerda en las *Confesiones*:

⁶⁷ Eguiarte. “El acompañamiento”. 43.

⁶⁸ San Agustín. *Sermones* (6.º), En *Obras Completas de San Agustín*. XXVI (Madrid: BAC, 2019). 110.

⁶⁹ Eguiarte. “El acompañamiento”. 45.

«Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, a la cual había llegado por casualidad, y tomando como dicho para sí lo que se leía: Vete, vende todas las cosas que tienes, dadas a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y después ven y sígueme (Mt 19,21), se había convertido a ti con tal oráculo»⁷⁰.

El acompañamiento espiritual debe llevar al acompañado a un encuentro íntimo y personal con el Señor, de modo que logre en lo más profundo de su ser escuchar la voz de Cristo y pueda pedir la gracia de cumplir la voluntad de Dios, de ser de Cristo y vivir en Él. El acompañante debe saber dirigir al acompañado al Maestro de Maestros del acompañamiento, a Jesús. En el caso de San Simpliciano, su propósito es que San Agustín descubra la voluntad de Dios a través de la meditación de las cartas de san Pablo, para que logre escuchar lo que Dios quiere para su vida. La importancia de las Sagradas Escrituras, junto con la vivencia de los sacramentos, debe ser el fundamento de todo acompañamiento espiritual. «De hecho la vida de San Agustín la podíamos conocer por medio de los textos bíblicos que él fue meditando y viviendo a lo largo de su existencia. Sería fundamental considerar los textos bíblicos o paulinos que pueden estar sosteniendo, animando y alentando la vida de una persona en un determinado momento»⁷¹.

En la vida de San Agustín, fue muy acertado el acompañamiento del anciano sabio San Simpliciano, quien lo ayudó a centrar sus argumentos y conceptos en el dato revelado. La Palabra de Dios hace que todo sea posible, como lo hizo con San Agustín, al darle respuesta a los vaivenes de sus deseos humanos y al llevarlo a encontrarse con el Señor, sin esperar contribución alguna, sino simplemente para pertenecerle. Es amar con un corazón inquieto y encendido por el fuego de la unción del Espíritu, que lo invade todo y lo reviste de Él. Es ser movido por el verdadero amor, que da la oportunidad de volver a nacer. Se trata del salto a la fe, de reconocer sus huellas, la bondad y la misericordia de Dios, de asumir la verdadera doctrina que siempre estuvo presente en su vida, pero que no había reconocido como aquella que define toda la existencia y la colma de toda adoración y gloria.

⁷⁰ San Agustín. *Confesiones* VIII, 12, 29.

⁷¹ Eguiarte. "El acompañamiento". 46.

6. El obispo Valerio: cuando el pastor ve al futuro pastor

Valerio (343- 397), obispo de Hipona, debido a su avanzada edad y la necesidad de clero, mencionaba en ocasiones este tema en sus homilías. Un día fue aclamado San Agustín por el pueblo y luego más tarde fue ordenado sacerdote por el obispo Valerio. En muy poco tiempo le asignó gestiones principales de gobierno en la diócesis. Y le permitió tener su proyecto de vida monástica en Hipona. El primer monasterio construido se llamó el monasterio del huerto. Valerio le fue delegando responsabilidades propias de su dirección, como la catequesis de los neófitos y la predicación. Otra misión importante propuesta por Valerio fue la predicación durante la fiesta de la *Laetitia* en honor a san Leoncio, para evitar que la fiesta se convirtiera en un escenario de borrachos.

Por tanto, Valerio ya veía en San Agustín un perfil de obispo y escribió al obispo Aurelio de Cartago para pedir la autorización y poder ordenar a San Agustín como obispo coadjutor de Hipona, con el derecho a sucesión. Al morir Valerio San Agustín fue nombrado obispo de Hipona en el año 397. El obispo Valerio mantenía una comunicación cercana con San Agustín. Valerio se presenta como una persona centrada y demuestra madurez espiritual al no tener en su corazón envidia: «El beatísimo padre Valerio, que conmigo os saluda y desea ver con interés que os explicarán los hermanos, no ha consentido que yo siguiere siendo presbítero, y me ha impuesto la más pesada carga del episcopado»⁷². El verdadero acompañante debe ayudar a superar los miedos y lograr saber ayudar a valorar y manejar cualquier problema de manera objetiva.

Así pues, San Agustín fue un hombre buscador de la verdad, y en esa búsqueda tuvo acompañantes que le ayudaron a ir encontrándose consigo mismo y con Dios. Acompañantes muy variados, desde su madre en la propia familia hasta obispos como Ambrosio. También sufrió acompañamientos fallidos, pero le ayudaron a profundizar en esa búsqueda interior.

⁷² San Agustín. *Cartas*. En *Obras completas de San Agustín VIII*, Carta 31 (Madrid: BAC, 1951). 145.

II. San Agustín, acompañante espiritual a través de la correspondencia

1. San Agustín Pastor de Almas: raíz del acompañamiento

San Agustín se convirtió por la gracia de Dios en un ejemplo de pastor⁷³. Su centro de vida fue la santa Eucaristía; en ella se manifestaba la plenitud del sacerdocio, memorial de Cristo redentor en la ofrenda del sacrificio eucarístico, sabiendo que el único Sumo Buen Pastor es Cristo. Para Agustín, el gran mediador entre los hombres y Dios es Cristo en su encarnación humana. El verbo divino que, hecho hombre, habitó entre los hombres; la segunda persona de la Trinidad que con la muerte en la cruz se convierte no sólo en el gran Maestro del camino, sino también en el Redentor de toda la humanidad («Yo no he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores (Marcos 2, 17)». «Dios me ha enviado a rescatar a las ovejas descarriadas de Israel (Mateo 15)»).

Podemos reconocer en San Agustín algunas señales de su pastoreo las de un líder transformador, hacedor del bien, que buscó direccionar el mundo cristiano en el norte de África, reconociendo que el mayor liderazgo se forja en la persona de Jesús de Nazaret, Maestro de maestros, Sumo Sacerdote Eterno. El buen pastor da la vida por sus ovejas (Juan 10,15), vive por ellas; en cambio, «El mercenario trabaja solamente por la paga, y cuando ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye (Juan 10, 3-4)». El buen pastor no impone, no domina, simplemente atrae con la autenticidad de su vida y con la fuerza de su afecto; busca servir a los demás, incluso a costa de sus propios intereses; reconoce el amor gratuito que se da sin esperar nada a cambio.

A la luz del modelo evangélico, San Agustín nos ofrece el perfil de buen pastor mirando las circunstancias concretas de la Iglesia de su tiempo. Él sintetiza que somos portadores de la Verdad de Dios, no nuestra verdad: «Si los dos vemos que es verdad lo

⁷³ Para hablar del ministerio episcopal de San Agustín se puede consultar: Gustave e Bardy, “Saint Augustin”. En *Dictionnaire de Spiritualité*, dirigido Charles Baumgartner. 1002-1083. París: Beauchesne, 1957, 1065. Gustave Bardy, define: «San Agustín. Su vida estaba demasiado absorta a través del ministerio episcopal para tener tiempo de dedicarse al servicio de las almas elegidas y conducir las hacia la perfección. Sería injusto no recordar su nombre, pues él no sólo buscó la santidad para sí mismo; siempre trató de mostrarlo como la meta a alcanzar, no a todos los fieles, lo cual es imposible, sino a grupos de clérigos, monjes, monjas o incluso a hombres o mujeres vivos en el mundo».

que tú dices, y asimismo vemos los dos que es verdad lo que tú dices, y asimismo vemos los dos que es verdad lo que yo digo, ¿en dónde, pregunto, lo vemos? No ciertamente tú en mí ni yo en ti, sino ambos en la misma inmutable Verdad, que está sobre nuestras mentes»⁷⁴.

San Agustín enseña desde el aprendizaje de sus propios errores. Así lo ha recordó el papa Benedicto XVI al presentar a San Agustín como «unos de los convertidos más grandes de todos los tiempos»⁷⁵. El recuerdo de su pasado le hace más comprensivo y benévolo con todos, y se muestra como ejemplo:

«Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aún joven, quería acercarme a las divinas Escrituras con el prurito de discutir más que con el afán de buscar. Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo llamar para que se me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atreví a buscar lleno de soberbia lo que no se puede encontrar si no desde la humildad»⁷⁶.

San Agustín entiende que la voz del pueblo es la voz de Dios y se entrega, generosamente, a su misión de pastor, una vocación con la que jamás había soñado, ni había deseado. Él mismo recuerda: «Yo, en quien por misericordia de Dios veis a vuestro obispo, vine siendo joven en esta ciudad. Muchos de vosotros lo sabéis. Buscaba dónde fundar un monasterio para vivir con mis hermanos. Había abandonado toda esperanza mundana y no quise ser lo que hubiera podido ser; tampoco, es cierto, busqué lo que soy»⁷⁷. Instituye, en la casa episcopal, una comunidad de sacerdotes, cuya primera condición es la renuncia a poseer nada propio, sino todo en común. «No quiero que vuestra santidad me ofrezca a título personal cosas que sólo mi persona pueda llevar decentemente. Se me ofrece, por ejemplo, un birro de valor; quizá vaya bien con un obispo, pero no con Agustín, es decir, con un hombre pobre, nacido de pobre»⁷⁸.

El Obispo de Hipona tiene claro que todo pastoreo, liderazgo o autoridad, ha de ser un servicio: «El que preside un pueblo ha de tener presente, ante todo, que es servidor de muchos. Y eso no ha de tomarlo como una deshonra, repito, el ser siervo de muchos,

⁷⁴ San Agustín. *Confesiones* XII, 25, 35.

⁷⁵ Benedicto XVI, *Homilía del 22 de abril de 2007*, en los “Orti Borromaici” del Almo Colegio Borromeo de Pavía.

⁷⁶ San Agustín. *Sermones* (2.º). En *Obras completas de San Agustín* X. Sermones 51-116 (Madrid: BAC, 1983). 12.

⁷⁷ San Agustín. *Sermones* (6.º). 245.

⁷⁸ *Ibid.*, 356.

porque ni siquiera el Señor de los señores desdeñó servirnos a nosotros». ⁷⁹ Y el poder no nace del amor que busca servir, sino de la soberbia egoísta que pretende servir aprovechándose de los demás. Por ello: «El episcopado no es un arte de pasar bien esta vida falaz» ⁸⁰.

Su gozo reside en el bien de sus fieles. El buen pastor conoce a las ovejas y tiene el espíritu en ellas. Para ellas vive y sueña, se preocupa porque las conoce, festeja la vida y sufre con ellas: «Mi preocupación es vuestra edificación y mi gozo vuestra salud; salud tanto temporal como eterna. Como dijo el Apóstol, se nos ha prometido la salud para la vida presente y para la futura» ⁸¹. El Doctor de la Gracia se interesa por las ovejas que andan fuera del camino y declara ante sus fieles:

«Tú quieres errar, tú quieres perderte; yo no quiero. En última instancia, no quiere aquel que me atemoriza [...] Llamaré a la oveja extraviada, buscaré la perdida. Quieras o no, yo lo haré. Y aunque, al buscarla, me desgaren las zarzas de los bosques, pasaré por todos los lugares, por angostos que sean; derribaré todas las vallas; en la medida en que el Señor, que me atemoriza, me dé fuerzas, recorreré todo. Llamaré a la descarriada, buscaré a la que se pierde» ⁸².

San Agustín se preocupa por los pobres, los vulnerables, las personas sin techo, los que están fuera del camino. Sabe que, por caminos sin un horizonte claro, no alcanzará lo que más necesita, y parte del presupuesto que el mercenario no pastorea; más bien, aprovecha las ovejas para su propio beneficio: «El pastor anuncia el Evangelio de Cristo sinceramente, el mercenario lo anuncia con segunda intención, buscando cosa distinta; más, al fin, si el uno anuncia a Cristo, el otro lo anuncia también. Oye la voz del pastor Pablo: Sea bastardamente, sea con sinceridad, el caso es que Cristo sea anunciado» ⁸³.

El pastor de almas, como cualquier sacerdote, es un ser humano que ha de luchar con sus momentos de desolación, momentos de angustia, como también momentos de utopía o de realidad encarnada. Cristo habla en la persona del sacerdote, pero no es un humano perfecto, no es un ángel revestido de perfección. Ha querido comprometerse

⁷⁹ Ibid., 340.

⁸⁰ San Agustín. *Sermones* (1.º). En *Obras completas de San Agustín* VII (Madrid: BAC, 1981). 86.

⁸¹ San Agustín. *Sermones* (5.º). En *Obras completas de San Agustín* XXV. Sermones 273-338 (Madrid: BAC, 1984). 629.

⁸² Ibid., 629.

⁸³ San Agustín. *Sermones* (3.º). En *Obras completas de San Agustín* XXIII. Sermones 117-118 (Madrid: BAC, 1983). 243.

libremente por lo alto, lo eterno, los valores del evangelio. Lo cierto es que está revestido de carne humana. Es pastor, pero, al mismo tiempo, oveja del único Gran Pastor: Cristo Jesús, Maestro interior. Así lo muestra abiertamente Agustín en su pastoreo. Esta alma de pastor lo vemos reflejado en el acompañamiento espiritual que ejerce a través de la correspondencia.

2. La forma epistolar en San Agustín

El género epistolar juega un papel fundamental en la obra de San Agustín, permitiendo un acercamiento directo y profundo a su pensamiento teológico, pastoral y humano. Muchas de sus epístolas son verdaderos tratados doctrinales⁸⁴, cuya relevancia y riqueza dependen tanto del destinatario como del contexto y del propósito del autor. En la introducción a las cartas del tomo VIII de las *Obras completas* de San Agustín se escribe: «Las cartas eran normalmente dictadas y llevaban solemnes tratamientos y formalidades, como también alguna forma de conclusión. Solían ir selladas, como garantía de autenticidad, cuando la letra no era conocida por el correspondiente en la firma del autor»⁸⁵. En ellas, San Agustín muestra su pensamiento más auténtico, con mayor verdad y vida que en sus tratados sistemáticos pues las cartas suelen ser resúmenes de largas meditaciones recogidas en sus libros.

Villacorta afirma con respecto a las cartas: «Las cartas son un incomparable espejo de la vida, el pensamiento y la acción de su autor y el espectro de los latidos de su tiempo. La historia de San Agustín, de la Iglesia y de Roma sería hoy incompleta sin las cartas del Santo»⁸⁶. El epistolario de Agustín revela una notable variedad de estilos, que responden a diferentes intervalos temporales, circunstancias específicas y a la evolución espiritual del propio autor.

En cuanto a la clasificación de las cartas, la división maurina («aunque nosotros adoptaremos la división maurina, podemos señalar aquí cuatro grandes grupos: 1)

⁸⁴ San Agustín. *Cartas*. 20.

⁸⁵ *Ibid.*, 4.

⁸⁶ José Luis Villacorta Pérez. «Las Cartas de Agustín de Hipona». *Religión y Cultura*, LX (2014): 412.

confidenciales; 2) pastorales; 3) doctrinales; 4) oficiales»⁸⁷). Se conservan 257 cartas que se conserva desde el año 388 al 430. «En estas cartas podemos ver el mapa social y político del Bajo Imperio Romano en rápida descomposición en los siglos IV y V y sus muchos graves problemas. Y San Agustín es ciudadano romano»⁸⁸. La primera edición de las cartas de San Agustín se hizo en Basilea en 1493 con 183 cartas. En la actualidad, se conocen muchas más cartas (251).

San Agustín jamás omite los títulos honoríficos en las cartas y los gradúa maravillosamente según las circunstancias. Los tres títulos básicos empleados son el «illustis», el «spectabilis» y el «clarissimus», por orden de dignidad.

«La documentación que tenemos acerca de los títulos de etiqueta empleada en la epistolografía latina no es uniforme. De los siglos primeros de la Iglesia nos han quedado pocas cartas, mientras de los siglos V y VI poseemos una gran abundancia [...] La uniformidad que comprobamos, en general y en los detalles, nos permite adivinar que el género epistolar tenía normas bastante concretas para emplear los títulos, aunque no tanto como en la época moderna, en que todo queda estereotipado»⁸⁹.

Las cartas del santo Doctor son de un valor inestimable para comprender el estado del Imperio romano. Se trata de alusiones y sugerencias espontáneas y detalladas, tanto más estimables cuanto que brotan de su pluma a cada momento sin intención apologética o filosófica. También se muestra en ellas la estructura organizacional de la Iglesia en África. Lope Cilleruelo afirma:

«El lector de este epistolario se podrá asombrar de la comunión estrecha de pensamientos e ideas entre las innumerables iglesias del mundo, de la muchedumbre de peregrinos que llevan cartas, mensajes, libros, información y propaganda de provincia a provincia. La Iglesia es un vasto organismo, en el que nadie vive aislado, en el que no pueden concebirse la ínsula y el solipsismo religioso»⁹⁰.

El epistolario nos hace asistir a la empresa gigantesca del santo doctor, que combate a la vez en todos los campos, que se preocupa de todo, que se desvive por la Iglesia. Agustín introduce en África el monacato, y la presencia de los monjes empieza a influir en todas las esferas sociales. Pronto había de verse todo el campo africano sembrado de monasterios y renovada toda la espiritualidad por obra de esos monjes.

⁸⁷ San Agustín. *Cartas*. 4.

⁸⁸ Villacorta, 413.

⁸⁹ San Agustín. *Cartas*. 6.

⁹⁰ *Ibid.*, 5.

La correspondencia de San Agustín es valorada por su profundo arraigo en situaciones complejas que se iban entretejiendo en sus escritos: temas filosóficos, sociológicos, antropológicos, psicológicos, teológicos, llevando al lector a reconocer su brillantez. Por ello, cada carta ha sido resguardada y valorada. El agustino Villacorta escribe: «La diversidad de destinatarios y de su condición y de los temas tratados durante 42 años, personales, particulares, privados y públicos, eclesiales y políticos, filosóficos, teológicos, legales o administrativos confiere a sus cartas un interés inagotable»⁹¹.

San Agustín expresa que los portadores de cartas no eran siempre de fiar. La correspondencia en algunos momentos no se lograba terminar, y otro problema era que no llegaba a sus destinatarios a tiempo o nunca salía a su destino. Las cartas eran de gran importancia para Agustín. A través de ellas lograría mantener las amistades y conocer a personas sin llegar a tener contacto físico. La carta se convertiría en el sustituto del contacto directo. San Agustín escribe a San Jerónimo: «¡Si por lo menos me fuera posible, ya que no puedo vivir teniéndote como vecino, disfrutar al menos de ti en el Señor, en grata y frecuente conversación! Mas esto no me es dado»⁹². Y seguía San Agustín insistiendo querer compartir con San Jerónimo a pesar de su carácter malhumorado: «¡Y yo que quisiera verte cada día, a ser posible, para poder departir contigo a mi gusto! En fin, no he de renunciar a hacer lo que puedo, porque no puedo hacer lo que quiero»⁹³.

El estilo de San Agustín en su género epistolar corresponde a su fuerte personalidad; otra pista es la variedad de estilos, capacidad de adaptación desde su calor humano y amistoso hasta el intimismo entrañable. «Es difícil hallar otro escritor en quien se puntualice con tanta delicadeza el sentido cálido, franco y directo que Agustín utiliza con sus amigos y enemigos, con los herejes, cismáticos, pecadores, orgullosos, tercios, desaprensivos, varones y mujeres [...] el estilo mismo ha servido con frecuencia de criterio para juzgar la autenticidad de algunas cartas»⁹⁴.

⁹¹ San Agustín. “Cartas (1.º)” En *Obras completas de San Agustín*, VIII (Madrid: BAC,1986), 69,1.

⁹² Ibid., 68, 3.

⁹³ San Agustín. *Cartas (2.º)*. En *Obras completas de San Agustín* XIa. Cartas 124-187 (Madrid: BAC, 1987). 166,1,2

⁹⁴ San Agustín. *Cartas*. 19.

Por tanto, conocemos al santo obispo de Hipona por los escenarios en los que desarrolla sus cartas y libros, por la estructura organizacional de aquella sociedad imperial. En aquellos lugares se esforzaba por construir «la ciudad de Dios»⁹⁵, para que fuese la ciudad de los hombres. Villacorta sintetiza: «Es lógico que tan numerosas cartas del santo, en relación con tantas y tan diferentes personas, sean un buen espejo del mundo romano de finales del siglo IV y el primer tercio del V, a sólo cuarenta y seis años del colapso total del Imperio de Occidente y de su ocupación definitiva por distintos pueblos bárbaros»⁹⁶. La realidad política, social, religiosa, queda reflejada en muchas de sus cartas.

3. Aspectos generales del acompañamiento espiritual en la correspondencia

Además, a través de sus epístolas, San Agustín manifiesta la fuerza de su personalidad, la claridad de su talento y la pasión que lo caracterizan como acompañante espiritual. Por lo general, las cartas se acercan a la expresión directa y cálida de la conversación. Un ejemplo de ello lo podemos ver en la carta a Florentina: «Tu santo propósito y el casto temor del Señor que permanece para siempre,⁹⁷ entrañado en tu

⁹⁵ Para dar cuenta del análisis y contenido, se puede consultar: Richard J. Dougherty «Ciudad de Dios», en *Diccionario de san Agustín*, dir. Allan D. Fitzgerald O.S.A. (Burgos: Monte Carmelo, 2001), 266. Ciudadano (civis). Una de las doctrinas políticas más conocidas de San Agustín es la que se refiere a la tensión existente entre las «dos ciudades», la Ciudad de Dios y la Ciudad del hombre y no es simple coincidencia el que esta doctrina se halle íntimamente relacionada con más profundas preocupaciones teológicas de Agustín (civ. Dei 14.28); los ciudadanos de cada una de las dos ciudades están marcados fundamentalmente por la correspondiente tendencia de sus voluntades: hacia Dios o hacia sí mismos. Lo que distingue más notablemente esta concepción del ciudadano de la que se encuentra en los escritores clásicos que tratan de este tema, es precisamente la universalidad de la ciudadanía según la concepción de Agustín, en contraste con la antigua concepción que relacionaba íntimamente al ciudadano con un orden político particular. Así como el cristianismo rompió los horizontes del mundo político romano con su rechazo de los dioses romanos, así también la diferenciación entre las dos ciudades va más allá del hecho de considerarlas como entidades políticas. Roma, en su forma republicana o en su forma imperial, no es la única materialización de la ciudad del hombre, porque las dos ciudades tienen fronteras mucho más amplias. De importancia crítica para el estudio que Agustín hace de la ciudadanía es el conocido enfrentamiento con la definición que da Cicerón (o el Escipión de Cicerón) de la república en *De republica* 1.39 (también 1.49; 3.43), una discusión iniciada en *De civitate Dei* 2.21 y a la que se vuelve en 19.21-24 (véase también ep. 138.2.10). Aquí la lectura que hace Agustín de la república romana gira en torno de la existencia de la justicia en ella; esto le conduce a afirmar que Roma no fue nunca una república, porque nunca poseyó verdadera justicia, ya que jamás tributó a Dios la apropiada medida de adoración (civ. Dei 19.21; también 2.17-18). Sin embargo, la idea de "pueblo" se salva, si el pueblo se describe como un conjunto de seres racionales asociados en virtud de una participación concorde en intereses comunes (19,24).

⁹⁶ José Luis Villacorta Pérez. «Las Cartas». 422.

⁹⁷ Sal 18,10.

corazón, espolean intensamente mi preocupación por ti, no sólo en mis oraciones a Dios, sino también en mis consejos a tu persona»⁹⁸.

En las epístolas de San Agustín se reconoce que la humildad es uno de los valores centrales en el acompañamiento espiritual. Para él, la humildad no se refiere a actitudes aparentes o fingidas, sino que consiste en reconocerse tal como uno es sin pretender proyectar una imagen distorsionada que no refleja la verdad. En la Carta 118 Agustín aconseja a Dióscoro:

«Quisiera, mi Dióscoro, que te sometieras con toda tu piedad a este Dios y no buscaras para perseguir y alcanzar la verdad otro camino que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios, y por eso vio la debilidad de nuestros pasos. Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo. No es que falte otros que se llaman precepto; pero si la humildad no precede, acompaña y sigue todas nuestras buenas acciones, para que miremos a ella cuando se nos propone, nos unamos a ella cuando se nos allega, y nos dejemos subyugar por ella cuando se nos impone, el orgullo nos lo arrancará todo de las manos cuando nos estemos ya felicitando por una buena acción»⁹⁹.

Lope Cilleruelo visualiza: «Jamás hubo un hombre más alerta, más receptivo, más identificado con los problemas contemporáneos, mejor preparados para orientar la conciencia de sus hermanos que este gran Genio de Hipona»¹⁰⁰.

El epistolario agustiniano es la vida del alma narrada por ella misma. Él ha sido el acompañante espiritual de muchas almas, un diestro experimentado de la conciencia humana. Precisamente porque todos sus esquemas brotan bien arraigados en la vida, no pertenece a esos acompañantes que sacan sus principios de la ascética sin comprobar la fuerza de los impulsos y de otras perspectivas decisivas de la vida espiritual. Por otro lado, Agustín reconoce la riqueza de acompañar. Es una experiencia de contraste o acuerdo argumentativo:

«Cuando oigo que un hombre de claro ingenio, instruidos en las artes liberales, en las ciencias profanas, aunque en ellas no resida la salud del alma, opina algo contra la verdad en un problema sumamente fácil, me causa maravilla. Y cuando más crece ésta, tanto más apetezco conocer al tal hombre y hablar con él. Si no puedo hacerlo, deseo por lo menos

⁹⁸ San Agustín. *Cartas* (3.º). En *Obras completas de San Agustín* XIb. Carta 188-270 (Madrid: BAC, 1991). 266, 1

⁹⁹ San Agustín. *Cartas* (3.º). 118, 4.22.

¹⁰⁰ San Agustín. *Cartas*. 5.

llegar a su pensamiento por medio de las cartas, que vuelvan muy lejos, y que él llegue hasta mí»¹⁰¹.

Por ende, el género epistolar de San Agustín constituye una señal clara y privilegiada no solo para conocer su vasto conocimiento teológico, pastoral y humano, sino también la complejidad histórica, social y religiosa de su tiempo. A través de sus cartas se revela la autenticidad del Santo y el proceso del acompañamiento espiritual. Su estilo cálido, directo y apasionado logra transmitir su genio, su sensibilidad pastoral y su incansable deseo de orientar y sostener a sus hermanos en la fe. «Los estudios sobre San Agustín han crecido tanto que constituyen ya un cuerpo de investigación que se denomina *Agustinología*. Agustín y su obra son cada día más y mejor conocidos, pero al mismo tiempo se abren nuevos campos de investigación»¹⁰².

4. Casos de acompañamiento espiritual por carta en San Agustín

Traemos aquí algunos casos en los que se ejerce un acompañamiento espiritual por carta por parte de San Agustín. En algunos casos el acompañamiento es puntual y en otros es parte de un proceso más largo.

4.1. Ecdicia: deberes matrimoniales

En el año 418 se escribe la epístola 262 a Ecdicia¹⁰³, en la ciudad de Hipona. Se refiere al adulterio del marido por la falta de afecto y atención por parte de su esposa, y al cuidado espiritual de ambos. Es oportuno recordar Agustín que era obispo de Hipona desde el año 395 y tenía 64 años; para ese momento de su vida ya había tenido experiencia de acompañamiento espiritual y de pastor de almas. Estaba profundamente comprometido con la formación espiritual de las comunidades cristianas. Se ha convertido en una figura de consulta para todos los fieles cristianos de diversas regiones del norte de África.

¹⁰¹ San Agustín. Cartas (1.º). 87, 1.

¹⁰² San Agustín. Cartas. 22.

¹⁰³ Para hablar de Ecdicia, un caso de acompañamiento espiritual, se puede consultar a: Gustave Bardy, “Saint Augustin”. 1065. Gustave Bardy, define: «Ecdicia, más celosa que prudente, hace voto de permanecer casta sin pedir permiso a su marido, devora sus riquezas en limosnas sin preocuparse del futuro de su hijo y queda completamente sorprendida cuando su marido comete adulterio Agustín tiene mucho que hacer para enseñarle cuál es su verdadero deber».

Ecdicia promete la continencia sin contar con su esposo¹⁰⁴. San Agustín responde a Ecdicia:

«Quizás no habías leído ni oído, o no habías prestado atención al Apóstol, que dice: Bueno es al hombre no tocar mujer; más, para evitar la fornicación, cada cual tenga su esposa y cada cual su marido El marido dé a su mujer lo que le debe y la mujer de igual modo a su marido. La esposa no tiene potestad sobre su cuerpo, sino el marido; asimismo el marido no tiene potestad sobre el suyo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro sino de común acuerdo por cierto tiempo, para entregaros a la oración; y volved luego a lo mismo para que no os tienta Satanás por vuestra incontinenia»¹⁰⁵.

4.3. Huérfana confiada a la Iglesia

El santo de Tagaste escribe la carta 252 al señor Félix, en la ciudad de Hipona. El tema del escrito es la recomendación de una huérfana confiada a la Iglesia. Al inicio de la carta, el santo obispo de Hipona escribe «señor amadísimo e hijo justamente honorable y digno de presencia»¹⁰⁶. Dicha encomienda se sitúa en la fecha posterior al 400. El obispo norteafricano es consciente del grado de responsabilidad a la hora de acompañar a alguien y aún más en decisiones que marcarán toda la vida, por ello, él escribe:

«Bien sabe tu Religión qué cuidado han de tener la Iglesia o los obispos de proteger a todos los hombres, especialmente a los huérfanos [...] Pero ni pude ni debí entregar la muchacha al primero que se presentara [...] Por eso espero su venida para deliberar en su presencia lo que convenga hacer y llevarlo a cabo como el Señor me inspire»¹⁰⁷.

4.4. La tutela de la Iglesia: el sabio obispo de Hipona

Agustín escribe la carta 254, en comunión con los hermanos que viven con él («Yo, Agustín, y los hermanos que están conmigo, saludamos en el Señor a Biennacido, señor beatísimo, hermano venerable y deseable y colega en el sacerdocio y a los hermanos que están contigo»¹⁰⁸). La epístola está fechada en una época posterior al año 395, y fue escrita en Hipona. La carta se refiere a la respuesta ante el tema del matrimonio de una

¹⁰⁴ San Agustín. Cartas (3.º). 262,1.

¹⁰⁵ Ibid., 262,2.

¹⁰⁶ Ibid., 252,1.

¹⁰⁷ Ibid., 252,1.

¹⁰⁸ Ibid., 254,1.

joven. Agustín, padre de la Iglesia, ha escuchado la intención de la joven y su deseo de consagrarse a la vida religiosa, por tanto, defiende su deseo, y exige que sea respetada, sin que se vea violentada en su libertad. Aurelio Agustín escribe:

«La muchacha sobre la que me ha escrito tu Santidad no tiene actualmente intención de casarse con nadie, aunque fuese ya madura de edad. Pero es tan joven, que, aunque tuviese intención de hacerlo, yo no la podría dar ni prometer a nadie. Además, Dios la protege en la Iglesia de modo que ha de protegerla contra los malos. No está aquí recogida para que yo la entregue a quien quisiere, sino para que no pueda llevársela quien no conviene, ¡oh Biennacido, señor amadísimo y venerable hermano! La propuesta que te has dignado insinuarme no me desagrada, si la muchacha hubiese de casarse No sé si se casará, aunque más deseo lo que ahora me dice. Dice ella que quiere ser monja»¹⁰⁹.

4.5. El Santo de Hipona: alianza matrimonial entre cristianos

La fecha de la epístola (255) posterior al año 395; lugar: Hipona. El tema de esta carta es el matrimonio de una joven. Agustín, escribe al señor Rústico la intención central de la joven:

«Bien sabes que, aunque dependiera de mi exclusivo poder el entregar una muchacha en matrimonio, no podría entregar una cristiana sino a un cristiano. Tú nada has querido prometerme acerca de tu hijo, mientras me dicen que es todavía pagano. Pues ¡cuánto menos deberé yo prometer nada acerca del matrimonio de esa muchacha por esas razones que puedes leer en la carta remitida al citado hermano, aunque lo que te he dicho de tu hijo no fuese para mí una mera promesa, sino una realidad consumada y gozosa!»¹¹⁰.

La edad del pastor de almas estaría en entorno a los 60 años. Esta carta refleja el trabajo constante que tenía como acompañante espiritual en temas de responsabilidad legal y moral de jóvenes que estaban bajo la protección eclesial de la iglesia de Hipona. En el diccionario *De Spiritualité* se afirma: «En otra ocasión, el obispo es llamado a intervenir para concertar el matrimonio de una joven huérfana puesta bajo la tutela de la Iglesia»¹¹¹.

¹⁰⁹ Ibid., 254,1.

¹¹⁰ Ibid., 255,1.

¹¹¹ Gustave Bardy, “Saint Augustin”. 1065.

4.6. Itálica: la visión de Dios

El doctor de la gracia saluda en el Señor a Itálica¹¹²: «Señora eximia y justamente distinguida, e hija digna de ser honrada en la caridad de Cristo»¹¹³. Itálica espera una carta del obispo de Hipona; espera consuelo a través de sus palabras. El santo de Hipona sabe que la mayor virtud y fuente de sabiduría está en el Espíritu Santo; el cantor de la interioridad le escribe: «No debes juzgarte desolada mientras, según el hombre interior, tengas presente a Cristo en el corazón por la fe, o por lo menos no debes entristecer como los paganos, que no tienen esperanza»¹¹⁴.

San Agustín reflexiona sobre la visión de Dios: cómo podríamos decir algo de esta realidad que supera todo intelecto. Solo por analogía podríamos expresarla; por tanto, escribe Agustín: «Repara en todo el pensamiento que nos presenta la carta de san Juan: *Carísimo, dice, hijos de Dios somos y todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos como Él es*»¹¹⁵. Sólo en la experiencia del hombre interior, en lo más íntimo nuestro, podemos asemejarnos a Aquel que nos ha creado. Aurelio Agustín escribe a Itálica:

«Esta semejanza debe ponerse, pues, en el hombre interior *que se renueva en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que le creó*. Ahora bien, en tanto nos hacemos semejantes a Dios en cuanto progresamos más y más en su conocimiento y amor, porque, aunque nuestro hombre exterior se corrompa, el interior se renueva de día a día»¹¹⁶.

La promesa de la visión de Dios sólo la tendremos por la fe, y a través de la fe nuestros corazones son purificados. Termina el escrito Aurelio Agustín: «Habite siempre tu corazón en la protección del Señor, señora eximia, justamente eminente y honorable hija en la caridad de Cristo. Presento mis saludos a los nobles hijos que tienes a tu lado, para mí carísimos en el Señor, con la deferencia debida a vuestros méritos»¹¹⁷.

¹¹² San Agustín. “Cartas (1.º)”. 92, 1. En toda de pie de página: «A esta misma Itálica dirigió San Juan Crisóstomo su carta 170, solicitando influencia en Roma para arreglar los alborotos de Oriente. En Agustín se adviene que responde a una preocupación, por la razón de «ver a Dios»».

¹¹³ Ibid., 92, 1.

¹¹⁴ Ibid., 92, 2.

¹¹⁵ Ibid., 92, 3.

¹¹⁶ Ibid., 92, 4.

¹¹⁷ Ibid., 92, 6.

4.6. Fabiola: La amistad no entiende de distancia

El Padre de la Iglesia latina escribe la carta 265 probablemente en el año 402, en Hipona a Fabiola, le dirige un grato saludo: «Señora piadosísima y excelentísima e hija digna de alabanza en la caridad de Cristo»¹¹⁸. Habla de la experiencia de Fabiola de contemplar al Señor. Agustín escribe: «Feliz eres cuando eso piensas conforme a la fe; más feliz cuando lo amas, y por eso serás también felicísima cuando lo consigas»¹¹⁹.

Agustín valora el poder comunicarse a distancia los pensamientos: «Aunque nuestros cuerpos estén separados por amplios espacios, si pudiésemos conocer nuestros pensamientos, estaríamos más cerca unos de otros que si estuviésemos sentados y callados uno frente a otro mirándonos, sin dar con la voz ningún signo de nuestro íntimo pensar y sin manifestar nuestra alma con los movimientos del cuerpo»¹²⁰.

4.7. Paulino: Recomendaciones para seguir una vida espiritual

Agustín escribe la carta 27 a Paulino, con fecha probable en el año 394, desde la ciudad de Hipona. Agustín saluda a Paulino: «Señor verdaderamente santo y digno de ser celebrado en Cristo con eximia alabanza». El que escribe la carta tiene un gran arte para dirigirse a las personas; es un maestro de las palabras, como buen retórico, tanto al hablar como al escribir. El retórico de Hipona escribe a Paulino: «No me reprendas, por favor, por esa santidad en que te aventajas. No digas que me duelo desordenadamente porque no te conozco, pues me abriste tu alma y me diste a ver tu interioridad»¹²¹.

Paulino es un hombre enamorado y apasionado de Dios. En la carta que escribe Agustín se percibe la fuerza de su vida en el Espíritu, que contagia a otros el deseo de contemplar el sentimiento con el Amado. Es una gran oportunidad de reconocer acentos propios, pinceladas únicas, líneas finas, tonos singulares de aquello que se vive con

¹¹⁸ San Agustín. Cartas (3.º). 267.

¹¹⁹ Ibid., 267.

¹²⁰ Ibid.

¹²¹ San Agustín. Cartas (1.º). 27, 2.

plenitud. Se puede intuir del acompañamiento de San Agustín con Paulino. Por ello, Aurelio Agustín escribe:

«He leído tu carta, que mana leche y miel, que muestra la sencillez de corazón con que buscas al Señor, y manifiesta los buenos sentimientos con que le das gloria y honor; la leyeron los hermanos, y se felicitaron incansable e inefablemente por esos dones tuyos, dones de Dios, tan extraordinarios y tan fértiles. Todos los que la leen la arrebatan, porque son arrebatados ellos por su lectura. ¡Imposible es pintar cuán suave es el olor de Cristo y cuánto trasciende de ella! Esa carta nos permite verte, y cuánto nos incita a que te busquemos, ¡pues nos deja verte asequible y deseable!»¹²².

San Agustín abre su corazón a Paulino y le pide oración por él (Agustín refleja humildad con este gesto): «Reza, por favor, para que yo no desee ser alabado, sino para que invoque al Señor con mi alabanza, y de este modo *seré liberado de mis enemigos*»¹²³.

En estas ocho cartas que se han citado podemos enumerar algunos rasgos importantes del acompañamiento espiritual del santo de Hipona: Capacidad de atender y abordar temas diversos; centralidad en las Sagradas Escrituras; la imagen del hombre interior; búsqueda de Dios desde la interioridad; responsabilidad y fidelidad en el acompañamiento espiritual.

5. Agustín y Leto: La vocación Monástica

5.1. Contexto

San Agustín, en la carta 243, se dirige al monje Leto¹²⁴ del monasterio de Hipona. La epístola procede de Hipona; su tema central es la vocación monástica. Por razones familiares, Leto había viajado a Cartago para visitar a su madre, pero prolongó la estancia en su propia casa y no quería regresar al monasterio. Ante esta situación, San Agustín le escribe para recordarle sus obligaciones y cómo Dios había edificado «la torre» de su propia vocación; además, le recuerda la necesidad de volver al monasterio para dejar que

¹²² Ibid., 27, 3.

¹²³ Ibid., 27, 5.

¹²⁴ Eno Robert B. “Epistulae (Cartas)”. En *Diccionario de San Agustín*, dirigido por Allan D. Fitzgerald O.S.A. 467- 483. Burgos: Monte Carmelo, 2001. 480. Eno Robert B. escribe: «La carta 243 viene a hacer un consejo espiritual dado a un joven llamado Leto, cuya madre intentaba apartarle de una vida de ascetismo. Agustín le recordaba que la Madre Iglesia es también “la madre de tu madre” (243.8)».

Dios terminara la obra que estaba realizando en su propio corazón. Aquí, San Agustín introduce la metáfora del «campamento de Dios», conectando la vida monástica con una batalla espiritual constante, en la cual las tentaciones son vencidas mediante la perseverancia en la vocación.

San Agustín contaba con 43 años cuando escribió la epístola, probablemente en el año 397. Para ese momento, ya era obispo de Hipona, cargo que había asumido en el año 395, después de haber sido coadjutor del obispo Valerio. Aurelio Agustín promovió un tipo de vida común centrada en la oración y la meditación de la Sagradas Escrituras, la pobreza de bienes, la caridad fraterna y la vida en comunidad, la obediencia, la humildad y el servicio pastoral a los fieles cristianos, como camino de perfección cristiana.

Leto era un joven cristiano¹²⁵, probablemente de origen acomodado, que habría abrazado la vida monástica. San Agustín lo trata con un gran afecto mostrándose como un verdadero acompañante espiritual. El Obispo de Hipona escribe al joven: «Señor amadísimo y hermano muy deseado»¹²⁶. Solo conocemos la existencia de Leto por esta carta.

5.2. Temas principales del acompañamiento

En la Carta 243 encontramos aspectos centrales del acompañamiento espiritual por parte del acompañado tales como: la búsqueda de consuelo o el deseo de ser acompañado; y, por parte del acompañante, que este manifieste interés y constancia. Esto exige caridad y debe estar fundamentado en la Palabra de Dios. En esta carta también se

¹²⁵ Gustave Bardy, “Saint Augustn”. 1065. Gustave Bardy escribe: «Leto, habiendo entrado en la vida ascética, es tentado a dejarse llevar por las solicitudes del mundo».

¹²⁶ San Agustín. Cartas (3.º). 243,1.

reconoce la solidaridad de Jesucristo en su obra redentora y salvífica¹²⁷. San Agustín reflexiona:

Solicitas consuelo porque tus comienzos son sacudidos por numerosas tentaciones [...] Me condolí contigo, hermano, y no he podido dejar de escribirte, otorgando a tu deseo, que lo es también mío lo que veo que me exige la caridad. Si te tienes por recluta de Cristo, no abandones el campamento, en el que has de edificar aquella torre de la que habla el Señor en el Evangelio¹²⁸. Si te mantienes en ella y militas bajo las armas de la palabra de Dios [...] Considera también que nuestro Señor Jesucristo, siendo nuestro Rey, gracias a su asociarse a nosotros, por el que se dignó ser también hermano nuestro, llamó reyes a sus soldados y advirtió a cada uno que, para luchar contra un rey que viene con veinte mil soldados, tiene que prepararse con diez mil (Cf Lc 14,5.)¹²⁹.

5.2.1. La perseverancia en la vocación

Este pasaje conecta la firmeza en la vocación con la fortaleza espiritual necesaria para resistir los ataques del mal. Esta carta nos recuerda, por una parte, la importancia de la vocación (tanto la vocación religiosa y la vocación cristiana), en la cual no debemos resistirnos a la voluntad de Dios. Por otra parte, señala el amor ordenado que es preciso tener a la familia.

San Agustín, Cartas (3.º), 243,1.

Categorías	Subcategorías	Lineas	1.
- Consuelo	- <u>Lei la carta que enviaste a los hermanos. Solicitas consuelo</u>	1	«Lei la carta que enviaste a los hermanos.
- Inicio del Acompañamiento	- <u>comienzos son sacudidos por numerosas tentaciones</u>	2	Solicitas consuelo porque tus comienzos son
- Interés	- <u>Deseabas recibir carta mía</u>	3	sacudidos por numerosas tentaciones; en ella
- Seguimiento	- <u>Me condolí contigo, hermano. y no he podido dejar de escribirte</u>	4	dejaste entender también que deseabas recibir
- Exige caridad	- <u>lo que veo que me exige la caridad</u>	5	carta mía. Me condolí contigo, hermano, y no he
- Invitación, Llamado a mantenerse	- <u>Si te tienes por recluta de Cristo, no abandones el campamento, en el que has de edificar aquella torre de la que habla el Señor en el Evangelio</u>	6	podido dejar de escribirte, otorgando a tu deseo,
- Sustentado por la Palabra	- <u>Si te mantienes en ella y militas bajo las armas de la palabra de Dios, por ninguna parte podrán penetrar las tentaciones</u>	7	que lo es también mío lo que veo que me exige
- Solidaridad de Jesucristo y filiación	- <u>Nuestro Señor Jesucristo, siendo nuestro Rey, gracias a su asociarse a nosotros, por el que se dignó ser también hermano nuestro. llamó reyes a sus soldados.</u>	8	la caridad. Si te tienes por recluta de Cristo, no
		9	abandones el campamento, en el que has de
		10	edificar aquella torre de la que habla el Señor en
		11	el Evangelio. Si te mantienes en ella y militas
		12	bajo las armas de la palabra de Dios, por
		13	ninguna parte podrán penetrar las tentaciones
		14	Los dardos arrojados desde ella contra el
		15	adversario le llegan con mayor fuerza, y al ver
		16	los suyos se esquivan con tan firme baluarte.
		17	Considera también que nuestro Señor
		18	Jesucristo, siendo nuestro Rey, gracias a su
		19	asociarse a nosotros, por el que se dignó ser
		20	también hermano nuestro, llamó reyes a sus
		21	soldados y advirtió a cada uno que, para luchar
			contra un rey que viene con veinte mil soldados,
			tiene que prepararse con diez mil».

¹²⁸ Cf Lc 14,28.

¹²⁹ San Agustín. Cartas (3.º). 243.1

Agustín resalta dos aspectos esenciales¹³⁰: la renuncia a todo lo que poseemos, incluido el afecto carnal hacia la familia, y la construcción de una torre espiritual que refleje la estabilidad en la vida religiosa. El pasaje de Lucas (14, 25-33) es clave para su exhortación. Citando el numeral 2, se encuentra una idea central: la renuncia al mundo para alcanzar los bienes eternos; para ello, exige la fidelidad en el seguimiento de Cristo y abandono en la voluntad de Dios, a fin de ser auténtico discípulo de Cristo. San Agustín reflexiona:

«Pero mira lo que nos dice antes de presentarnos esas semejanzas de la torre y del rey que pretenden servirnos de exhortación: Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y madre, y esposa, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo. [...] ¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero a calcular si tendrá dinero para concluirla [...] En caso contrario, cuando todavía está lejos envía sus legados a pedir la paz¹³¹. Y en la conclusión declara a qué venían estas semejanzas, diciendo: Así, aquel de vosotros que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo (Lc 14,33.)»¹³².

¹³⁰ Ibid., 243,2.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#2.
- Renunciar a los intereses del mundo	- <u>Presentarnos esas semejanzas de la torre y del rey que pretenden servirnos de exhortación: Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y madre, y esposa, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo.</u>	1 2 3 4 5 6 7 8 9	2. Pero mira lo que nos dice antes de presentarnos esas semejanzas de la torre y del rey que pretenden servirnos de exhortación: Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y madre, y esposa, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo. Luego añade: ¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero a calcular si tendrá dinero para concluirla, no sea que después de poner el cimiento, no pueda edificarla, y todos los que pasen y vean empiecen a decir: ¿Este hombre empezó a edificar y no pudo acabar? ¿O qué rey, yendo a trabar combate con otro rey, no se sienta primero a pensar si podrá salir al paso con diez mil soldados al que viene contra él con veinte mil? En caso contrario, cuando todavía está lejos envía sus legados a pedir la paz. Y en la conclusión declara a qué venían estas semejanzas, diciendo: Así, aquel de vosotros que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo.
- Fidelidad al seguimiento a Cristo	- <u>¿Este hombre empezó a edificar y no pudo acabar?</u>	10 11	
- Abandono en Dios	- <u>Y en la conclusión declara a qué venían estas semejanzas, diciendo: Así, aquel de vosotros que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo.</u>	12 13 14 15 16 17 18 19 20	
- Constantes			
- Discípulo de Cristo			

¹³¹ Lc 14,26-32.

¹³² San Agustín. Cartas (3.º), 243,2

Parece ser que Leto¹³³, por el amor entrañable que le tenía a su madre, no se decidía a regresar al monasterio; San Agustín le recuerda que debe amar a su madre de forma ordenada: primero amar a Dios, después a sí mismo y por último al prójimo. Dentro de este círculo entra el amor que debe manifestar a su propia familia, en este caso concreto, a su madre. San Agustín ofrece en esta carta una profunda enseñanza acerca de la vocación y la renuncia a todo aquello que impide alcanzar los bienes comunes; el hecho de ser hermano en Cristo, en comunión de caridad, es un anticipo de la herencia celeste.

Se le orienta en el acompañamiento a vivir en comunión con el gran Misterio Trinitario, que nos trasfigura en su eterna imagen. Por ello, la importancia de la fidelidad al llamado y seguimiento de Cristo desde el abandono; para ser constante, vivir la coherencia del discipulado de Cristo y así lograr anticipar la realidad celeste. En este mismo sentido, san Agustín agrega:

«Estas son las posesiones que casi siempre atan e impiden el obtener no lo propio temporal y transitorio, sino las cosas comunes que han de permanecer para siempre. Por el hecho de que ahora una mujer es tu madre [...] Por tanto, se trata de algo temporal y transitorio, como ya ves que ha pasado el hecho de que te concibió, te llevó en sus entrañas, te parió y te amamantó con su leche. Pero en cuanto es hermana en Cristo, lo es para ti y para mí y para todos aquellos a quienes se promete, en la misma comunión de la caridad, una herencia celeste: a Dios por Padre y a Cristo por hermano (Cf Rm 8,16-17.)»¹³⁴.

¹³³ Ibid., 243,3.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#3
- Renuncia a los bienes. - Comunión de bienes. - Renunciar al amor terreno. - Fraternidad de los hijos e hijas de Dios. - Asemejarnos a la Santísima Trinidad desde el amor.	- <u>La renuncia a todo lo que se tiene</u> - <u>Atan e impiden el obtener no lo propio temporal y transitorio, sino las cosas comunes que han de permanecer para siempre.</u> - <u>se trata de algo temporal y transitorio, como ya ves que ha pasado el hecho de que te concibió, te llevó en sus entrañas, te parió y te amamantó con su leche</u> - <u>En cuanto es hermana en Cristo, lo es para ti y para mí y para todos aquellos a quienes se promete, en la misma comunión de la caridad, una herencia celeste: a Dios por Padre y a Cristo por hermano</u>	1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24	3. Por donde vemos que el capital para edificar la torre y los diez mil soldados que se oponen al que viene con veinte mil, no significan otra cosa que la <u>renuncia a todo lo que se tiene</u>. Los antecedentes concuerdan con la conclusión Porque en la <u>renuncia a todas las posesiones</u> se incluye también el odiar al <u>padre, madre, esposa, hijos, hermanos hermanas y aun la propia alma</u>. Estas son las posesiones que casi siempre <u>atan e impiden el obtener no lo propio temporal y transitorio, sino las cosas comunes que han de permanecer para siempre</u>. Por el hecho de que ahora una mujer es tu madre, no puede serlo también mía. Por tanto, <u>se trata de algo temporal y transitorio, como ya ves que ha pasado el hecho de que te concibió, te llevó en sus entrañas, te parió y te amamantó con su leche</u>. Pero en cuanto es hermana en Cristo, lo es para ti y para mí y para todos aquellos a quienes se promete, en la misma comunión de la caridad, una herencia celeste: a Dios por Padre y a Cristo por hermano. Son realidades eternas que no perecen con la pátina del tiempo. Las mantenemos y esperamos con tanta mayor firmeza cuanto más común y menos privado es el derecho con que se anuncia que se alcanzarán.

¹³⁴ San Agustín. Cartas (3.º), 243,3.

5.2.2. Cómo ordenar los afectos

Agustín guía a *Leto*¹³⁵ en cómo ordenar sus afectos, recordándole que su madre es también su hermana en Cristo, lo cual implica un amor espiritual más elevado que el afecto meramente carnal. Invita a vivir en comunión de bienes, a renunciar a los bienes comunes, al afecto terrenal y a vivir la fraternidad de los hijos e hijas de Dios para así lograr unírnos a la comunidad de la Santísima Trinidad desde el amor. Por tanto, San Agustín recuerda a Leto que tiene una misión que cumplir por ser llamado por Dios; si esa misión no se lleva a cabo por quien le sido encomendada, la labor queda inconclusa. Este punto queda aún más claro cuando San Agustín subraya en la carta:

«¿Por qué ahora te envuelve como en una red, y te saca y te desvía de la carrera emprendida, sino porque es tu propia madre? Por ser hermana de todos los que tenemos por Padre a Dios y por madre a la Iglesia, te impide tan poco como a mí, o a todos los hermanos, que la amamos, no con un amor particular como tú en vuestra casa, sino con un amor común en la casa de Dios. Estos lazos que te unen a ella [...] que dé muerte dentro de sí a ese amor particular, no sea que estime más el haberte llevado en sus entrañas que el haber sido engendrado contigo en las entrañas de la Iglesia. [...] en la propia alma todos hemos de pensar en repudiar el afecto particular, que sin duda es temporal, y amar en ella aquella sociedad y comunión de la que está escrito: *Tenían un alma y un corazón dirigido hacia Dios*. De esa manera tu alma no es tuya propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o, mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas sino la única alma de Cristo (Hch 4,32.)»¹³⁶.

¹³⁵ Ibid., 243,4.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#4
- Desorientado, atrapado	- ¿Por qué ahora te envuelve como en una red, y te saca y te desvía de la carrera emprendida, sino porque es tu propia madre?	1	4. Eso puedes verlo con facilidad en tu misma madre
- Visión distorsionada de la meta	- Por ser hermana de todos los que tenemos por Padre a Dios y por madre a la Iglesia, te impide tan poco como a mí, o a todos los hermanos, que la amamos, no con un amor particular como tú en vuestra casa, sino con un amor común en la casa de Dios.	2	¿Por qué ahora te envuelve como en una red, y te saca y te desvía de la carrera emprendida, sino
- Afectividad dependiente	- Estos lazos que te unen a ella [...] que dé muerte dentro de sí a ese amor particular.	3	saca y te desvía de la carrera emprendida, sino
- Amor distorsionado	- No sea que estime más el haberte llevado en sus entrañas que el haber sido engendrado contigo en las entrañas de la Iglesia.	4	porque es tu propia madre? Por ser hermana de todos
- Renuncia a lazos terrenos	- En la propia alma todos hemos de pensar en repudiar el afecto particular, que sin duda es temporal, y amar en ella aquella sociedad y comunión de la que está escrito: <i>Tenían un alma y un corazón dirigido hacia Dios</i> .	5	los que tenemos por Padre a Dios y por madre a la
- Afectos particulares	- Tu alma no es tuya propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o, mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas sino la única alma de Cristo.	6	Iglesia, te impide tan poco como a mí, o a todos los
- Comunión fraterna		7	hermanos, que la amamos, no con un amor particular
- Dirigido hacia Dios		8	como tú en vuestra casa, sino con un amor común en
- ¿De Quién somos?		9	la casa de Dios. Estos lazos que te unen a ella en la
- Somos de Cristo		10	familia carnal deben darte derecho a hablarle con
		11	mayor confianza y a tener las puertas abiertas para
		12	procurar que dé muerte dentro de sí a ese amor
		13	particular, no sea que estime más el haberte llevado
		14	en sus entrañas que el haber sido engendrado contigo
		15	en las entrañas de la Iglesia. Y lo que te digo de tu
		16	madre hemos de aplicarlo a los demás parientes: en
		17	la propia alma todos hemos de pensar en repudiar el
		18	afecto particular, que sin duda es temporal, y amar
		19	en ella aquella sociedad y comunión de la que está
		20	escrito: <i>Tenían un alma y un corazón dirigido hacia</i>
		21	<i>Dios</i> . De esa manera tu alma no es tuya propia, sino
		22	de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas;
		23	o, mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son
		24	almas sino la única alma de Cristo, por la que pide
		25	cantando el salmo para que la libren del dominio del
			perro. Desde aquí que pasa con facilidad a
			desprezciar la muerte.

¹³⁶ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 4.
Ibid., 243, 5.

San Agustín interpreta aquí el mandato de Cristo: «si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y madre [...] no puede ser mi discípulo», no desde un rechazo literal hacia los padres, sino desde la necesidad de ordenar correctamente los afectos¹³⁷. La errónea concepción de esto conduce a la desorientación, a quedar atrapado en realidades relativas, finitas, lo cual provoca una visión distorsionada de la meta, por estar unidos a lazos terrenos, afectos particulares.

5.2.3. La centralidad del amor a Dios y el discernimiento exigido para ello

El mensaje se centra en la prioridad del amor a Dios por encima de todo afecto terreno, incluso el de los padres. Aquí, «odiar» no debe entenderse como dar la espalda a los progenitores, sino como un llamado al desapego de todo aquello que pudiera ser un obstáculo en la entrega total a Dios. El odio que menciona san Agustín no es emocional, sino espiritual, refiriéndose a los vínculos que podrían apartar de la fidelidad a Cristo, conectándolo con la enseñanza de Jesús: «el que ama su vida la perderá, y el que pierde su vida por mí la hallará». No se trata de mutilar lo humano, sino de dar muerte a los afectos desordenados, porque el alma humana está llamada a la comunión eterna con Dios. Así, el perder la vida en este mundo tiene como recompensa la vida eterna, donde se encuentra la plenitud. San Agustín responde:

«Este mandamiento, en el que se nos ordena perder nuestra alma no significa que hayamos de matarnos, lo que, sería un crimen inextinguible. Significa que hemos de matar en nosotros

Categorías	Subcategorías	Líneas	#5.
- Descentrase	- Se nos dice acerca del alma puede aplicarse de igual modo a los padres: El que ame su alma, la perderá, dice. Y yo diré sin dudar: «Quien ame a sus padres, los perderá». Respecto al alma dijo allí «odiará», como aquí «perderá».	1 2 3 4 5 6 7	5. No se enojen los padres porque Dios nos manda odiarlos, cuando nos manda eso mismo respecto de nuestra alma. Y como respecto del alma se nos manda que la odiamos por Cristo juntamente con los padres, así también lo que en otro pasaje se nos dice acerca del alma puede aplicarse de igual modo a los padres: El que ame su alma, la perderá, dice. Y yo diré sin dudar: «Quien ame a sus padres, los perderá». Respecto al alma dijo allí «odiará», como aquí «perderá». Este mandamiento, en el que se nos ordena perder nuestra alma no significa que hayamos de matarnos, lo que, sería un crimen inextinguible. Significa que hemos de matar en nosotros el afecto carnal del alma, por el que la vida presente nos deleita con deterioro de la futura. Lo mismo da decir perder el alma que odiarla, y ambas cosas se hacen con el amor ya que el fruto de la conquista de esa alma se presenta claramente cuando en el mismo mandamiento nos dice: Quien perdiere el alma en este mundo, la encontrará en la vida eterna. Esomismo podemos decir con razón acerca de los padres: que el que los ama los perderá; pero no matándolos, al modo de los parricidas, sino hiriendo y matando, animados por la piedad y la fe, con la espada espiritual de la palabra de Dios, ese afecto carnal con que se empeñan en amarrar a los obstáculos los de este mundo a ellos mismos y a los hijos que engendraron; pero dando vida al mismo tiempo a ese afecto por el que son hermanos, por el que en compañía de sus hijos temporales reconocen a Dios y a la Iglesia por padres eternos.
- Escuchar la moción del Espíritu	- Significa que hemos de matar en nosotros el afecto carnal del alma, por el que la vida presente nos deleita con deterioro de la futura.	8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21	
- Centrarse en la familia de los hijos e hijas de Dios	- Fruto de la conquista de esa alma se presenta claramente cuando en el mismo mandamiento nos dice: Quien perdiere el alma en este mundo, la encontrará en la vida eterna.		
- Afecto carnal	- ese afecto carnal con que se empeñan en amarrar a los obstáculos los de este mundo a ellos mismos y a los hijos que engendraron; pero dando vida al mismo tiempo a ese afecto por el que son hermanos, por el que en compañía de sus hijos temporales reconocen a Dios y a la Iglesia por padres eternos.		
- Vida futura			
- Vida eterna			
- Filiación Divina			
- Reconoce a la Iglesia como padres eternos			

el afecto carnal del alma [...] la conquista de esa alma se presenta claramente cuando en el mismo mandamiento nos dice: Quien perdiere el alma en este mundo, la encontrará en la vida eterna¹³⁸. [...] pero dando vida al mismo tiempo a ese afecto por el que son hermanos, por el que en compañía de sus hijos temporales reconocen a Dios y a la Iglesia por padres eternos»¹³⁹.

San Agustín invita al acompañado a entender nuestra filiación en un nivel más elevado¹⁴⁰; somos, fundamentalmente, hombres nuevos por la gracia del ungido de Dios. Todo indica que, por la moción del buen Espíritu, hemos de reconocer a la Iglesia como Madre.

San Agustín invita a Leto a reflexionar sobre el llamado del «clarín celeste», que simboliza el llamado divino a la vida en Cristo. San Agustín muestra que el seguimiento a Cristo exige una disposición total a reconocer la voluntad de Dios. Esto implica discernimiento, la escucha atenta de la voluntad divina a través de la Palabra de Dios, vigilancia y fidelidad al llamado. Es edificar una torre para entrar en combate contra los enemigos de la Patria Eterna, el Reino de Dios. Aquí, el acompañamiento espiritual adquiere una relevancia crucial, no es un director (que adoctrina), sino es un pastor que reconoce que el Maestro de los maestros es Jesús. San Agustín afirma:

«He aquí que te arrastra el afán de la verdad y de conocer y percibir la voluntad de Dios en las santas Escrituras; he aquí que te arrastra el deber de la predicación evangélica. El Señor ha tocado el clarín para que nos mantengamos en vela en el campamento y edifiquemos la torre desde la que podremos divisar y rechazar al enemigo de la vida

¹³⁸ Jn 12,25; Mt 10,39; 16,25; Mc 8,35; Lc 17,3.

¹³⁹ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 5.

¹⁴⁰ Ibid., 243, 6.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#6.
- Discernimiento	- <u>He aquí que te arrastra el afán de la verdad y de conocer y percibir la voluntad de Dios en las santas Escrituras</u>	1	«6. He aquí que te arrastra el afán de la verdad y de
- La voluntad de Dios	- <u>he aquí que te arrastra el deber de la predicación evangélica</u>	2	conocer y percibir la voluntad de Dios en las santas
- En La Sagrada Escritura	- <u>El Señor ha tocado el clarín para que nos mantengamos en vela en el campamento y edifiquemos la torre desde la que podremos divisar y rechazar al enemigo de la vida eterna.</u>	3	Escrituras; he aquí que te arrastra el deber de la
- Fidelidad y en vela en el campamento	- <u>¡El clarín celeste lleva al soldado de Cristo a la batalla, y le retiene su madre! No es ella como la madre de los Macabeos, ni siquiera semejante a las madres espartanas, de las que se cuentan que excitaban a sus hijos mucho más y con más ardor que el toque de los clarines a lanzarse a las batallas para derramar su sangre por la patria terrena. Una madre que no te permite renunciar a las preocupaciones seculares para aprender la vida muestra bien cómo te permitiría repudiar enteramente el mundo para sufrir la muerte, si fuese menester».</u>	4	predicación evangélica El Señor ha tocado el clarín para
- Edificar una torre		5	que nos mantengamos en vela en el campamento y
- Rechazar a los enemigos de la vida eterna		6	edifiquemos la torre desde la que podremos divisar y
- El Clarín nos lleva al combate		7	rechazar al enemigo de la vida eterna. ¡El clarín celeste
- Entrega total por la Patria Eterna		8	lleva al soldado de Cristo a la batalla, y le retiene su
		9	madre! No es ella como la madre de los Macabeos, ni
		10	siquiera semejante a las madres espartanas, de las que se
		11	cuentan que excitaban a sus hijos mucho más y con más
		12	ardor que el toque de los clarines a lanzarse a las batallas
		13	para derramar su sangre por la patria terrena. Una madre
		14	que no te permite renunciar a las preocupaciones
		15	seculares para aprender la vida muestra bien cómo te
			permitiría repudiar enteramente el mundo para sufrir la
			muerte, si fuese menester».

eterna. ¡El clarín celeste lleva al soldado de Cristo a la batalla, y le retiene su madre! No es ella como la madre de los Macabeos, ni siquiera semejante a las madres espartanas, de las que se cuentan que excitaban a sus hijos mucho más y con más ardor que el toque de los clarines a lanzarse a las batallas para derramar su sangre por la patria terrena. Una madre que no te permite renunciar a las preocupaciones seculares para aprender la vida muestra bien cómo te permitiría repudiar enteramente el mundo para sufrir la muerte, si fuese menester»¹⁴¹.

Por eso, San Agustín le recuerda a Leto que tiene una vocación y lo invita al discernimiento; a reconocer lo que Dios le pide y a tomar conciencia de que hay una misión que debe cumplir.

Agustín recuerda a Leto¹⁴², que es un monje y que toda la vida está marcada por la comunidad, asumiendo la visión de un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios. San Agustín señala que somos reclutas de Cristo, y que vivimos una vida en Él, asumiendo la realidad eterna, el Reino eterno como prioridad. Por ello, la invitación a ordenar los afectos paternos, humanos, para ser recreados a imagen del Unigénito, implica dejar que Dios sea Dios, para que cumpla el plan salvífico de unirnos en la realidad del cuerpo místico del resucitado.

¹⁴¹ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 6.

¹⁴² Ibid., 243, 7.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#7.
- Recluta de Cristo - Ordenado los afectos paternos - Centralidad en la vida eterna - Ser recreados en Cristo - Culminar la obra de Dios - Anular los afectos terrenos - Guardar la recta intención desde el corazón de Cristo	- <u>No hagas caso en eso a tu madre, para que la encuentres en la vida eterna. Recuerda que has de odiar eso de ella, si la amas, si eres recluta de Cristo, si has echado el cimiento de la torre, para que no digan los transeúntes: Este hombre empezó a edificar y no pudo terminar.</u> - <u>Se nos exhorta a que en la milicia cristiana matemos ese afecto carnal en nosotros y en los nuestros; pero no de manera que seamos ingratos a nuestros padres, como si enumerásemos, para burlarnos, estos beneficios con que nos dieron esta vida, nos recibieron y educaron.</u> - <u>Guardemos en todas partes la piedad, y mantengamos esos derechos cuando no haya que posponerlos a otros superiores.</u>	1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15	«7. Pero ¿qué dice o qué alega? ¿Quizá aquellos diez meses que te llevó en su vientre, o los dolores del parto, o las fatigas de la educación? Eso, eso es lo que has de matar con palabra salvífica. <u>No hagas caso en eso a tu madre, para que la encuentres en la vida eterna. Recuerda que has de odiar eso de ella, si la amas, si eres recluta de Cristo, si has echado el cimiento de la torre, para que no digan los transeúntes: Este hombre empezó a edificar y no pudo terminar.</u> Porque éste es un afecto carnal, un eco del hombre viejo. <u>Se nos exhorta a que en la milicia cristiana matemos ese afecto carnal en nosotros y en los nuestros; pero no de manera que seamos ingratos a nuestros padres, como si enumerásemos, para burlarnos, estos beneficios con que nos dieron esta vida, nos recibieron y educaron. Guardemos en todas partes la piedad, y mantengamos esos derechos cuando no haya que posponerlos a otros superiores.</u> »

Por ello, la importancia de guardar la recta intención, que solo es revelada escuchando en lo más íntimo la voz del Resucitado, que lleva a anticipar la realidad celeste a través de los sacramentos, los cuales son signo de eternidad, de fraternidad, de entrega, generosidad y bondad; realidad definida y completa cuando el ser humano abre su corazón y deja que la presencia de Dios sea lo que lo define: hijo amado y ungido de Dios.

«No hagas caso en eso a tu madre, para que la encuentres en la vida eterna. Recuerda que has de odiar eso de ella, si la amas, si eres recluta de Cristo, si has echado el cimiento de la torre, para que no digan los transeúntes: Este hombre empezó a edificar y no pudo terminar. [...] Se nos exhorta a que en la milicia cristiana matemos ese afecto carnal en nosotros y en los nuestros; pero no de manera que seamos ingratos a nuestros padres, como si enumerásemos, para burlarnos, estos beneficios con que nos dieron esta vida, nos recibieron y educaron»¹⁴³.

¹⁴³ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 7.

5.2.4. Pertenencia a la Iglesia

San Agustín invita a reflexionar al monje Leto¹⁴⁴ sobre Iglesia como Madre, la cual fue engendrada por la gracia de Cristo y cuyos momentos de alumbramiento se revelaron por la sangre de los santos mártires. Ella nutre a sus hijos por la luz de la fe y reconoce que el misterio del mal está presente en aquellos hijos que tienen armas mortíferas. Por ello, Jesús nos invita a ser instrumentos de salvación, buscando la justicia divina desde la caridad y reconociendo que Jesús nos justificó por la gracia de Dios. Por ende, nuestra Madre Iglesia es santa pero necesitada de conversión y al final todo será redefinido por la gracia y caridad de Dios.

«La madre Iglesia es también madre de tu madre. Ella os concibió de Cristo, os dio a luz en sangre de mártires [...] algunos hijos abortivos ya no dudan en luchar contra ella con armas mortíferas [...] ¿Cómo podrá lograrlo sino por otros hijos, por otros de sus miembros en cuyo número te encuentras tú, y a los que pide auxilio justo y debido? [...] Ten en cuenta, además, que su Esposo asumió la carne para que no te adhieras a lo carnal, y que todo lo que tu madre te reprocha lo aceptó la Palabra eterna para que tú no te enredaras en ello. Añade a eso las afrentas, la flagelación, la muerte, y muerte de cruz (Cf Mt 20,19; Mc 10,34; Lc 18,32-33; Jn 19,1-3.)»¹⁴⁵.

¹⁴⁴ Ibid., 243, 8.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#8.
- Nuestra Madre Iglesia	- <u>La madre Iglesia es también madre de tu madre.</u>	1	«8. <u>La madre Iglesia es también madre de tu madre. Ella</u>
- Somos en Cristo	- <u>Ella os concibió de Cristo, os dio a luz en</u>	2	<u>os concibió de Cristo, os dio a luz en sangre de mártires.</u>
- Por la Sangre de los santos Mártires	- <u>sangre de mártires, os parió a luz sempiterna,</u>	3	<u>os parió a luz sempiterna, os nutrió y nutre con la leche</u>
- Nos nutre con la fe	- <u>os nutrió y nutre con la leche de la fe</u>	4	<u>de la fe, os prepara alimentos más sólidos, y se horroriza</u>
- Armas mortíferas	- <u>Algunos hijos abortivos ya no dudan en</u>	5	al ver que aún queréis ser niños y lanzar vagidos sin
- Desobediencia	- <u>luchar contra ella con armas mortíferas.</u>	6	dientes. Esta Madre, difundida por todo el orbe, se ve
- Somos instrumento de salvación	- <u>¿Cómo podrá lograrlo sino por otros hijos,</u>	7	agitada por variados y múltiples ataques del error:
- Justicia desde la caridad	- <u>por otros de sus miembros en cuyo número te</u>	8	<u>algunos hijos abortivos ya no dudan en luchar contra ella</u>
- Cristo trasfiguró la realidad corpórea	- <u>encuentras tú, y a los que pide auxilio justo y</u>	9	<u>con armas mortíferas. Por la cobardía y pesadez de</u>
	- <u>debido?</u>	10	algunos que tiene que llevar en su regazo, se lamenta de
	- <u>Ten en cuenta, además, que su Esposo asumió</u>	11	que sus miembros se resfrían en muchos lugares y se hace
	- <u>la carne para que no te adhieras a lo carnal, y</u>	12	menos capaz de ayudar a sus pequeños. ¿Cómo podrá
	- <u>que todo lo que tu madre te reprocha lo aceptó</u>	13	<u>lograrlo sino por otros hijos, por otros de sus miembros</u>
	- <u>la Palabra eterna para que tú no te enredaras</u>	14	<u>en cuyo número te encuentras tú, y a los que pide auxilio</u>
	- <u>en ello.</u>	15	<u>justo y debido? ¿Olvidarás sus necesidades para</u>
		16	entrenarte en palabras carnales? ¿Acaso no hace llegar a
		17	tus oídos todo esto con lamentos más tristes? ¿No te
		18	muestra entrañas más amables y pechos celestes? Ten en
		19	<u>cuenta, además, que su Esposo asumió la carne para que</u>
		20	<u>no te adhieras a lo carnal, y que todo lo que tu madre te</u>
		21	<u>reprocha lo aceptó la Palabra eterna para que tú no te</u>
			<u>enredaras en ello. Añade a eso las afrentas, la</u>
			<u>flagelación, la muerte, y muerte de cruz».</u>

¹⁴⁵ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 8.

La Iglesia camina a la luz pascual del resucitado, donde la alianza nueva nos convierte en hijos de Dios y nos llama en Pentecostés a la unidad de alma y de corazones en el Santo Misterio Trinitario. Reconociendo a Cristo como Nuestro Señor y Salvador, participamos ya de la historicidad del Reino de Dios, donde todos somos hermanos por la generosidad y bondad de nuestro Redentor.

Por tanto, la Carta 243, en el (numeral) 9, es una invitación para meditar: ¿Cuál es la vocación que hemos recibido en la Iglesia? ¿Qué espera Dios de nosotros? ¿Cómo necesitamos quitar obstáculos para cumplir con la consagración recibida? Dejando que el Señor obre y que las decisiones confirmen la voluntad de Dios. Agustín le recuerda a Leto que la voluntad de Dios es pertenecer a la gran familia de los hijos e hijas de Dios, rechazando lo privado y personal por la parentela celestial, no es negar la maternidad, sino renunciar a los lazos terrenos por la gran familia celestial¹⁴⁶.

La Voluntad de Dios se funda en la libertad, reconociendo la voz de Dios y aceptando su gracia y su amor, desde el abandono confiado como hijo amado y revestido de Cristo a través de aquellos que cumplen y viven desde la Palabra. San Agustín reflexiona a través de las Sagradas Escrituras:

«¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo que no pertenecían a su familia sino los que hacían la voluntad del

¹⁴⁶ Ibid., 243, 9.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#9.
- La Voluntad del Padre	- <i>¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo que no pertenecían a su familia sino los que hacían la voluntad del Padre.</i>	1	«9. Concebido de un tal linaje y procreado en un tal connubio para la vida nueva, ¿languideces y te pudres en el hombre viejo? ¿Por
- Rechazo a lo privado y personal	- Así el óptimo y divino Maestro rechazó el nombre de la madre que le habían anunciado como algo privado y personal, porque era terreno en comparación con la parentela celestial	2	ventura no tenía tu Emperador madre terrena? Sin embargo, cuando estaba tratando negocios celestes, y le anunciaron que ella estaba allí, replicó: <u>¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo que no pertenecían a su familia sino los que hacían la voluntad del Padre.</u> Con
- Parentela celestial	- Pero al postergar la parentela terrestre, dio a sus discípulos el ejemplo para que desdénasen esos lazos terrenos	3	benignidad incluyó en ese número a la misma María, pues también ella hacía la voluntad del Padre. <u>Así el óptimo y divino Maestro rechazó el nombre de la madre que le habían anunciado como algo privado y personal, porque era terreno en comparación con la parentela celestial;</u> y al mencionar la misma parentela celestial con
- No es negar la maternidad		4	respecto a sus discípulos, mostró a su vez con qué vínculo estaba unida a sí aquella virgen, junto con los demás santos.
- Renunciar a los lazos terrenos		5	<u>Al enseñamos en su salubérrimo magisterio a desdeñar en los padres el afecto carnal, no quiso favorecer el error por el que algunos niegan que tuviese madre;</u> y por eso enseñó también a sus
		6	discípulos a decir que no tenían padre en la tierra; y así, como es manifiesto que ellos tuvieron padres, resultase también manifiesto que Él tuvo madre. <u>Pero al postergar la parentela terrestre, dio a sus discípulos el ejemplo para que desdénasen esos lazos terrenos».</u>
		7	
		8	
		9	
		10	
		11	
		12	
		13	
		14	
		15	
		16	
		17	
		18	
		19	

Padre¹⁴⁷. [...] Así el óptimo y divino Maestro rechazó el nombre de la madre que le habían anunciado como algo privado y personal, porque era terreno en comparación con la parentela celestial [...] Al enseñamos en su salubérrimo magisterio a desdeñar en los padres el afecto carnal, no quiso favorecer el error por el que algunos niegan que tuviese madre; y por eso enseñó también a sus discípulos a decir que no tenían padre en la tierra¹⁴⁸ [...] dio a sus discípulos el ejemplo para que desdeñasen esos lazos terrenos»¹⁴⁹.

Nacer de nuevo nos recuerda el ser revestido por la gracia a través del sacramento del Bautismo y participar de la gloria de un Nuevo Adán; recreados para amar desde la relación íntima y personal con Aquel que nos ha amado infinitamente, para que seamos herederos de los bienes celestiales y vivamos la libertad de los hijos e hijas de Dios desde una afectividad purísima con el Creador, revelado por su hijo amado y predilecto, ungido con el poder del Espíritu de Dios¹⁵⁰.

«¿Todo esto ha de perderse con las voces de tu madre? ¿Haremos lugar aquí a ese recuerdo de la que te llevó en su vientre y te amamantó para que nacieses y fueses nutrido como otro Adán, nacido de Adán y Eva? Mira más bien, mira el Adán segundo que bajó del cielo. Lleva ya la imagen del Adán celeste como has llevado la del terreno¹⁵¹ [...] da las gracias a tu madre; devuélvele bienes espirituales por los carnales, sempiternos por los temporales ¿No quiere seguirte? No te lo impida [...] Esta sombra de piedad viene de las hojas de aquel árbol con que nuestros primeros padres cubrieran su desnudez merecedora de condena. Y esas palabras y sugerencias que te presenta como deber de caridad, para desviarte de la caridad purísima y auténtica del Evangelio, pertenecen a la

¹⁴⁷ Cf Mt 12,47-50; Mc 3,32-35; Lc 8,20-21.

¹⁴⁸ Cf Mt 23,9.

¹⁴⁹ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 10.

¹⁵⁰ Ibid., 243, 10.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#10.
- Nacer de Nuevo	- <u>¿Todo esto ha de perderse con las voces de tu madre? ¿Haremos lugar aquí a ese recuerdo de la que te llevó en su vientre y te amamantó para que nacieses y fueses nutrido como otro Adán, nacido de Adán y Eva? Mira más bien, mira el Adán segundo que bajó del cielo. Lleva ya la imagen del Adán celeste como has llevado la del terreno.</u>	1	«10. ¿Todo esto ha de perderse con las voces de tu madre?
- El Nuevo Adán		2	¿Haremos lugar aquí a ese recuerdo de la que te llevó en su
- Adán celeste		3	vientre y te amamantó para que nacieses y fueses nutrido
- Devolver bienes espirituales por los temporales		4	como otro Adán, nacido de Adán y Eva? Mira más bien, mira
- Libertad en el acompañamiento		5	el Adán segundo que bajó del cielo. Lleva ya la imagen del
- Centrar los afectos en la caridad purísima		6	Adán celeste como has llevado la del terreno. Pero tengan su
- Caridad auténtica del Evangelio	- <u>Da las gracias a tu madre: devuélvele bienes espirituales por los carnales, sempiternos por los temporales ¿No quiere seguirte? No te lo impida.</u>	7	lugar aquí los bienes terrenos que te ha otorgado tu madre y
- Astucia de la serpiente	- <u>Y esas palabras y sugerencias que te presenta como deber de caridad, para desviarte de la caridad purísima y auténtica del Evangelio, pertenecen a la astucia de la serpiente</u>	8	que te enumera para enervar tu corazón. Tengan su lugar. No
- Simplicidad de Corazón		9	seas ingrato, <u>da las gracias a tu madre; devuélvele bienes</u>
- buscamos a Dios	- <u>Con la simplicidad de corazón con que buscamos a Dios.</u>	10	espirituales por los carnales, sempiternos por los temporales
- Humildad		11	¿No quiere seguirte? No te lo impida. ¿No quiere que te hagas
		12	mejor? Cuide, no sea que te haga a ti peor y te destruya.
		13	Cuando se trata de huir de Eva en cualquier mujer, ¿qué
		14	importa que Eva se encuentre en la esposa o en la madre?
		15	<u>Esta sombra de piedad viene de las hojas de aquel árbol con</u>
		16	<u>que nuestros primeros padres cubrieran su desnudez</u>
		17	<u>merecedora de condena. Y esas palabras y sugerencias que te</u>
		18	<u>presenta como deber de caridad, para desviarte de la caridad</u>
		19	<u>purísima y auténtica del Evangelio, pertenecen a la astucia de</u>
		20	<u>la serpiente y a la doblez de aquel rey que viene con veinte</u>
		21	<u>mil soldados y al que nos han enseñado a vencer con diez mil,</u>
			esto es, con la simplicidad de corazón con que buscamos a
			Dios».

¹⁵¹ 1Co 15,47-49.

astucia de la serpiente¹⁵² [...] esto es, con la simplicidad de corazón con que buscamos a Dios»¹⁵³

5.2.5. Acompañar los aspectos de la indecisión y la ambigüedad

La indecisión y ambigüedad de Leto¹⁵⁴, no puede ser causa de tristeza para sus hermanos monjes; se trata de saber cómo canalizar las situaciones o problemas que van surgiendo y, en muchos momentos, tomar decisiones. No obstante, especialmente en el camino de búsqueda de sentido, es importante dar el paso hacia la aceptación de la gracia de Dios, acogiendo el llamado divino como don y tarea, sin perder de vista que la obra es del Señor. La invitación de Cristo, según recuerda San Agustín a Leto, es cargar la cruz y seguirle. Una bendita cruz que, unida a Cristo, se vuelve ligera; y al final del camino, podremos contemplar que, por medio de ella, se ha alcanzado la redención. Este seguimiento libre merece ser vivido desde la victoria de Cristo en la cruz, una cruz traspasada por los clavos del santo temor de Dios. La libertad de los hijos e hijas de Dios es un aspecto central; sin embargo, en definitiva, consiste en aceptar la cruz y servir al Señor, porque somos de Cristo y a Él pertenecen todo honor, gloria y amor.

¹⁵² Cf Gn 3,1.

¹⁵³ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 10

¹⁵⁴ Ibid., 243, 11.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#11.
- Cargar la cruz y seguir a Cristo - Bendita Cruz - Seguirle con Libertad - Cruz de victoria por Cristo - Cruz traspasada con los clavos del temor de Dios - Acetar la cruz y servir al Señor - Somos de Cristo	- <u>Toma tu cruz y sigue al Señor.</u> - <u>Veía yo que tu cruz te llevaba y conducía ti, más bien que tú a ella</u> - <u>¿Qué otra cosa que la mortalidad de esta carne significa esa cruz nuestra, que Señor nos manda llevar para seguirle con libertad?</u> - <u>Esa es la cruz que nos atormenta hasta que sea absorbida la muerte en la victoria.</u> - <u>Esa cruz ha de ser crucificada y traspasada con los clavos del temor de Dios, no sea que no podamos llevarla, si resiste con los miembros sueltos y libres.</u> - <u>Porque no podrás servir al Señor sino llevándola.</u> - <u>¿Cómo le seguirías si no eres de Él? El Apóstol ha dicho: Los que son de Jesucristo crucifican su carne con las pasiones y apetencias».</u>	1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17	«11. Atiende más bien a estas cosas, amadísimo; <u>toma tu cruz y sigue al Señor.</u> Cuando estuviste entre nosotros ya advertí que las preocupaciones domésticas te eran una rémora en el amor divino; <u>veía yo que tu cruz te llevaba y conducía ti, más bien que tú a ella.</u> ¿Qué otra cosa que la mortalidad de esta carne <u>significa esa cruz nuestra, que Señor nos manda llevar para seguirle con libertad?</u> Esa es <u>la cruz que nos atormenta hasta que sea absorbida la muerte en la victoria.</u> Esa cruz ha <u>de ser crucificada y traspasada con los clavos del temor de Dios, no sea que no podamos llevarla, si resiste con los miembros sueltos y libres.</u> Porque no podrás servir al Señor sino <u>llevándola.</u> ¿Cómo le seguirías si no eres de Él? El Apóstol ha dicho: <u>Los que son de Jesucristo crucifican su carne con las pasiones y apetencias».</u>

«Toma tu cruz y sigue al Señor¹⁵⁵. [...] veía yo que tu cruz te llevaba y conducía ti, más bien que tú a ella. ¿Qué otra cosa que la mortalidad de esta carne significa esa cruz nuestra, que el Señor nos manda llevar para seguirle con libertad? Esa es la cruz que nos atormenta hasta que sea absorbida la muerte en la victoria¹⁵⁶. Esa cruz ha de ser crucificada y traspasada con los clavos del temor de Dios¹⁵⁷ [...] Porque no podrás servir al Señor sino llevándola. ¿Cómo le seguirías si no eres de Él? El Apóstol ha dicho: *Los que son de Jesucristo crucifican su carne con las pasiones y apetencias* (Ga 5,24.)¹⁵⁸.

La carta 243¹⁵⁹ ofrece imágenes centrales en el seguimiento a Cristo. San Agustín reflexiona y recuerda a Leto, que él ha sido llamado a ser operario para la mies del Señor y cita: “los obreros son pocos, pero la mies es mucha” (Mateo 9:35–38); Como Leto es un operario del Señor y debe cumplir con su misión, cultivar parte de esta mies, al quedarse en casa y no volver al monasterio, el trabajo permanece incompleto. A Leto, por ello, lo invita a renunciar a los bienes.

La imagen sumamente dramática y fuerte es la siguiente: Agustín invita a Leto a imaginar que hay un campo de trigo, que ya está totalmente fructificado y que es preciso cosechar; ese campo le corresponde a Leto, que debe llevar a cabo la tarea de segar esas mieses, para producir los frutos de Dios. Pero, al no estar él allí, esos frutos quedan sin cosechar, y serían devorados por los cuervos y las aves del cielo.

¹⁵⁵ Cf Mt 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23.

¹⁵⁶ Cf 1Co 15,54.

¹⁵⁷ Cf Sal 118,120.

¹⁵⁸ San Agustín. Cartas (3.º). 243, 11.

¹⁵⁹ Ibid., 243, 12.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#11.
- Renuncia al Patrimonio familiar	- Si tu patrimonio familiar consiste en parte en dinero líquido, puesto que no es necesario ni decente que te enredes en él, debes dejarlo a tu madre y restantes miembros de tu familia.	1	«12. Si tu patrimonio familiar consiste en parte en dinero líquido,
- Repartirlo a los pobres	- Repartirlo a los pobres para ser perfecto.	2	puesto que no es necesario ni decente que te enredes en él, debes
- Dispuesto a seguir la voluntad de Dios	- Si tienes ordenada la caridad, sabiendo anteponer lo mayor a lo menor y dejarte mover por la misericordia, para que sean evangelizados los pobres, para que no quede a merced de las aves por falta de segadores la copiosa mies del Señor, para tener preparado el corazón a seguir la voluntad de Dios	3	dejarlo a tu madre y restantes miembros de tu familia. La
- Entrega y disponibilidad	- Cuidate de no causar mayor tristeza a los buenos hermanos con la tibieza actual que la alegría que les habías procurado con tu disponibilidad	4	indigencia de éstos debe ocupar a tus ojos el primer lugar si es
- Reconocer y valorar al otro	- Tan superfluo he considerado el recomendarte con mi carta, según tu deseo, como si alguien quisiera recomendarte a mí	5	que pretendías repartirlo a los pobres para ser perfecto. Porque
		6	el Apóstol dijo: Si alguno no provee a los suyos, máxime a los
		7	de su familia, ha negado la fe y peor es que un infiel. Si
		8	machaste de aquí para arreglar esos asuntos y dejar libre tu
		9	cuello para aceptar el yugo de la sabiduría, ¿por qué te impiden
		10	o por qué te hacen zozobrar las lágrimas de tu madre, que
		11	rezuman amor carnal, la fuga del siervo, la muerte de las
		12	doncellas o la mala salud de los hermanos, si tienes ordenada la
		13	caridad, sabiendo anteponer lo mayor a lo menor y dejarte mover
		14	por la misericordia, para que sean evangelizados los pobres, para
		15	que no quede a merced de las aves por falta de segadores la
		16	copiosa mies del Señor, para tener preparado el corazón a seguir
		17	la voluntad de Dios tanto en los dolores como en los favores que
		18	dispensa a su siervo? Medita esto, mantente en esto, para que tu
		19	progreso sea notorio a todos. Por favor, cuidate de no causar
		20	mayor tristeza a los buenos hermanos con la tibieza actual que la
		21	alegría que les habías procurado con tu disponibilidad. Tan
			superfluo he considerado el recomendarte con mi carta, según tu
			deseo, como si alguien quisiera recomendarte a mí».

«Si tu patrimonio familiar consiste en parte en dinero líquido, puesto que no es necesario ni decente que te enredas en él, debes dejarlo a tu madre y restantes miembros de tu familia. La indigencia de éstos debe ocupar a tus ojos el primer lugar si es que pretendías repartirlo a los pobres para ser perfecto [...] sabiendo anteponer lo mayor a lo menor y dejarte mover por la misericordia, para que sean evangelizados los pobres¹⁶⁰, para que no quede a merced de las aves por falta de segadores la copiosa mies del Señor¹⁶¹, para tener preparado el corazón¹⁶² a seguir la voluntad de Dios»¹⁶³.

Por consiguiente, Leto forma parte de ese «campamento de Dios», Cristo lo ha llamado para salir a la batalla contra el mal y el pecado. Leto, como soldado de Cristo, es llamado a volver a retomar o renovar su propia fidelidad de esa lucha contra el mal. San Agustín como acompañante es llamado a pedir la gracia, responder con coherencia y quitar los obstáculos que impiden cumplir con aquello que Dios pide.

El acompañamiento espiritual que Agustín ofrece a Leto está lleno de imágenes y metáforas militares y agrícolas, que recalcan la urgencia de responder al llamado. La idea del campo de trigo no cosechado (debido a la ausencia de Leto en el monasterio), enfatiza que su vocación no puede posponerse sin tener consecuencias.

¹⁶⁰ Cf Mt 11,5; Lc 7,22.

¹⁶¹ Cf Mt 9,37-38; Lc 10,2.

¹⁶² Cf Mt 13,4; Mc 4,4; Lc 8,5.

¹⁶³ San Agustín. Cartas (3.º). 243,12.

6. Agustín y Florentina: ofrece sus oficios como maestro espiritual

6.1. Contexto

San Agustín se dirige en la carta 266 a Florentina¹⁶⁴. La Fecha de esta carta se sitúa entre los años 408 y 409, en la ciudad de Hipona, en el norte de África, Agustín donde ejercía como obispo. Esta epístola se sitúa en un momento en que Agustín ya había alcanzado gran madurez teológica, espiritual y pastoral. La Iglesia africana enfrentaba tensiones doctrinales, especialmente con los donatistas y los pelagianos. Aurelio Agustín, sin embargo, dedica tiempo al acompañamiento espiritual de muchas personas. La joven Florentina posiblemente pertenece a una familia cristiana acomodada. Florentina ha escogido el «propositum», es decir, una vida ascética consagrada a Dios. Esta elección cuenta con el apoyo de sus padres. Esto evidencia la existencia de una tradición ascética femenina dentro de círculos familiares cristianos de buena posición social.

La carta 266 es un ejemplo claro del acompañamiento epistolar que Agustín desarrolló con mujeres cristianas. El tono revela ternura, respeto, autoridad pastoral, y aliento espiritual; lo que permite ver el rostro humano y pastoral del obispo de Hipona. Forma parte del género epistolar consolador y exhortativo, típico en Agustín cuando se dirige a vírgenes, viudas o ascetas.

Agustín la denomina como “*Domina eximia meritoque honorabilis in Christo ac suscipienda filia*” (Señora eximia, hija justamente honorable y digna de ser acogida en Cristo¹⁶⁵). Pertenece a una familia honorable («Que merece que la nombre con honor»¹⁶⁶). Florentina había elegido una forma de vida ascética (*Propositum sanctum*) y sus padres aprueban este deseo («Tus buenos padres, amantísimos de tus buenos afanes»¹⁶⁷). Ella desea recibir, por parte de Agustín, instrucción y dirección a través de cartas en lugar de otros medios. «Tú quieres recibir por medio de mis cartas, y que solo entonces no callarás,

¹⁶⁴ Para hacer referencia a Florentina: Gustave Bardy, “Saint Augustin”. 1065. Gustave Bardy, señala: «Florentina, es puesta por sus padres bajo la guía del obispo, quien promete conducirla según los caminos divinos».

¹⁶⁵ San Agustín. Cartas (3.º). En *Obras completas de San Agustín* XIb. 188-270 (Madrid: BAC, 1991). 266,2.

¹⁶⁶ San Agustín. Cartas (3.º). 266.

¹⁶⁷ Ibid., 266,4.

sino que me harás saber en tu contestación si en algo tienes necesidad de mi ministerio»¹⁶⁸; Florentina desea comunicarse con Agustín directamente y no a través de las cartas que dirige a su madre («Quieres recibir cartas mías»¹⁶⁹).

No obstante, fue a través de su madre como Florentina expresó su deseo de ser acompañada por Agustín («Ella se ha dignado contestarme que tú quieres recibir antes carta mía»¹⁷⁰). Florentina recibe de Agustín una respuesta positiva, al menos para todas las cuestiones útiles («No des por cierto que he de satisfacer a tus preguntas»¹⁷¹). Tratará de responderle con la ayuda de Dios («Rezaré al Señor para no defraudarte»¹⁷²).

San Agustín muestra su deseo de ayudar a Florentina, de ser su acompañante espiritual («Espolean intensamente mi preocupación por ti, en mi oración y en mis consejos [...] Se que lo debo por libre servidumbre a tu venerable afán»¹⁷³). San Agustín le acompaña porque es consciente de su misión: ser siervo de Dios y siervo de los siervos de Dios. Sus padres le informaron de sus buenos deseos y le suplicaron que la ayudase¹⁷⁴. Agustín le pide que se abra libremente con plena confianza, con el fin de que él pueda ayudarla: «No sea yo superfluo si me empeño en enseñarte lo que ya sabes»¹⁷⁵.

¹⁶⁸ Ibid., 266.

¹⁶⁹ Ibid., 266.

¹⁷⁰ Ibid., 266.

¹⁷¹ Ibid., 266,2.

¹⁷² Ibid., 266.

¹⁷³ Ibid., 266.

¹⁷⁴ Ibid., 266,4.

¹⁷⁵ Ibid., 266,4.

6.2. Temas principales del acompañamiento

6.2.1. Humildad del acompañante, discípulo de Cristo

En el numeral primero del epistolario¹⁷⁶, San Agustín se presenta ante Florentina como un hombre educado y empático; reconoce su santo propósito, porque escucha con atención y percibe su casto temor de Dios en ella. San Agustín busca iluminar, acompañar desde criterios transparentes y con una actitud humilde; asimismo, también, eleva oraciones por la persona acompañada.

Preguntar desde la libertad refleja un valor central en San Agustín. Él es consciente de que también se aprende del acompañado, asumiendo que el único maestro de maestros es Jesús; evitando la soberbia, como dice Agustín: «Veloz para oír y tardo para hablar»¹⁷⁷. Escuchando se cultiva la humildad. San Agustín centra el acompañamiento de Florentina a través del siguiente contenido:

«No des por cierto que he de satisfacer a tus preguntas [...] no como doctor perfecto, sino como alguien que ha de perfeccionarse con los discípulos, señora eximia, hija justamente honorable y digna de ser acogida en Cristo [...] Es mucho mejor que todos seamos discípulos de Dios¹⁷⁸, lo que se realizará en aquella patria celestial, cuando en

¹⁷⁶ Ibid., 266.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#1.
- Educación y empatía	- <u>FLORENTINA, señora excelentísima e hija justamente honorable y digna ser acogida en Cristo</u>	1	AGUSTÍN, obispo, saluda en el Señor a <u>FLORENTINA, señora excelentísima e hija justamente honorable y digna ser acogida en Cristo</u> .
- Santo Propósito	- <u>Tu santo propósito y el casto temor del Señor que permanece para siempre, entrañado en tu corazón, espolean intensamente mi preocupación por ti, no sólo en mis oraciones a Dios, sino también en mis consejos a tu persona.</u>	2	
- Casto Temor del Señor	- <u>que merece que la nombre con honor</u>	3	
- Oración	- <u>tú quieres recibir antes carta mía, y que sólo entonces no te callarás, sino que me harás saber en tu contestación si en algo tienes necesidad de mi ministerio</u>	4	
- Consejo e iluminación	- <u>Sólo queda que tú expongas lo que piensas que necesitas preguntarme. Si sé lo que preguntas, no me negaré a decirlo. Si no lo sé, y esa ignorancia no trae detrimento a la fe y a la salvación, te daré razón de ello, y te dejaré tranquila, rezaré al Señor para no defraudarte</u>	5	
- Acompañado		6	
- Dialogo transparente		7	
- Servicio		8	
- Humildad		9	
- Orar por el acompañante		10	
		11	
		12	
		13	
		14	
		15	
		16	
		17	
		18	
		19	
		20	
		21	

¹⁷⁷ Ibid., 266.

¹⁷⁸ Cf Jn 6,45; Is 54,13.

nosotros se cumpla lo que está prometido, de modo que ya no diga el hombre a su prójimo: «Conoce al Señor», pues todos lo conocerán, como está escrito, desde el más pequeño al mayor de ellos (Jr. 31,34.)»¹⁷⁹.

Ahora bien, lo fundamental es reconocerse como discípulo de Cristo¹⁸⁰. Es preciso evitar toda soberbia cuando se enseña o acompaña a alguien. El peligro que corre quien enseña o acompaña a otros, es creer que él es el único que acompaña; lo cierto es que Cristo es el único verdaderamente apto. Es preciso ponernos a su escucha. «Recuerda que, aunque puedas aprender algo de mí, quien te enseña es el Maestro interior del hombre interior, pues Él en tu corazón te hace ver que es verdad lo que te dice»¹⁸¹.

La misión de Agustín como acompañante es poner a aquel a quien acompaña es poner a aquel a quien acompaña en comunicación con Cristo, el único Maestro. Agustín escribe: «No queráis que los hombres os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro, Cristo»¹⁸². La humildad es la base y fundamento de toda enseñanza, de todo acompañamiento.

¹⁷⁹ Ibid., 266,2.

¹⁸⁰ Ibid., 266.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#2.
- Preguntar desde la libertad	- Te pongo en estos antecedentes para que no des por cierto que he de satisfacer a tus preguntas y, al ver que no sucede así, pienses que he prometido con más audacia que prudencia, al darte la libertad de preguntar lo que quisieres.	1	# 2. Te pongo en estos antecedentes para que no des por cierto
- Perfeccionarse con los discípulos	- Esto lo hice, no como doctor perfecto, sino como alguien que ha de perfeccionarse con los discípulos, señora eximia, hija justamente honorable y digna de ser acogida en Cristo.	2	que he de satisfacer a tus preguntas y, al ver que no sucede
- Acompañamiento en Cristo	- Además, cuando se enseña hay que evitar con solicitud el vicio de la soberbia.	3	así, pienses que he prometido con más audacia que prudencia,
- Discípulos de Cristo	- Escuchando se guarda fácilmente esa humildad	4	al darte la libertad de preguntar lo que quisieres. Esto lo hice,
- Evitar la soberbia		5	no como doctor perfecto, sino como alguien que ha de
- Veloz para escuchar y tardo para hablar		6	perfeccionarse con los discípulos, señora eximia, hija
- Escuchando se guarda la humildad		7	justamente honorable y digna de ser acogida en Cristo. Aun
		8	en aquellos puntos que de algún modo conozco, prefiero que
		9	tú los conozcas a que necesites de mi ciencia. No debemos
		10	desear la ignorancia ajena para enseñar lo que sabemos. Es
		11	mucho mejor que todos seamos discípulos de Dios, lo que se
		12	realizará en aquella patria celestial, cuando en nosotros se
		13	cumpla lo que está prometido, de modo que ya no diga el
		14	hombre a su prójimo: «Conoce al Señor», pues todos lo
		15	conocerán, como está escrito, desde el más pequeño al mayor
		16	de ellos. Además, cuando se enseña hay que evitar con
		17	solicitud el vicio de la soberbia, lo cual no ocurre cuando se
		18	aprende. Por lo que la Santa Escritura nos amonesta diciendo:
		19	Sea todo hombre veloz para oír y tardo para hablar. Y el
		20	salmista dice: A mi oído darás exultación y alegría, y a
		21	continuación añade: Y se alegrarán los huesos humillados.
		22	Vio que escuchando se guarda fácilmente esa humildad que
			se hace difícil cuando se enseña, porque es preciso que el que
			enseña ocupe un lugar superior, y resulta difícil conseguir que
			no sobrevenga la vanidad.

¹⁸¹ Ibid., 266,4.

¹⁸² Ibid., 266,3.

6.2.2. Cristo, centro del acompañamiento cristiano

El maestro de maestros es Cristo, el horizonte de acompañamiento debe ser desde lo humano a lo divino y así encontrar madurez espiritual. Es preciso señalar que solo encontraremos la madurez espiritual cuando nos encontremos cara a cara con el Señor. Es un camino que se hace con fe y va acompañado por la gracia de Dios; sin Él es imposible llegar a la meta. Se trata de un recorrido que parte desde la experiencia de una vida interior y reconociendo que no somos perfectos¹⁸³.

Encontramos en el siguiente texto la idea central del acompañamiento en San Agustín:

«¿Ves qué peligro corremos aquellos a quienes se nos exige, no sólo el ser doctores, sino el enseñar las cosas divinas, siendo hombres? [...] ¿Qué somos nosotros en comparación con aquel de quien voy a hablar? [...] Por lo que el Señor, admirable médico de ese tumor, dice: *No queráis que los hombres os llamen maestros, porque uno sólo es vuestro maestro: Cristo*¹⁸⁴. [...] el doctor de los gentiles, apunta: *Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento*¹⁸⁵. [...] Esta es la audición de que habla el salmo arriba citado: *A mi oído darás exultación y alegría y se regocijarán los huesos humillados (Sal 50,10.)*»¹⁸⁶.

¹⁸³ Ibid., 266,

Categorías	Subcategorías	Líneas	#3.
- El Maestro de Maestros es Cristo	- <u>¿Ves qué peligro corremos aquellos a quienes se nos exige, no sólo el ser doctores, sino el enseñar las cosas divinas, siendo hombres?</u>	1	3. <u>¿Ves qué peligro corremos aquellos a quienes se nos exige, no sólo el ser doctores, sino el enseñar las cosas divinas, siendo hombres? Pero es singular el consuelo de nuestros trabajos y peligros cuando aprovecháis, de modo que lleguéis al lugar en que no necesitaréis de doctores.</u> Este peligro no es exclusivamente nuestro. ¿Qué somos nosotros en comparación con aquel de quien voy a hablar? No sólo, pues, nosotros, sino que también aquel doctor de los gentiles atestigua que peligró cuando dice: Para que por la magnitud de mis revelaciones no me envanezca, se me dio el aguijón de la carne, etc. Por lo que el Señor, admirable médico de ese tumor, dice: <u>No queráis que los hombres os llamen maestros, porque uno sólo es vuestro maestro: Cristo.</u> Teniendo esto en cuenta el doctor de los gentiles, apunta: <u>Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento.</u> Esto mismo recuerda aquel que, aun siendo el mayor de entre los nacidos de mujer, se humillaba en todo, hasta afirmar que era indigno de llevar las sandalias de Cristo. ¿Qué otra cosa muestra cuando dice: Quien tiene la esposa es el esposo; el amigo del esposo se queda en pie, y le oye, ¿y se alegra mucho por la voz del esposo? Esta es la audición de que habla el salmo arriba citado: A mi oído darás exultación y alegría y se regocijarán los huesos humillados.
- Formación humana	- <u>Pero es singular el consuelo de nuestros trabajos y peligros cuando aprovecháis, de modo que lleguéis al lugar en que no necesitaréis de doctores.</u>	2	
- Madurez		3	
- Dios da la Gracia	- <u>No queráis que los hombres os llamen maestros, porque uno sólo es vuestro maestro: Cristo.</u>	4	
- Humildad... a ras de tierra	- <u>Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento.</u>	5	
- No somos perfectos	- <u>Se humillaba en todo, hasta afirmar que era indigno de llevar las sandalias de Cristo</u>	6	
		7	
		8	
		9	
		10	
		11	
		12	
		13	
		14	
		15	
		16	
		17	
		18	
		19	
		20	
		21	

¹⁸⁴ Mt 23,8-10.

¹⁸⁵ 1Co 3,7.

¹⁸⁶ San Agustín. “Cartas (3.)”, 266,3.

Cristo, Maestro, nos da la certeza de la verdad revelada; desde el amor, Dios recrea y hace posible lo imposible en lo más íntimo de nuestro ser. Esta es una acción creadora y redentora de Dios; lo divino actúa desde lo más profundo e íntimo del ser humano: «Puesto que Él (Dios), por su inmutable y excelentísimo poder, es, sin ningún intervalo de tiempo o espacio de lugar, el más interior a todo ser, pues en Él están todas las cosas; y el más exterior a toda criatura, porque Él está sobre todas ellas»¹⁸⁷.

La vida interior de la que habla San Agustín podría definirse dentro del concepto de interioridad¹⁸⁸. Otras expresiones que hacen referencias a la vida interior las encontramos en las Confesiones de San Agustín: «Porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío»¹⁸⁹. «*De Magistro*» XI, reflexiona:

«Ahora bien, comprendemos la multitud de cosas que penetran en nuestra inteligencia, no consultando la voz exterior que nos habla, sino consultando interiormente la verdad que reina en la mente; las palabras tal vez nos muevan a consultar. Y esta verdad que es consultada y enseña, y que se dice habita en el hombre interior, es Cristo, la inmutable Virtud de Dios y su eterna Sabiduría. Toda alma racional consulta a esta Sabiduría; más ella se revela a cada alma tanto cuanto ésta es capaz de recibir, en proporción de su buena o mala voluntad. Y si alguna vez se engaña, no se debe achacar de la verdad consultada. No es defecto de esta luz exterior el que los ojos del cuerpo tengan frecuentes ilusiones;

¹⁸⁷ R. Flórez "Deus Interior et exterior". *Revista agustiniana*, I (1960): 40.

¹⁸⁸ Para dar cuenta del análisis y contenido de la definición de interioridad se hace referencia: Maurice Nédoncelle, "Intériorité". En *Dictionnaire de Spiritualité*. Dirigido por Ch. Baumgartner 1957, 1902. Maurice Nédoncelle, señala: «Vemos qué abanico de significados ha abarcado la interioridad, incluso en la historia del cristianismo. Una feliz expresión del señor F. Sciacca ha consagrado el uso del término interioridad objetiva para designar la actitud de san Agustín. Pero también esta fórmula tiene varios significados, pues puede aplicarse ya sea a la realidad y a la inteligibilidad del sujeto, ya sea a lo que, gracias al conocimiento de sí mismo, se puede descubrir acerca de Dios y del mundo, o finalmente a lo que un impulso directo puede hacernos alcanzar del Ser divino o del ser creado en su profundidad, cuando se nos ofrecen en la percepción natural o en la palabra revelada.

En la medida en que la «vida interior» califica la vida religiosa en este mundo, el llamado a la interioridad, ya sea como método o como objeto, se ha concebido a veces de manera aristocrática. Sólo una élite podría beneficiarse de ello. De ahí provienen muchos excesos: la élite supo endurecerse mediante cálculos pretenciosos o eludir las tareas humanas más urgentes. Sin embargo, no creemos que estas deformaciones sean inevitables o incluso frecuentes. Si leemos correctamente al pseudo-Dionisio, vemos que la jerarquía está hecha para la circulación del conocimiento y del amor en todos los hombres; La superioridad es solo un servicio. Si leemos correctamente al Maestro Eckhart, encontramos no sólo una liberación de los patrones excesivamente rígidos enseñados en los conventos, sino una amplia distribución de la gracia a todos los bautizados. En cada uno de nosotros reside, según él, el hombre interior, el ser de toda juventud y de toda nobleza. ¿Qué podemos decir si miramos los escritos de Jean Gerson, de San Francisco de Sales y las recientes exhortaciones del cardenal Mercier?

«Quien ha alcanzado el uso de la razón», dice éste, «es capaz de un acto libre, está llamado a hacer de este acto libre un acto de amor y a emplear su corazón, su alma, su espíritu, sus energías, para elevarse hasta el punto en que la adhesión a Dios sea el objeto predominante de la voluntad» (La vida interior, Bruselas, 1919, págs. 99-101). [...] Entendida en sentido amplio, la interioridad o vida interior es sinónimo de vida devota y todos los libros de espiritualidad tratan de ella».

¹⁸⁹ San Agustín. Confesiones III, 6, 11.

consultamos a esta luz para que, en cuanto nosotros podemos verla, nos muestre las cosas visibles»¹⁹⁰.

6.2.3. Agustín, maestro de interioridad

Al analizar la carta 266 (numeral 4), a Florentina, podemos reconocer aspectos importantes para un acompañamiento espiritual¹⁹¹: vivir desde las virtudes teologales; no importa la edad, el tiempo de Dios es perfecto; lo central es ser instrumento de Dios, reconociendo que la obra es del Señor; saber responder desde el Maestro interior¹⁹² y ser conscientes de que Dios da la gracia para un acompañamiento espiritual. San Agustín define, en el numeral cuatro, finas señales del acompañamiento espiritual:

«Por eso, sábetelo que tanto más cierta, sólida y sanamente me gozo de tu fe, esperanza y caridad, cuanto menos necesites aprender, no sólo de mí, sino también de cualquier hombre. [...] Cuando estuve ahí y tú te ruborizabas por la edad [...] Tus buenos padres, amantísimos de tus buenos afanes, se dignaron manifestarme el ardor de piedad y de verdadera sabiduría que te inflamaba y me suplicaron con la máxima benevolencia que no negase mi pequeño óbolo para instruirte, si de algo necesitabas [...] Debía advertírtelo con esta carta para que preguntes lo que quieras, y no sea yo superfluo si me empeño en enseñarte lo que ya sabes. [...] Recuerda bien que, aunque puedas aprender algo

¹⁹⁰ San Agustín. *De Magistro*, XI, 38. En *Obras de San Agustín* III. Madrid: BAC, 1982.

¹⁹¹ San Agustín. *Cartas* (3.º), 266,4.

Categorías	Subcategorías	Líneas	#4.
- Vivir las virtudes teologales	- Por eso, sábetelo que tanto más cierta, sólida y sanamente me gozo de tu fe, esperanza y caridad, cuanto menos necesites aprender, no sólo de mí, sino también de cualquier hombre.	1	4. Por eso, sábetelo que tanto más cierta, sólida y sanamente me gozo de tu fe, esperanza y caridad,
- El tiempo de Dios es perfecto	- Cuando estuve ahí y tú te ruborizabas por la edad	2	cuanto menos necesites aprender, no sólo de mí,
- Ser instrumento de Dios	- Tus buenos padres, amantísimos de tus buenos afanes, se dignaron manifestarme el ardor de piedad y de verdadera sabiduría que te inflamaba y me suplicaron con la máxima benevolencia que no negase mi pequeño óbolo para instruirte, si de algo necesitabas	3	sino también de cualquier hombre. Sin embargo,
- Acompañante Espiritual	- Debía advertírtelo con esta carta para que preguntes lo que quieras, y no sea yo superfluo si me empeño en enseñarte lo que ya sabes.	4	cuando estuve ahí y tú te ruborizabas por la edad,
- Saber responder desde el Maestro interior	- Recuerda bien que, aunque puedas aprender algo saludablemente por mi ministerio, te enseñará Aquel que es el Maestro interior del hombre interior, pues El en tu corazón te hace ver que es verdad lo que se te dice.	5	tus buenos padres, amantísimos de tus buenos afanes, se dignaron manifestarme el ardor de piedad y de verdadera sabiduría que te inflamaba
- Saber ver la verdad desde el hombre interior	- Porque ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento.	6	y me suplicaron con la máxima benevolencia que
- Dios nos da la gracia		7	no negase mi pequeño óbolo para instruirte, si de algo necesitabas. He creído que debía advertírtelo
		8	con esta carta para que preguntes lo que quieras, y
		9	no sea yo superfluo si me empeño en enseñarte lo
		10	que ya sabes. Pero recuerda bien que, aunque
		11	puedas aprender algo saludablemente por mi
		12	ministerio, te enseñará Aquel que es el Maestro
		13	interior del hombre interior, pues El en tu corazón
		14	te hace ver que es verdad lo que se te dice. Porque
		15	ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios,
		16	que da el crecimiento.
		17	

¹⁹² San Agustín. *De Magistro*, hace referencia como somos instruidos: «Pues hoy te he advertido de no darles más importancia de la que conviene, para que no sólo no creamos, sino que comencemos a entender cuán verdaderamente está escrito por la autoridad divina que no llamemos maestro nuestro a nadie en la tierra, puesto que el solo Maestro de todos está en los cielos (Mt., 23, 8-10). Mas qué haya en los cielos, lo enseñará aquel que por medio de los hombres y de sus signos nos advierte exteriormente, a fin de que, vueltos a Él interiormente, seamos instruidos. Amarle y conocerle constituye la vida bienaventurada, que todos predicán buscar; más pocos son los que se alegran de haberla verdaderamente encontrado».

saludablemente por mi ministerio, te enseñará Aquel que es el Maestro interior del hombre interior, pues El en tu corazón te hace ver que es verdad lo que se te dice»¹⁹³.

Pocos autores cristianos, inspirados por una vida interior, han insistido en la afirmación de la presencia de Dios en el hombre como San Agustín. Después de un largo itinerario de reflexión, él ha alcanzado verdades tan inmediatas y elementales que son contenidos referentes de profundidad y apertura a la experiencia mística que le da razón a todo: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y ha aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas»¹⁹⁴.

San Agustín continúa meditando: «Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y le abrasé en tu paz»¹⁹⁵. Surgen también preguntas centrales que hace San Agustín, las cuales marca el pensamiento de la espiritualidad agustiniana: «¿Y dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas, ciertamente, delante de mí, más yo me había apartado de mí mismo y no me encontraba»¹⁹⁶.

San Agustín ha puesto un tono e insistencia en ir al marco de la interioridad, para llegar a contemplar y escuchar al Maestro interior, contemplar, amar y definir con conciencia fina la voluntad de Dios, llegando a definir que Dios recrea todo desde su voluntad y hace posible que contemplemos la presencia de Dios en todas las cosas. El teólogo y el místico se entrecruzan y aúnan en San Agustín para esa inmensa travesía que es toda la vida humana, en búsqueda del Amado.

Flores, fraile agustino reflexiona: «Dios estaba oculto, pero no ausente. Quien estaba ausente era San Agustín de sí mismo. Dios es interior y exterior, siempre en relación al hombre; está en nosotros porque nosotros estamos en Él, porque sólo estando podemos vivir. De Dios devienen todas las cosas y por eso nos ha de venir también la luz de nuestro conocimiento»¹⁹⁷.

¹⁹³ Ibid., 266,4.

¹⁹⁴ San Agustín. *Confesiones* X, 27, 38.

¹⁹⁵ Ibid., X, 27, 38.

¹⁹⁶ Ibid., V, 3, 3.

¹⁹⁷ Ibid., 45.

En el acompañamiento espiritual que San Agustín ofrece a «Florentina», se revela un acompañamiento profundamente centrado en la interioridad, donde el verdadero maestro no es otro que Cristo, el Maestro interior del hombre interior. San Agustín se reconoce como servidor y discípulo junto a quienes acompaña, consciente de que toda dirección espiritual es un acto de humildad y de escucha de Dios en el otro.

Florentina, con su deseo ascético y su apertura confiada en Dios, se convierte en reflejo y referente de una persona que busca a Dios y se deja guiar por alguien que no impone, sino que deja a Dios ser Dios; que conduce a través de la oración y la interioridad. El vínculo entre ambos no se limita a un intercambio de cartas, sino que se cimienta en la dinámica viva del buen Espíritu que forma, consuela y recrea. Así, en este encuentro epistolar entre maestro y discípula, se entretajan aspectos del acompañamiento agustiniano: la centralidad del Maestro interior, la humildad del que acompaña, la maduración en las virtudes teologales y la experiencia del amor de Dios que habita en lo más íntimo del ser. San Agustín, como teólogo y místico (porque ha tenido una experiencia de Dios), ofrece no solo palabras, sino una vida interior fecunda, capaz de acompañar y conducir a la persona hacia la luz que todo lo recrea: Cristo que habita en el corazón humano.

III. Aspectos del acompañamiento espiritual agustiniano para la praxis actual.

1. El inicio del acompañamiento

Es necesario atender los primeros signos que se presentan a la hora de acompañar a alguien espiritualmente. San Agustín tiene que verse reflejado en la persona que acompaña, saber observar y escuchar, reconocer cuál sería el horizonte de sentido que busca, los ritmos y su capacidad para entender, reconociendo que estamos en un marco cualitativo y abstracto. No todas las personas pueden captar contenidos abstractos; por ello, es importante saber situarnos y reconocer su realidad. El primer contacto es determinante para el éxito del acompañamiento.

El desarrollo del diálogo está marcado por una forma de inteligencia emocional muy fina, la cual no se expresa inicialmente con conceptos académicos, sino que tiene como primer paso escuchar y, sobre todo, orar por la persona, sabiendo que cada persona es única; su historia es una historia que es acompañada por el Maestro de maestros. Por ello, el acompañamiento espiritual es un momento muy sagrado: la persona abre su corazón.

San Agustín acompaña desde la forma epistolar. Allí se marca todo un contenido fino para encontrarse con la persona y pedirle su permiso para ir entrando en su vida y poder ser luz en su momento de desolación, para que pueda encontrar paz en su interior a través de la experiencia con el Maestro interior.

San Agustín comprende la realidad emocional y espiritual de Leto: «Leí la carta que enviaste a los hermanos. Solicitas consuelo [...] tus comienzos son sacudidos por numerosas tentaciones»¹⁹⁸. El acompañante ha de partir de la situación real del acompañado. Leto espera con ilusión contar con el acompañamiento espiritual de San Agustín: «Deseabas recibir cartas mías»¹⁹⁹.

¹⁹⁸ San Agustín. Carta (3.º). 243,1.

¹⁹⁹ Ibid., 243,1.

San Agustín estaba en ese momento cronológico profundamente inmerso en la redacción de una de las obras más conocidas en la actualidad, *Las Confesiones*; a pesar de ello, encontró tiempo para acompañar a Leto. Podríamos decir, por el contenido de la carta, que era un joven cercano: «Me condolí contigo, hermano y no he podido dejar de escribir»²⁰⁰.

Estas características del inicio del acompañamiento en san Agustín, nos las recuerda en la actualidad Luis María García cuando expresa que los primeros encuentros de un acompañamiento sirven para comenzar a tejer la relación personal. En el intercambio entre acompañante y acompañado se va generando la confianza necesaria²⁰¹, como hemos visto que Agustín ha generado una confianza con el monje Leto y la joven Florentina.

2. La importancia en el acompañante de ser acompañado

El joven Leto representa la inquietud de un joven. San Agustín sabe muy bien cómo su vida fue acentuada por formas múltiples de interrogantes como también por sus faltas. San Agustín es testigo de esa realidad que le ha marcado toda su vida, pero al final ha reconocido que el Maestro ha sido su mayor compañero de camino, que lo ha llevado a contemplar el amor auténtico que nos ha regalado la oportunidad de una Nueva Alianza sin mérito alguno. Utiliza imágenes, metáforas lingüísticas, las cuales evocan y convocan realidades analógicas que dan cuenta de encuentro, resistencia, luchas, victorias, llegadas y cumplimiento de rectos propósitos. «Si te tienes por recluta de Cristo no abandones el campamento, en el que has de edificar aquella torre de la que habla el Señor en el Evangelio»²⁰². Agustín nos enseña que el acompañante ha de tener la experiencia de ser acompañado. Las dificultades, luchas. Las dificultades y luchas del acompañante son también acompañadas. Agustín, como hemos visto en el capítulo I, tuvo constante y buen acompañamiento.

²⁰⁰ Ibid., 243,1.

²⁰¹ Luis M^º García Domínguez. *El Libro del Discípulo*. 45-46.

²⁰² San Agustín. Carta (3.^º). 243,1.

3. La palabra de Dios como ayuda para el acompañamiento espiritual

Uno de los valores más importantes de San Agustín para cualquier acompañamiento es ir siempre a la Palabra de Dios y, en este caso, orientar sus fuerzas en Dios y no caer en la tentación: «Si te mantienes en ella y militas bajo las armas de la palabra de Dios, por ninguna parte podrán las tentaciones»²⁰³. La palabra es referente para el que es acompañado, pues a partir de ella el acompañante puede orientarle, la cita más adecuada para cada momento.

Escuchar la Palabra de Dios se convierte en el marco central para cualquier acompañamiento espiritual; es el mejor momento místico que podemos encontrar, donde todo converge y se redefine, porque es Palabra de vida eterna. San Agustín dirá a Leto: «He aquí que te arrastra el afán de la verdad y de conocer y percibir la voluntad de Dios en las sagradas Escrituras»²⁰⁴.

Pertenecer a la gran familia de los que aceptan la Palabra de Dios y la hacen vida es formar parte de la «parentela celestial». San Agustín escribe a Leto: «Así el óptimo y divino Maestro rechazó el nombre de la madre que le habían anunciado como algo privado y personal, porque era terreno en comparación con la parentela celestial»²⁰⁵. El llamado Divino está caracterizado por resistencias; pareciera que nos hemos olvidado de lo esencial, de la forma en que debemos vivir en un mundo creado para el encuentro con el Amado, donde todo es Presencia y Gracia por ser imagen de Aquel que nos da la vida; por tanto, es el abandono en los brazos del Padre y la renuncia a los afectos corpóreos por el amor eterno.

El monje Leto tiene que comprender y ser consciente de lo que Dios le está pidiendo, a través de las palabras de San Agustín; debe precisar los hechos, sentimientos y tener los sentidos claros para el llamado del «Clarín», en lo más íntimo suyo, donde puede profundizar con el Maestro interior y lograr entender, para así dar una respuesta a su inquietud. Porque es claro que no está bien; el obispo de Hipona basándose en el Evangelio «¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? Y Extendiendo la mano hacia

²⁰³ Ibid., 243,1.

²⁰⁴ Ibid., 243,7.

²⁰⁵ Ibid., 243,10.

sus discípulos, dijo que no pertenecían a su familia sino los que hacían la voluntad del Padre (Mt 12, 48-50)».

San Agustín basándose en la Palabra de Dios: «Hemos de pensar en repudiar el afecto particular, que sin duda es temporal, y amar en ella aquella sociedad y comunión de la que está escrito: *tenían un alma y un corazón dirigido hacia Dios*». En resumen, San Agustín invita a Leto a la comunión fraterna en Cristo: «Tu alma no es tuya propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o, mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas sino la única alma de Cristo»²⁰⁶.

4. Escuchar la moción del espíritu

San Agustín invita a Leto a centrarse en la comunión fraterna y a escuchar la moción del Espíritu que le mueve a aceptar la gracia de Dios para rechazar todo afecto carnal en favor de la vida eterna. San Agustín escribe: «El fruto de la conquista de esa alma se presenta claramente cuando en el mismo mandamiento nos dice: Quien pierde el alma en este mundo, la encontrará en la vida eterna»²⁰⁷.

Es necesario reconocer a la Iglesia y a Dios como padres eternos: «Dando vida al mismo tiempo a ese afecto por el que son hermanos, por el que en compañía de sus hijos temporales reconocen a Dios y a la Iglesia como padres eternos»²⁰⁸.

San Agustín invita al joven Leto a redefinir sus escalas de valores para lograr renunciar a los afectos que le ofrece el mundo y alcanzar la fidelidad al seguimiento a Cristo. Para ello, es central el abandono en Dios y ser valiente y constante en ser discípulo de Cristo. «Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y madre, y esposa, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo [...] Así, aquel de vosotros que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo»²⁰⁹. El acompañante no ha de imponer al acompañado, sino dar luz para que tome sus propias decisiones, ayudar a discernir. Como dice en la actualidad Sánchez Monge: «El Espíritu Santo es el verdadero

²⁰⁶ Ibid., 143, 4.

²⁰⁷ Ibid., 143, 5.

²⁰⁸ Ibid., 143, 6.

²⁰⁹ Ibid., 243,2.

protagonista, y tanto el acompañante como el acompañado han de vivir un compromiso sincero en el camino hacia la santidad»²¹⁰.

5. Interioridad: Cristo Maestro interior del acompañamiento

San Agustín invita a Leto a escuchar al Maestro interior, que con su Palabra da la seguridad de estar en la realidad donde se contempla el ser creado por amor.

Cristo Maestro interior es uno de los principios e imágenes que definen el acompañamiento espiritual agustiniano; no solo es el valor central que redefine a la persona, sino también el hallazgo memorial dinamizador y actuante, donde el hombre y Dios pueden intimar y recrearse desde el amor. La mayor fuerza donde el amado y amante se encuentran en la unidad. Solo aquel que ha tenido un encuentro personal con el Maestro puede testificar y dar contenido, desde los sentidos, del intelecto y lo emocional, a lo que ha contemplado, vivido y que se ha convertido en un momento transfigurado que le ha permitido nacer de nuevo en el Espíritu.

Cristo Maestro Interior nos ayuda, a través de su gracia, a ser imagen de Aquel que nos ha creado en comunión fraterna por amor. Él espera el momento final, donde todos seremos en Él por su divina Gracia y Majestad. El Maestro de Cielo nos regala la conciencia de la presencia, del consuelo de estar hablando con el Maestro interior. San Agustín dirá: «Pero es singular el consuelo de nuestro trabajos y peligros cuando aprovecháis, de modo que lleguéis a lugar en que no necesitaréis de doctores [...] No queráis que los hombres os llamen maestro, porque uno sólo es vuestro maestro: Cristo»²¹¹. Ya no se necesitan doctores en el momento santo, cuando se llega al lugar donde habita el Maestro interior; donde el cobijo es la interioridad, que nos invita entrar descalzos y al ras de tierra, porque somos indignos siervos, limitados por nuestra flaqueza y vicisitudes finitas. Por ello, San Agustín reflexiona e ilumina a Florentina, recordando a Juan Bautista «Se humillaba en todo, hasta afirmar que era indigno de llevar las sandalias de Cristo»²¹².

²¹⁰ Sánchez Monge. *Aprender el arte de acompañar*. 67.

²¹¹ Ibid., 266,3.

²¹² Ibid., 266,3.

El valor de la humildad es la esencia que define la capacidad de mirar, a la luz de la fe, a todos con los ojos del corazón y de poder escuchar con el oído interior al Maestro. Él es lo más íntimo nuestro, dónde habita el Maestro interior que nos invita a estar desnudos de nuestros ropajes corpóreos, para ser revestidos de la gracia de Cristo, logrando el consuelo de la teofanía de la grandeza, bondad, misericordia y generosidad de Dios. San Agustín define este momento contemplativo: «Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento»²¹³.

San Agustín nos recuerda que para un buen acompañamiento el guía tiene que ser Cristo Maestro interior

6. Nacer de nuevo: revestidos de Cristo

Nacer de nuevo nos recuerda el sagrado sacramento del Bautismo, signo visible de una realidad invisible, donde fuimos revestidos de la vestidura blanca, ungidos como los reyes por el poder del Espíritu de Jesucristo. Es nacer de nuevo como hijos de Dios; es la mayor dignidad que poseemos como cristianos. Dios se ha autocomunicado en la historia para revelarnos su rostro y convertir nuestra historia en una historia de salvación. San Agustín centra su mensaje a Leto: «Mira más bien, mira el Adán segundo que bajó del cielo. Lleva ya la imagen del Adán celeste como has llevado la del terreno»²¹⁴.

Por ello, San Agustín está buscando que Leto reflexione en cierta manera, se pregunte: ¿Qué valores está en juego? El obispo de Hipona es consciente de que no basta conocer para cambiar; no es suficiente la explicación lógica y racional, pues hay resistencias (resistencias consientes e inconscientes), hay necesidades disonantes que impiden la coherencia en la vida espiritual. San Agustín recuerda a Leto: «Da las gracias a tu madre; devuélvele bienes espirituales por los carnales, sempiternos por los carnales, sempiternos por los temporales. ¿No quiere seguirte? No te lo impida»²¹⁵.

²¹³ Ibid., 266,3.

²¹⁴ Ibid., 243,10.

²¹⁵ Ibid., 243,10.

Todo acompañamiento espiritual tiene que fundamentarse en la libertad, centrar los afectos en la caridad purísima y lograr tener un recto propósito fundado desde la simplicidad y humildad del corazón que busca a Dios, Agustín dirá a Leto: «Y esas palabras y sugerencias que te presenta como deber de caridad, para desviarte de la caridad purísima y auténtica del Evangelio, pertenecen a la astucia de la serpiente [...] Con la simplicidad de corazón con que buscamos a Dios»²¹⁶.

Agustín nos enseña que el acompañante debe ayudar al acompañado a “nacer de nuevo”, como afirma Syssoev:

«Todos los hombres están llamado a entrar en la vida de adopción filial que Cristo nos ofrece. La Iglesia representa esta llamada que perdura a través de los siglos, y debe proporcionar el nuevo nacimiento de los hijos y las hijas de Dios, de modo que la fecunda misericordia del Padre, engendre sin cesar hijos de la luz. Los hombres y las mujeres se unen a este designio dando lo mejor de sí mismos. Al ponerse al servicio de la vida cristiana de los demás, se convierten de alguna manera en sus padres y sus madres en la fe»²¹⁷.

7. Acompañar las decisiones vitales

En el acompañamiento espiritual se dan ocasiones en las que hay que tomar decisiones sobre la opción de vida. El joven Leto como signo de libertad auténtica, es invitado a renunciar a los bienes terrenos por los eternos. Leto se encuentra en uno de los momentos centrales del acompañamiento espiritual, como el joven rico con Jesús, tiene que confirmar aciertos y aplicarlos a la vida, centrar el camino interior que ha encontrado para encontrarse con el Maestro interior desde la interioridad con mayúscula que funda todo en su divina Gracia. Sánchez Monge afirma: «El acompañamiento pretende descubrir la acción de Dios en la vida del acompañado para que pueda crecer en intimidad con Cristo y vivir las exigencias del compromiso auténticamente cristiano»²¹⁸.

El acompañante orienta para ser revestido en una realidad nueva donde es más rico quien menos necesita porque tiene para sí lo más importante: la riqueza del Cielo y reconocer que, al final, la obra es de Dios. San Agustín reconoce: «Si tienes ordenada la

²¹⁶ Ibid., 243,10.

²¹⁷ Pavel Syssoev. *La Paternidad espiritual y sus perversiones*. (Salamanca: Sígueme, 2022), 42.

²¹⁸ Sánchez Monge, *Aprender el arte de acompañar*. 66.

caridad, sabiendo anteponer lo mayor a lo menor y dejarte mover por la misericordia, para que sean evangelizados los pobres, para que no quede a merced de las aves por falta de segadores la copiosa mies del Señor, para tener preparado el corazón a seguir la voluntad de Dios»²¹⁹.

No es fácil escuchar la voluntad de Dios; sin embargo, lo cierto es que la voluntad de Dios no es otra cosa que responderle desde nuestra individualidad, dejándolo todo por el Reino de Dios, pero sin olvidar que somos del Señor. San Agustín le escribe a Leto y le invita a ordenar los afectos paternos: «Se nos exhorta a que en la milicia cristiana matemos ese afecto carnal en nosotros y en los nuestros; pero no de manera que seamos ingratos a nuestros padres, como si enumerásemos, para burlarnos, estos beneficios con que nos dieron esta vida, nos recibieron y educaron»²²⁰.

Es un momento muy significativo para Leto, reflexionar con el mayor signo y símbolo cristiano, la Cruz de Cristo, que le lleva a reflexionar sobre su propia cruz, su propia debilidad, sus resistencias, momentos de desierto. Es ordenar el caos a través del Evangelio, que le interpela y le ilumina el horizonte hacia lo alto. En resumen, es ordenar todos los afectos desde la bondad y la misericordia divina por la cual fuimos justificados por amor. San Agustín reflexiona:

«Toma tu cruz y sigue al Señor [...] Veía yo que tu cruz te llevaba y conducía a ti, más bien que tú a ella [...] ¿Qué otra cosa que la mortalidad de esta carne significa esa cruz nuestra, que Señor nos manda llevar para seguirle con libertad? [...] Esa es la cruz que nos atormenta hasta que sea absorbida la muerte en la victoria [...] Porque no podrás servir al Señor sino llevándola»²²¹.

San Agustín nos enseña que es conveniente acompañar espiritualmente a aquel que tiene que tomar una decisión en la opción de vida y que el acompañamiento es ocasión propicia para hacer discernimiento vocacional.

²¹⁹ San Agustín. Carta (3.º). 243,10.

²²⁰ Ibid., 243,7.

²²¹ Ibid., 243,11.

8. Acoger desde la situación del sujeto acompañado

El acompañamiento espiritual ofrecido a Florentina²²² representa uno de los encuentros más relevantes para el desarrollo de contenidos referenciales del acompañamiento espiritual según San Agustín. En él encontramos señales claras de aspectos propios del acompañamiento espiritual, los cuales permiten formular contenidos de reflexión; contenidos que pueden dar lugar a planes de acción para el acompañamiento humano, emocional y espiritual. Florentina representa a todas las personas inquietas en la búsqueda de la madurez espiritual, personas que reconocen la necesidad de caminar con alguien que tenga la capacidad de entablar encuentros iluminativos capaces de responder a sus múltiples interrogantes e inquietudes.

San Agustín sorprende a Florentina por el grado de finura en el trato y educación con que la recibe, al reconocerla como mujer honorable y digna de ser escuchada. Él se encuentra con ella en su realidad espiritual, donde todos somos llamados a ser uno en aquel que nos ha mostrado el camino por su generosidad y entrega. San Agustín es consciente de su ministerio, que le es dado como don; un ministerio a través del cual, en la experiencia de la persona de Cristo Maestro, reconoce profundamente la verdad expresada en sus *Confesiones*: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»²²³. San Agustín se dirige a Florentina: «Señora excelentísima e hija justamente honorable y digna de ser acogida en Cristo [...] Tu santo propósito y el casto temor del Señor que permanece para siempre, entrañado en tu corazón, espolean intensamente mi preocupación por ti, no solo en mis oraciones de Dios, sino también en mis consejos a tu persona»²²⁴.

San Agustín sabe escuchar el santo propósito de Florentina y hace oración para que logre cumplirlo, a pesar de las debilidades o tentaciones que puedan surgir. Es claro que Florentina se ha encontrado con el Señor y desea seguirle con mayor intensidad. San Agustín reconoce su finitud ante la grandeza de estar con el Maestro interior; reconoce, además, que él solo es un humilde instrumento de Dios, que ilumina y acentúa contenidos

²²³ San Agustín. *Confesiones* I,2,2.

²²⁴ San Agustín. *Cartas* (3.º). 266,1.

importantes que deben tenerse en cuenta en el camino de fe sabiendo que la obra es siempre del Espíritu; ese mismo Espíritu que nos da la oportunidad de entablar encuentros íntimos con el Amado. San Agustín escribe: «Tú quieres recibir antes carta mía, y que sólo entonces no te callarás, sino que me harás saber en tu contestación si en algo tienes necesidad de mi ministerio»²²⁵. San Agustín nos enseña que el acompañante tiene que conocer bien la situación del acompañado y su contexto vital.

9. Preguntar desde la libertad: escuchando se guarda la humildad

San Agustín espera responder a todas las preguntas de Florentina sabiendo que el grado de contenido perfecto solo se alcanza en Dios. Otro valor importante para un acompañamiento auténtico es la humildad. El acompañante reconoce que no lo sabe todo; que siempre necesita del otro y, más aún, del Otro con mayúscula, el Maestro interior. Por ello, San Agustín escribe: «Solo queda que tú expongas lo que piensas que necesitas preguntarme. Si sé lo que preguntas, no me negaré a decirlo. Si no lo sé, y esa ignorancia no trae detrimento de la fe y a la salvación, te daré razón de ello, y te dejaré tranquila»²²⁶.

San Agustín es consciente de puntualizar contenidos esenciales para que haya un auténtico acompañamiento. Él determina que su accionar se recrea con el conocimiento y las inquietudes de las personas que acompaña; es un camino que se hace con el otro, dedicando más tiempo para escuchar que para hablar. San Agustín le dirá a Florentina: «Esto lo hice, no como doctor perfecto, sino como alguien que ha de perfeccionarse con los discípulos [...] Es mucho mejor que todos seamos discípulos de Dios»²²⁷.

Escuchando se guarda la humildad. San Agustín recuerda: «La Santa Escritura nos amonesta diciendo: Sea todo hombre veloz para oír y tardo para hablar [...] Escuchando se guarda fácilmente esa humildad».²²⁸ Por ello, es importante evitar la soberbia y reconocer que acompañar es también un servicio a Dios que se hace libremente; dispuesto a iluminar y no imponer ideas, de modo que todo sea conducido a pertenecer a Cristo.

²²⁵ Ibid., 266,2.

²²⁶ Ibid., 266,1.

²²⁷ Ibid., 266,2.

²²⁸ Ibid., 266,3.

San Agustín le llama a Florentina: «Señora eximia, hija justamente honorable y digna de ser acogida en Cristo»²²⁹.

10. El acompañante ayuda a vivir las virtudes teologales

Vivir en las virtudes teologales, sabiendo que el tiempo de Dios es perfecto, implica que no podemos perder el momento de gracia; es saber actuar y responder al llamado sin perder el horizonte que nos ha revelado el Creador. Todo comienza a surgir en el amanecer de la primavera del gozo de estar con el Amado. San Agustín afirma a Florentina: «Por eso, sábetelo que tanto más cierta, sólida y sanamente me gozo de tu fe, esperanza y caridad, cuanto menos necesites aprender, no sólo de mí, sino también de cualquier hombre»²³⁰.

Tendremos la certeza de estar reconociendo y aprendiendo no de cualquier hombre, sino de aquel que se presenta como Maestro eterno, que nos da la certeza de que con Él no hay nada imposible. Él hace nuevas todas las cosas y las convierte en presencia de luz; luz que no encandila, sino que es presencia de eternidad, de paz, de comunión. No es una luz propia, sino la luz de Dios, que nos permite unirnos como hijos e hijas de Dios, desde el estelo infinito de luz; por la gracia increada de amor siempre presente, para ser recreados desde el corazón del Padre, que nos posibilita a llamarnos hermanos y a vivir la fraternidad de los hijos de Dios. San Agustín escribe a Florentina:

«Tus padres, amantísimos de tus buenos afanes, se dignaron manifestarme el ardor de piedad y de verdadera sabiduría que te inflama y me suplicaron con la máxima benevolencia que no negase mi pequeño óbolo para instruirte, si de algo necesitabas [...] Recuerda bien que, aunque puedas aprender algo saludablemente por mi ministerio, te enseñará aquel que es el Maestro interior del hombre interior, pues Él en su corazón te hace ver que es verdad lo que se te dice»²³¹.

San Agustín invita Florentina a escuchar al Maestro interior; es en el corazón donde se atestigua la veracidad de la palabra del Maestro del hombre interior, porque ha escuchado y aceptado la Palabra de Dios, que es viva y eficaz.

²²⁹ Ibid., 266,3.

²³⁰ Ibid., 266,4.

²³¹ Ibid., 266,4.

Conclusión

El Acompañante espiritual debe reconocer las pistas que Dios le da en la persona para llevar a cabo el plan de Dios. El acompañado debe entonces ser consciente de los recursos que tiene a su disposición y de los obstáculos que impiden su proceso. En el caso de Leto, vemos a un joven inquieto y dispuesto a seguir buscando respuestas en consonancia con su respuesta auténtica a su llamado. Refleja interés y necesidad de consuelo, por ello, busca a San Agustín para que le acompañe en el proceso de reconocer el plan de Dios, que por lo general se revela gradualmente. Esta situación hace que el acompañante espiritual deba buscar conocer más a fondo el mundo interior del acompañado a medida que entra en contacto con su realidad personal.

San Agustín, como buen experto, ha encarnado su competencia técnica en el conocimiento teológico, y en particular su experiencia de conversión y de ser acompañado, que le ha ayudado a generar contenido encarnado para el acompañamiento espiritual. Por ello, Aurelio Agustín invita, en el proceso inicial del acompañamiento, a vivir la experiencia del abandono en Dios, que corresponde a la invitación a renunciar a los afectos del mundo por la fidelidad al seguimiento de Cristo. Si el acompañado se encuentra en un momento muy inicial, los contenidos de la experiencia de abandono en Dios son diversos. De esta manera, el acompañante espiritual llega a conocer en cierta medida la vida del acompañado, al menos en sus grandes líneas.

La oración, por medio de la cual Agustín se eleva hacia Dios sería escuchar al Maestro interior, imagen desarrollada muy bien en el tercer aspecto de estudio en la carta a Florentina, reconociendo que el maestro de Maestro es Cristo. San Agustín escribe: «No

queráis que los hombres os llamen maestro, porque uno sólo es vuestro maestro: Cristo»²³². Además, la manifestación de aspiraciones y deseos ayuda a comprender el llamado de Dios a cada persona. Para todo este primer conocimiento primario y fundamental, el acompañante necesitará un profundo sentimiento de discernimiento y la capacidad de lograr ver el grado de interioridad, que le permitirá calificar las tendencias de la persona y definir en qué dirección la conduce el Señor.

Se acompaña a las personas por medio de la fe y del amor de Dios, según el espíritu que Dios comunica a cada uno. En el caso de estudio del análisis de texto del monje Leto, encontramos una imagen hermosa que nos alerta en el marco de la interioridad, como es escuchar cuando Dios toca el clarín celeste para lograr escuchar la voluntad de Dios, reconociendo que Dios quiere que edifiquemos una torre (otra imagen de Aurelio Agustín) y que debemos estar vigilantes y mantenernos firmes (en la Iglesia), rechazando a los enemigos de Dios; esta entrega y vigilancia son sin medida en vista de la Patria eterna. San Agustín ilumina: «El Señor ha tocado el clarín para que nos mantengamos en vela en el campamento y edifiquemos la torre desde la que podremos divisar y rechazar al enemigo de la vida eterna»²³³.

Vivir desde las virtudes teologales, aspecto fundamental que ha generado la epístola de la joven Florentina, consiste en hacer experiencia de la vida en el Espíritu, para iluminar y orientar a la persona en el camino de su vida; reconociendo la experiencia de ser atraídos por Dios; de estar sumergidos en su infinita gracia. Es un viaje espiritual, que se gesta desde la gentileza y la bondad; aquí estamos en la raíz de la dulzura y de la bondad del amor de Dios, que nos hace amar a las personas porque son del Señor, y las cuidamos porque las queremos para el Señor.

Otro aspecto central para el acompañamiento espiritual es el *nacer de nuevo*; lo encontramos en el análisis de la carta 243 del monje Leto. Encontramos las siguientes imágenes simbólicas: nuevo Adán, Adán celeste. Una de las ideas centrales es centrar los afectos terrenos en la caridad purísima, simplicidad de corazón y humildad²³⁴. Nos muestra un camino de reflexión esencial y nos lleva a nuestra realidad nueva definida en

²³² San Agustín. Cartas (3.º).266,3.

²³³ Ibid., 243,6.

²³⁴ Ibid., 243,10.

el sacramento del Bautismo, donde somos revestidos de Cristo por la gracia de Dios. Dios, por su infinito bondad, misericordia y generosidad, nos regala la mayor dignidad: el ser hijo en el Hijo, sin mérito alguno, y nos introduce a vivir en nuestra Iglesia madre. Esta es revestida, por la sangre de santos mártires. Nos nutrimos por la fe en el Resucitado; es el rechazo de lo privado, de los apegos terrenos (en el caso de Leto es su madre «La madre Iglesia es también madre de tu madre. Ella os concibió de Cristo, os dio a luz en sangre de mártires»²³⁵), por nuestro Señor.

La persona tiene en su más íntimo ser el deseo de santidad, el acompañamiento espiritual pretende ayudar a vivir esa santidad; este deseo de perfección y de santidad se realiza en la voluntad de renuncia, en la amplitud de la virtud y en la vida de oración. Por tanto, se trata de saber aceptar la cruz de Cristo y seguir a Jesús. San Agustín de Hipona ilumina: «Toma tu cruz y sigue al Señor. [...] veía yo que tu cruz te llevaba y conducía a ti, más bien que tú a ella. ¿Qué otra cosa que la mortalidad de esta carne significa esa cruz nuestra, que el Señor nos manda llevar para seguirle con libertad? [...] Porque no podrás servir al Señor sino llevándola»²³⁶.

La ayuda que ofrece el acompañante espiritual varía según la condición de cada persona, según su grado de vida espiritual. En el caso de estudio epistolar del monje Leto y la joven Florentina, corresponde a un contexto cristiano donde ya hay un contenido claro en cuanto a la necesidad de crecimiento espiritual. Lo cierto es que el servicio del acompañante espiritual, centrado en él, no es suficiente; es importante que el gran tutor, el Maestro interior, le revele y le muestre el camino. El papel del acompañante es delicado, ya que debe actuar siempre en dependencia del espíritu de Jesús, el único que redefine todo, en la persona. Por ello, es central, en el caso de monje Leto, escuchar la *Voluntad de Dios* y poder lograr encontrar una recta intención desde la palabra de Dios. «He aquí que te arrastra el afán de la verdad y de conocer y percibir la voluntad de Dios en las santas Escrituras»²³⁷.

La persona acompañada espera encontrar a un acompañante, una persona que comprenda sus sentimientos y le ilumine desde la Palabra de Dios. El acompañante ayuda

²³⁵ Ibid., 243, 8.

²³⁶ Ibid., 243, 11.

²³⁷ Ibid., 243, 6.

a abrir el corazón y a lograr encontrarse en el hombre interior, con el Maestro interior, y lograr el discernimiento en el Espíritu, como muy bien es testigo Agustín en Casiciaco, en sus momentos de éxtasis: «¡Tarde te amé, Belleza tan antigua y tan nueva, ¡tarde te amé! [...] Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando [...] Tú estaba conmigo, pero yo no estaba contigo [...] Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abriste en tu paz»²³⁸. San Agustín invita al acompañado a preguntar desde la libertad, y en el caso del acompañante, cultivar la humildad: «Al darte la libertad de preguntar lo que quieres [...] no como doctor perfecto, sino como alguien que ha de perfeccionarse con los discípulos [...] Es mucho mejor que todos seamos discípulos de Dios [...] Sea todo hombre veloz para oír y tardo para hablar [...] escuchando se guarda fácilmente esa humildad»²³⁹.

Se ha llegado a tener señales claras del acompañamiento espiritual en San Agustín para abordar en la actualidad contenidos centrales para un acompañamiento espiritual. Algunos aspectos del acompañamiento espiritual de San Agustín con Leto y la joven Florentina que se destacan son: la necesidad de consuelo, el deseo de ser acompañado, escuchar la palabra de Dios (La voluntad de Dios), atender la moción del Espíritu, escuchar al Maestro interior.

El análisis realizado en este trabajo sobre aspectos del acompañamiento espiritual en San Agustín, centrado particularmente en las cartas 243 y 266 dirigidas al monje Leto y a Florentina, ha permitido identificar aspectos centrales que acrecientan tanto la comprensión histórica en tiempos de san Agustín como la actividad pastoral contemporánea del acompañamiento espiritual dentro de nuestro ambiente eclesial. Estas epístolas no sólo ofrecen un testimonio del modo en que Agustín entendía las relaciones personales con sus interlocutores, sino que muestran una profundidad espiritual enmarcada en el ser acompañado y ser acompañante, una experiencia que sigue siendo actual por su grado de profundidad y de contenidos manejados: antropológicos, teológicos, bíblicos, espirituales y emocionales.

²³⁸ San Agustín. *Confesiones*, X, 28, 39.

²³⁹ San Agustín. *Cartas* (3.º). 266,2.

A través de un cuidadoso análisis, ha quedado claro que el acompañamiento espiritual en San Agustín no se reduce a un acto de dirección, es una realidad de maestro que es acompañado de un Maestro interior. Lo esencial consiste en saber escuchar y ser lento para hablar; es la experiencia de acompañamiento que se define desde una pedagogía humilde, en la que se acentúa la acción recreadora del Espíritu de Dios. Se trata de un acompañar desde las virtudes teologales, donde el acompañante se define como mediador en la búsqueda compartida con el acompañado de la voluntad de Dios, ayudando a la persona a reconocer las mociones del buen Espíritu en el interior del hombre interior, logrando definir sus resistencias y llegando a crecer en interioridad a través de una opción libre por el Reino de Dios.

El acto de acompañar espiritualmente, según lo que emerge de las cartas estudiadas, está profundamente arraigado en la experiencia de consolar, el abandono en Dios, escuchar al Espíritu (voluntad de Dios), para que el acompañado pueda nacer de nuevo. Es la experiencia íntima y personal del acompañante con Dios, pues solo quien ha sido tocado y transformado por el Señor puede ser testigo del camino de transformación, por la gracia de Dios. Además, se ha demostrado que el acompañamiento espiritual, según san Agustín, implica una relación asimétrica, pero respetuosa, y que, desde un diálogo libre y confiado, ilumina para que el acompañado descubra por sí mismo la acción de Dios en su vida. Esta dinámica se da en el marco de la escucha de la Palabra y del discernimiento de la voluntad de Dios, para así trazar propósitos rectos en el seguimiento a Cristo.

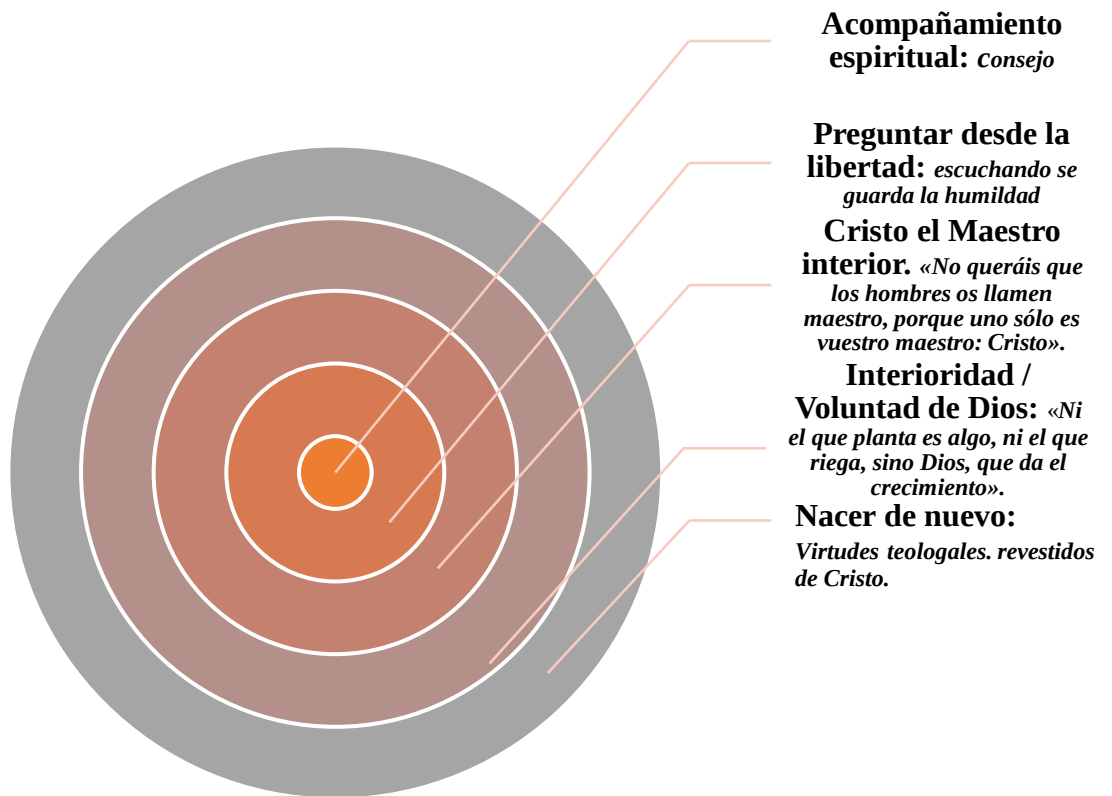
La riqueza del pensamiento de San Agustín, expresada en estas cartas, permite afirmar que el acompañamiento espiritual debe llevar a la persona a un encuentro íntimo y personal con aquel que es el acompañante de todo ser humano: Cristo Maestro interior. Se trata de un encuentro personal con Cristo en la oración, en los sacramentos y en su Palabra. Recordamos aquí a san Simpliciano, el hombre que le revela san Agustín al Hijo de Dios, el Ungido de Dios hecho plenamente humano, que se hermana y se solidariza con la humanidad en su pasión muerte, para redimirnos y salvarnos por medio de la resurrección.

Desde esta perspectiva, el acompañamiento espiritual se manifiesta como un ministerio profundamente eclesial y teologal, donde el acompañante, en comunión con la

Iglesia, ayuda a integrar las dimensiones humanas y espirituales de la persona. Este acompañamiento, como ha sido mostrado, es también profundamente cristológico: se trata de ayudar al otro a seguir más de cerca a Jesucristo, discerniendo con Él el camino que conduce a la vida plena.

Por tanto, este estudio ha permitido también ver cómo San Agustín, desde su propia experiencia de ser acompañado espiritualmente, comprende que las personas necesitan ser acompañadas, escuchadas y aconsejadas, para que se abran caminos de conversión, al consuelo y libertad interior. En un contexto de la Iglesia actual en el que muchas personas buscan acompañamiento espiritual, el testimonio de Agustín como acompañado y acompañante, constituye un testimonio renovador para cualquier fiel cristiano que busca a Dios.

Gráfico: aspectos centrales para un acompañamiento espiritual



Bibliografía

Fuentes primarias

Ambrosio de Milán. *Los deberes*, Madrid: Ciudad Nueva, 2015.

San Agustín. Primeros escritos. En *Obras completas de San Agustín*, I. Madrid: BAC, 1947.

San Agustín. Confesiones. *Obras completas de San Agustín*, II. Madrid: BAC, 2013.

San Agustín. Obras filosóficas. En *Obras de San Agustín*, III. Madrid: BAC, 1947.

San Agustín. Obras apologéticas. En *Obras Completas de San Agustín*, IV. Madrid: BAC, 1948.

San Agustín. Tratado sobre la gracia. En *Obras completas de San Agustín* VI. Madrid: BAC, 1949

San Agustín. Cartas (1.º). En *Obras completas de San Agustín*, VIII. Madrid: BAC, 1986.

San Agustín. Sermones (2.º). En *Obras completas de San Agustín*, X. Madrid: BAC, 1983.

San Agustín. Cartas (2.º). En *Obras completas de San Agustín*, XIa. Madrid: BAC, 1987.

San Agustín. Cartas (3.º). En *Obras completas de San Agustín*, XIb. Madrid: BAC, 1991.

San Agustín. La ciudad de Dios. En *Obras completas de San Agustín*, XVI. Madrid: BAC, 2014.

San Agustín. Sermones (3.º). En *Obras completas de San Agustín*, XXIII. Madrid: BAC, 1983.

San Agustín. Sermones (5.º). En *Obras completas de San Agustín*, XXVI. Madrid: BAC, 1984.

San Agustín. Sermones (6.º). En *Obras completas de San Agustín*, XXVI. Madrid: BAC, 1985.

Fuentes secundarias

Bougaud. *Historia de Santa Mónica*, 6ª Edición: Madrid, 1925.

Bardy, Gustave. “Saint Augustn”. En *Dictionnaire de Spiritualité*, dirigido Ch. Baumgartner, 1002-1083. París: Beauchesne, 1957.

Riggi C. “Maniqueísmo”. En *Diccionario Patrístico de la Antigüedad cristiana*. 2ª ed, dirigido por Ángel Di Berardino, 1343- 1344. Salamanca: Sígueme, 1998.

Cabra Meléndez, José Emilio. *Acompañar a Cada Uno, Discernir lo esencial*. Málaga: Anarol, 2020.

Constitución Pastoral Sobre La Iglesia En El Mundo actual, GS, 22. *Documento del Vaticano II*, 5ª Ed. Madrid: BAC, 1968.

Coyle J. Kevin. “Manés, Maniqueísmo”. En *Diccionario de San Agustín*, dirigido por Allan D. Fitzgerald O.S.A. 831-838. Burgos: Monte Carmelo, 2001.

Forti L. Ernest “Ciudad de Dios”, en *Diccionario de San Agustín*, dirigido Allan D. Fitzgerald O.S.A. 266- 278. Burgos: Monte Carmelo, 2001.

Eguiarte Bendímez, Enrique. “El viscum y las alas del alma en San Agustín”. *Revista Agustiniana* 52, (2011): 283 - 304.

Eguiarte Bendímez, Enrique. “El acompañamiento espiritual en san Agustín”. *Mayéutica* 40 (2014): 329-350.

Flórez R. “Deus Interior et exterior”. *Revista agustiniana*, I (1960): 40 - 52.

García de Castro, José. *La voz de tu saludo. Acompañar, conversar, discernir*. Santander, Sal Terrae, 2019.

García Domínguez, Luis. *El Libro del Discípulo. El Acompañamiento Espiritual*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2011.

Knöll, P. “Confesiones”. En *Diccionario de San Agustín*, dirigido por Allan D. Fitzgerald O.S.A., 306-313. Burgos: Monte Carmelo, 2001.

- Leirós de la Peña, Alfonso. *Rumbo a Ítaca: un viaje hacia el asombro*. 2ª ed. España: Círculo Rojo, 2021.
- Nédoncelle, Maurice, “Intériorité”. En *Dictionnaire de Spiritualité*, dirigido por Ch. Baumgartner, París: Beauchesne, 1957.
- Robert B. Eno. “Epistulae (Cartas)”. En *Diccionario de San Agustín*, dirigido por Allan D. Fitzgerald O.S.A. 467- 483. Burgos: Monte Carmelo, 2001.
- Sánchez Monge, Manuel. *Aprender el arte de acompañar. Guía para acompañantes y acompañados*. Santander: Sal Terrae, 2020.
- Syssoev Pavel. *La Paternidad espiritual y sus perversiones*. Salamanca: Sígueme, 2022.
- Villacorta Pérez, José Luis. “Las Cartas de Agustín de Hipona”. *Religión y Cultura*, LX (2014): 409 – 482.
- Von. Campenhausen, Hans. “San Ambrosio de Milán”. En *Diccionario Patrístico de la Antigüedad Cristiana*, dirigido por Ángelo Di Berardino, 95-99. Salamanca: Sígueme, 1991.